

TRILOGÍA PECADO. III

J. KENNER

DELICIOSO
TABÚ



Lectulandia

J. KENNER

Delicioso tabú

Traducción de
Nieves Calvino Gutiérrez

Creía que a estas alturas Dallas ya sería suyo.

Estaba convencida de que él comprendería que era inevitable.

¿Era culpa suya que tuviera que darle un empujón? ¿Que tuviera que obligarle a entender?

En lo referente al amor, una chica tenía que hacer lo que tenía que hacer, y Dallas Sykes era un hombre con tendencia al melodrama. Le gustaba un buen espectáculo, enviar un mensaje.

Entendería que estuviera furioso al principio, porque su plan para librarse de la competencia era... ¿qué? ¿Radical? ¿Peligroso?

No. Imperativo. En realidad, ella no tenía alternativa. Sencillamente, él era suyo, aunque el mundo todavía no se hubiera dado cuenta.

Más aún, Dallas todavía no se había dado cuenta.

No entendía cómo podía no saberlo. Lo que hubo entre ellos había sido algo especial. Puro. No como aquellas putas que había llevado a su cama. No como esa aventura ridícula con su hermana, más nauseabunda si cabe desde que apareció en todas las redes sociales y su vergüenza generaba titulares y revolvió estómagos.

Nunca sospechó que fuera tonto, pero tal vez se equivocaba. Porque debería saberlo. Debería entender. Y, sin embargo, no era así.

Pero no pasaba nada. Muy pronto lo haría.

Y entonces...

Bueno, entonces sería suyo de verdad.

Otra vez.

Chica desaparecida

No está aquí. ¡Maldita sea, no está aquí!

Un pavor abrasador corría por las venas de Dallas Sykes y el miedo se acumulaba en su estómago como un ácido mientras recorría el fosco barrio residencial de la calle Ochenta y dos, escudriñando cada recoveco, buscando a una mujer que sabía que no estaba allí.

Era tarde, la calle se hallaba desierta y los vecinos dormían a salvo en sus camas, tras las ventanas a oscuras de los edificios del Upper West Side, que se alzaban alrededor de Dallas como el muro de un laberinto ineludible.

«¿Dónde está? ¿Dónde coño está?»

Se trataba de una zona muy sombría; las luces que iluminaban unas pocas puertas eran demasiado tenues como para ser útiles. Dallas utilizó la linterna de su teléfono para aclarar la noche mientras peinaba cada puñetero centímetro de la calle en busca de algún rastro de Jane. Una uña rota. Un zapato.

Incluso, Dios no lo quiera, sangre.

Se estremeció y trató de contener el terror. Aquello no estaba pasando.

Maldita sea, todo era culpa suya. Suya.

Le había ocultado la verdad, pensando que era lo mejor. Que así evitaba que sufriera. Pero aquellos secretos enterrados habían salido a la luz de forma salvaje, cruel y peligrosa. Y ahora ella no estaba. Había desaparecido. Era posible que estuviera muerta... Pero no podía estarlo; esa idea resultaba demasiado horrible, demasiado espantosa como para contemplarla siquiera.

Pero ¿cautiva? Oh, Dios, ¿y si por su culpa la habían arrastrado de nuevo al horror de su infancia?

—Sigue buscando. —La voz firme y controlada de Liam surgió a través del

altavoz—. Detecto una señal.

—Por supuesto que voy a seguir buscando —masculló Dallas—. Pero no está aquí.
—Su voz se elevó hasta alcanzar el nivel de su miedo—. Y su puto móvil tampoco.
—Tranquilo, Dallas. No puedes ayudarla si pierdes los estribos.
—¡Mierda!

Una nueva avalancha de temor le inundó por dentro y tuvo que agarrar con fuerza su propio teléfono para combatir el deseo casi irresistible de estampar el maldito cacharro contra el suelo. Pero no podía hacerlo. Por muy inútil que fuera su móvil en ese momento, era el medio de conexión con ella.

Jane.

Su corazón. Su alma.

La única persona en todo el mundo a la que anhelaba, necesitaba y amaba más que a nadie.

Liam tenía razón; no podía ayudarla si perdía el control. Si dejaba que el miedo y los recuerdos lo ahogasen.

Decidió que no permitiría que eso pasara. Continuaría en la calle. Buscaría. Seguiría cada pista. Pero al final la encontraría, porque cualquier otra alternativa era inconcebible. La encontraría, la rescataría y luego mataría a la maldita puta que se la había llevado.

Mientras reprimía un estremecimiento, miró de nuevo la imagen que alguien le había enviado desde el móvil de Jane.

Jane. Golpeada y magullada.

Jane. Inconsciente e indefensa en una acera. En esa acera. O al menos en algún lugar próximo, porque Liam había rastreado su móvil hasta aquellas coordenadas. Así que ¿dónde demonios estaba?

Inspiró y exhaló muy despacio.

—¿Estás seguro de que la localización es esta?

—Estoy seguro. Me he conectado con su cuenta. Puedo ver la ubicación de su móvil en el mapa y debe estar en un radio de unos ocho metros.

Dallas asintió. Confiaba en su amigo porque sabía muy bien que no podía confiar en sí mismo. No pensaba con claridad. Lo último que recordaba con cierta nitidez era que estaba en el apartamento nuevo que compartía con Jane, un poco conmocionado después de que ella arremetiera contra él por los secretos que le había estado ocultando. Se marchó hecha una furia y él se obligó a esperar, consciente de que

necesitaba desahogar toda su ira. Esperaba que diera un paseo, incluso que visitara a su amigo Brody.

No esperaba que la atacaran. Que la cogieran.

Que se repitiera lo que sucedió cuando eran jóvenes.

Y desde luego, no había previsto recibir en su móvil un mensaje que mostraba a Jane tendida en la calle, con los ojos cerrados y el rostro magullado.

La imagen por sí sola ya era bastante espantosa. Pero lo que de verdad le produjo escalofríos fue la máscara de carnaval que había en el suelo, junto a su cuerpo inerte. Una máscara como la que se ponía la Mujer cuando entraba en su celda hacía diecisiete años. La que utilizaba cuando lo apartaba de Jane. Cuando lo torturaba durante horas, días enteros.

Se le encogió el estómago cuando su mente se llenó de imágenes de lo que ella le había hecho. Solo que esa vez no era él la víctima de los abusos crueles de la Mujer, sino Jane.

«No. Por favor, Dios mío, no.»

—Ni máscara, ni Jane. Joder, Liam, ¿dónde coño está?

—Los chicos van para allá. Empezarán a llamar puerta por puerta. La encontraremos —le aseguró su amigo, aunque Dallas captó el miedo en su voz.

Giró en redondo mientras examinaba la calle vacía en aquella silenciosa área residencial. Jane tenía que estar en alguna parte y quizá la Mujer la había metido en una de aquellas casas de piedra rojiza. Quizá alguien había visto algo, oído algo. Pero la calle estaba vacía. Noah y Tony buscarían testigos en cada una de las viviendas, pero eso requeriría tiempo.

Tiempo que tal vez Jane no tuviera.

Su agresora podía habérsela llevado a cualquier parte, y también podía estar ahí mismo, a solo unos metros, observando desde una ventana, con las manos atadas, amordazada, perdiendo la esperanza al verle dar palos de ciego en la oscuridad.

«¡A la mierda!»

Dallas inspeccionó de nuevo la zona que ya había rastreado. El teléfono no estaba.

Se alejó de la acera y se adentró en la calzada. Lo mismo que dos minutos antes. Salvo...

—La alcantarilla —le dijo a Liam mientras se ponía a cuatro patas y metía el brazo hasta el hombro. Un acto absurdo, porque si el teléfono estuviera ahí abajo, en el

desagüe pluvial, se encontraría fuera de su alcance, listo para ser arrastrado por las siguientes lluvias. No podía llegar hasta él, y sin embargo...—. Lo tengo.

Lanzó una maldición al aire. ¿Qué mierda era esta? Tenía el teléfono de Jane, pero no a ella. Y ahora estaba seguro de que ella no se hallaba con su teléfono.

«¡Mierda!»

—Abre sus fotos —ordenó Liam—. No había ninguna información sobre la ubicación oculta ni en la foto ni en el mensaje que te han enviado. Puede que la tomaran en otra manzana, que la atacaran en otro lugar y que se deshicieran del teléfono aquí.

—Estoy en ello —murmuró Dallas.

Se había abierto un resquicio de esperanza en su interior mientras manipulaba la pantalla para abrir la foto. En efecto, encontró información de la ubicación. Leyó las coordenadas GPS a Liam y mantuvo el cuerpo en tensión mientras esperaba a que este le enviara una nueva posición.

—¡Me cago en la puta! —Fue lo único que Liam masculló en voz baja.

Dallas no necesitaba oír más. Sabía lo que eso significaba. El último hilo que lo conectaba con Jane había sido cortado.

Ladeó la cabeza mientras pensaba.

Tal vez no fuera el último después de todo.

—¿Colin está despierto?

—Está volviendo en sí —respondió Liam—. Le hemos metido tranquilizantes por un tubo, pero el efecto está empezando a desaparecer. Estaba a punto de darle una nueva dosis para mantenerlo inconsciente hasta que Quince vuelva de Londres.

—No —dijo Dallas—. Deja que se despierte. Voy para allá.

En el estrado

Dallas conocía a Colin West desde que tenía cinco años. Había crecido a su alrededor. Consoló a Jane cuando las decisiones estúpidas de Colin la pusieron en peligro. La abrazó cuando Lisa, su madre, presentó una demanda para retirarle los derechos paternos a Colin con el fin de que Eli, el tío de Dallas y su padre adoptivo, pudiera adoptarla también, convirtiéndolos a Jane y a él en hermanos de pleno derecho.

No tenía ninguna duda de que Colin podía ser un capullo. A fin de cuentas, el tío había cumplido condena por uso de información privilegiada, seguida de una segunda pena por fraude fiscal. Había tomado malas decisiones y había andado con malas compañías.

Pero también lo había visto consolar a Jane después del secuestro. Cuando ella estaba confusa y vulnerable y necesitaba alejarse de su familia. Lo más doloroso era que intentaba escapar de Dallas. Su relación, su pasión, los había mantenido vivos durante su cautiverio. Pero eso fue la única cosa que no podían sacar de entre aquellas paredes de hormigón.

Así que ella se marchó. Se encerró en sí misma. Y acudió a Colin en busca de apoyo.

Dallas odiaba la distancia, pero agradecía la presencia de Colin, que al parecer había dejado a un lado su aflicción por haber perdido los derechos paternos para estar al lado de su hija. De hecho, estaba tan agradecido que Colin y él forjaron su propia amistad unos años después, cuando se convirtió en adulto. Y con el paso del tiempo, Colin y su nueva esposa, Adele, habían pasado a formar parte de su círculo de amigos.

Ni una sola vez había sospechado que Colin pudiera haber sido la fuerza tras el

secuestro. Jamás se le había pasado por la cabeza que el hombre que le vio crecer, al que Jane todavía quería como a un padre, había sido el Carcelero. El hombre que los encerró en una habitación. Que le susurró que merecía todo el calvario que padecía en cautividad.

El hombre que permitía a la Mujer poner en práctica sus juegos sexuales sádicos con un chico de quince años.

Ahora sospechaba que era él. Joder, lo creía.

Le daba náuseas, pero lo creía.

Y mientras recorría a toda velocidad la calle casi desierta en la Ducati Darmah clásica que había comprado cuando estaba en la universidad, lo único en lo que podía pensar era que tenía que llegar hasta Colin. Tenía que encontrar a Jane. Porque, al fin y al cabo, ella era lo único que importaba. Y cuando estuviera en la misma habitación que ese hijo de puta, era imposible que Colin saliera de allí con vida hasta que obtuviera respuestas.

Hizo un giro cerrado a la derecha y se abrió al ver que esa calle estaba despejada. Sabía que iba demasiado rápido, pero no podía reducir la velocidad. No cuando los recuerdos de Colin le llenaban la cabeza. No mientras intentaba escapar del recuerdo persistente del rostro de Jane cuando le pidió que se marchara.

Y mucho menos cuando la voz del Carcelero todavía le susurraba al oído, tan clara y tan dura como hacía casi dieciocho años: «¿Crees que ese hombre al que llamas padre va a venir a por ti? ¿Crees que te quiere lo suficiente como para pagar el precio de recuperarte? Más vale que sí. Más vale que seas para él algo más que otra puta pieza que colocar en la repisa de su chimenea. Una adquisición más en la gran colección de Eli Sykes. Te voy a contar un secreto: yo también lo espero. Porque no vales el aire que respiras. Y si él no paga para que vuelvas, no sé por qué demonios debería molestarme en mantenerte con vida».

Agarró el manillar con violencia y frenó a dos manzanas de su destino, resollando. Se quedó así un momento, contemplando un supermercado medio derruido en East Harlem mientras se esforzaba por apartar los recuerdos y organizar sus pensamientos.

Ya no era un adolescente asustado. Era un hombre adulto y, además, poderoso. Y tenía intención de ejercer un poco de ese poder ahora mismo.

Era hora de apartar sus malditos recuerdos.

Y de recuperar a Jane.

Había transcurrido más o menos una hora desde que recibió aquel espantoso

mensaje de texto y cada segundo que pasaba era como un puñal clavado en el estómago. Jane necesitaba que él se centrara. Que fuera listo.

Necesitaba que la encontrara, que la protegiera como siempre había prometido que haría. Y no pensaba fallarle.

Decidido, se bajó de la moto y se dirigió a pie hacia el edificio que Liberación había comprado hacía dieciocho meses y cuya titularidad estaba oculta tras un muro impenetrable de empresas fantasma y falsos inversores extranjeros.

De cara al público, el mercado destartado del cambiante barrio estaba siendo demolido y convertido en un proyecto residencial de lujo. Lo que era técnicamente cierto. Solo que la transformación iba a paso de tortuga. Y mientras, el proyecto era el camuflaje perfecto para la entrada al centro de operaciones de Liberación en Manhattan.

Dallas había fundado Liberación con la esperanza de localizar a quienes les secuestraron a los dos hacía diecisiete años. Ahora, cinco hombres —Liam, Quince, Tony, Noah y él— componían el equipo de mercenarios de élite supersecreto que hacía lo que fuera necesario para localizar y rescatar a víctimas de secuestro. Pero jamás imaginó que utilizaría los recursos de Liberación para buscar a Jane, y lo irónico de esa realidad era un peso muerto en sus entrañas.

Irónico o no, daba gracias porque Liberación existiera. Puede que hubiera sido creación suya, pero él no era más que una pequeña parte del engranaje que hacía que la organización fuera tan eficaz. La había dotado de hombres a los que conocía y en los que confiaba. Y, lo más importante, que eran excepcionalmente buenos en sus trabajos. En ese momento, Liam se hallaba dirigiendo la operación desde el centro. Noah y Tony enarbolaban unas placas de policía falsas y recorrían puerta por puerta la calle del Upper West Side, donde había encontrado el teléfono móvil de Jane. Y Quince, que además era agente del MI6, estaba de camino desde Londres.

Si se tratara de cualquier otra misión, Dallas querría a Quince en la sala de interrogatorios. Al fin y al cabo, ese hombre había adquirido un conjunto de habilidades únicas. Pero esta vez agradecía que su amigo estuviera ausente, porque lo único que quería en ese momento era rodear el cuello de Colin con sus manos hasta que el muy hijo de puta lo confesara todo. Hasta que revelara quién era la Mujer y adónde se había llevado a Jane.

Dallas mantuvo la gorra calada sobre los ojos mientras recorría a toda prisa la calle y se adentraba en la zona de obras. Cruzó con rapidez al amparo de las paredes

temporalmente cubiertas de andamios y escombros, hasta que salió al espacio al aire libre entre la antigua tienda de comestibles y el edificio siguiente, un bloque de apartamentos de seis pisos en obras perteneciente a las empresas ficticias de Liberación. Supuestamente, claro. Utilizó un código para entrar y bajó las escaleras hasta el pequeño sótano antes de atravesar una serie de puertas de seguridad y llegar al centro de operaciones instalado en las entrañas de hormigón.

Lo más seguro era que semejantes precauciones no fueran necesarias, pero Liberación había mantenido un anonimato absoluto durante años y parte de su éxito radicaba en las estrictas reglas y procedimientos que el equipo seguía al pie de la letra.

Dallas lo sabía.

Y también sabía que estaba a punto de lanzar un gigantesco «que les den» a esas reglas. Quería la cabeza de Colin en una bandeja. Necesitaba respuestas. Las quería ahora, y las normas podían irse a la mierda.

Cruzó el centro tecnológico sin apenas reparar en Liam, que permanecía trabajando en el ordenador mientras hablaba por un auricular con manos libres. No, su atención estaba centrada por completo en la sala de interrogatorios mientras se dirigía decidido hacia allí.

La puerta se hallaba cerrada y sellada por partida doble, una señal inequívoca de que era allí donde Colin permanecía retenido. Solo para verificarlo, levantó la vista hacia los monitores de vídeo y vio al hombre al que había considerado un amigo sentado y amordazado en la única silla disponible, con los tobillos sujetos a las patas metálicas y las manos atadas con firmeza a la espalda.

—¿Dallas? —Apenas escuchó la voz de Liam—. Espera, tío.

Ni siquiera aminoró el paso. Joder, apenas se detuvo mientras introducía la contraseña, esperaba con impaciencia a que se abrieran las puertas, irrumpía en tromba en la sala claustrofóbica y cerraba desde dentro con su código personal.

Un instante después, le asestó un puñetazo en la mandíbula a Colin, que cayó al suelo con silla y todo.

Se colocó a horcajadas sobre él, retorciéndole el cuello de la camisa con una mano mientras le arrancaba la mordaza con la otra; Colin resollaba y tenía los ojos desorbitados y vidriosos.

—¿Dallas? —Su voz sonó débil, apenas un hilillo—. Gracias a Dios. Sácame de aquí. Estos hombres... me han...

—¡Cierra la puta boca! —Dallas levantó la silla, incorporándolo por la fuerza, y luego se situó delante del hombre que en ese momento se encogía de miedo, como si se replegara dentro de sí mismo—. ¿Quién es? ¿Quién es la Mujer? ¿Quién coño es? ¿Y adónde demonios se ha llevado a Jane?

Colin meneó la cabeza mientras una retahíla casi incoherente de negaciones escapaba de sus labios.

—No sé de qué estás hablando. Por favor, Dallas, ¿qué ocurre? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estoy yo aquí? No entiendo nada. ¿Le ha sucedido algo a Jane? Dallas, ¿qué está pasando con mi pequeña?

Las palabras brotaban de su boca con rapidez y furia. Dolor, miedo y pesar parecían impregnar cada arruga de su rostro y durante un momento, un solo momento, Dallas dudó. Quería creer que Colin era inocente. Que su amigo jamás le habría hecho daño. Que nunca los habría metido en una celda de hormigón. Que no los habría matado de hambre ni los habría torturado.

Deseaba creer, y ese deseo era como una tenaza alrededor de su corazón.

Pero el deseo no podía con la verdad y Dallas había visto demasiado. Sabía demasiado. Su equipo había cumplido con su trabajo y las pruebas eran irrefutables.

Apretó los puños en un intento de aplacar la ira que se retorció dentro de él como una fiera enjaulada.

—¿Quién es ella?

Las palabras surgieron con dureza a través de los dientes apretados.

—¿Ella? —Colin parpadeó, frunciendo el ceño como si necesitara concentrarse—. ¿Jane?

Dallas estalló; se le encogió el corazón cuando abofeteó con fuerza la mejilla de Colin, haciendo que la cabeza del hombre girara de forma violenta hacia un lado y arrancándole un grito de sorpresa y de dolor.

—La Mujer, puta escoria. La zorra que colaboró contigo en Londres. La que nos torturó, la que...

Las palabras se le atascaron en la garganta, ahogándole, y se sobresaltó al darse cuenta de que las lágrimas le anegaban los ojos. Propinó una patada violenta a la silla de Colin y se dio la vuelta, tratando de recobrar la compostura. No podía perder los estribos. Ahora no. No cuando necesitaba respuestas con desesperación. No mientras ella siguiera desaparecida. No cuando tenía que encontrarla. Salvarla.

Tomó aire y se volvió de nuevo hacia Colin. Ahora su prisionero, no su amigo.

Se acercó y apoyó las manos en sus hombros, atrapando al hombre y reprimiendo de paso las ganas de volver a utilizar los puños.

—¿Sabías que nos estábamos acercando? ¿Le has echado encima a la Mujer? ¿Esa zorra patética se ha llevado a Jane para obtener ventaja? ¿Lo habéis planeado todo? ¿Quién coño es ella, Colin? ¿Dónde tiene a Jane?

—Dallas, Dallas, por favor. No lo entiendo. ¿Qué le ha pasado a Jane? Yo... no sé de qué estás hablando. ¡Ay, Dios mío! Ay, Dios mío, ¿qué te ocurre? ¿Qué estás haciendo? —Estaba llorando y la voz se le quebraba mientras suplicaba—. Yo nunca le haría daño a Jane. Nunca te haría daño a ti. Lo sabes... ¿Es que no lo sabes?

—Puto mentiroso. Jodido psicópata. ¿De verdad pensabas que podrías colarte en nuestras vidas? ¿De verdad creías que no íbamos a descubrirlo?

—No, yo...

—Dímelo —exigió, desplazando la mano derecha hasta su cuello—. Dime la verdad ahora mismo, dime dónde está, dime quién es la Mujer, o te juro que este será tu último aliento.

Apretó y observó mientras los ojos de Colin se salían de sus órbitas. Su rostro se puso rojo y luego grisáceo. Abrió la boca, pero no para hablar, sino en busca de una bocanada de aire que no iba a conseguir. Dallas quería hacerlo. Quería arrancarle los últimos jirones de vida, destruir al hombre que los había destrozado a Jane y a él. Castigar al hombre que había dejado que aquella puta le torturara hacía tantos años y que sin duda ahora estaba torturando a Jane.

Apretó más; en algún lugar profundo de su interior sabía que tenía que soltarlo, dejar que hablara. Pero otra parte aún mayor, más poderosa, había asumido el control. Necesitaba acabar con Colin, poner fin a aquello. Necesitaba castigar. Destruir.

Necesitaba a Jane.

Y, maldita sea, no sabía cómo recuperarla.

—¡Dallas! —Unas manos fuertes le agarraron de la parte superior de los brazos y tiraron de él con energía, obligándolo a soltar la garganta de Colin—. Contrólate, tío. No puedes matarle. Le necesitamos para averiguar quién atacó a Jane.

—Fue él. —Dallas hablaba entre resuellos, esforzándose por respirar—. Estuviera o no en la calle, es quien tira de los hilos, como siempre.

—Es posible. —La ira comenzaba a abandonar los oídos de Dallas. Reconoció la voz de Liam y se dio cuenta de que su amigo había utilizado el código de

desactivación para entrar—. Pero ¿crees que Jane te perdonará si le matas, sobre todo si lo haces sin permitir que antes hable con él?

Las manos fuertes de Liam seguían sujetándole con firmeza, pero Dallas consiguió zafarse, impulsado por el temor de que Jane ya estuviera muerta.

—El muy hijo de puta se merece todo el dolor que pueda infligirle. Merece morir de hambre, pudrirse. Merece soportar lo peor que podamos hacerle por lo que hizo. —Miró a Liam a los ojos—. ¿Es que no lo entiendes?

Vio el dolor y el pesar surcar el rostro de su amigo antes de endurecerse de nuevo; luego movió la cabeza despacio.

—Lo entiendo —afirmó con rotundidad—. Joder, Dallas, tú sabes lo que yo perdí. Pero tú no has perdido a Jane, aún no. Ella está viva —prosiguió antes de que Dallas pudiera interrumpirle—. ¿Me has oído? Jane está viva.

Sus piernas cedieron al oír las palabras, sus rodillas fueron incapaces de seguir sosteniéndole y cayó al suelo.

—¿Qué? —preguntó como atontado—. ¿Qué estás diciendo?

—Digo que la hemos encontrado. Dallas, hemos encontrado a Jane.

La bella durmiente

Hay luz, luego dolor. Estoy confusa; no estoy segura de dónde estoy ni de quién soy.

Pero entonces las palabras cobran nitidez y me doy cuenta de que en este lugar me siento segura. Bien. He luchado para no despertar, para seguir inconsciente, porque temía lo que encontraría cuando abriera los ojos. Oscuras y húmedas paredes. Un colchón mohoso. Un cubo de plástico que haría las veces de retrete. Trozos de pan rancio que debería tragar con la ayuda de agua caliente y sucia.

En cambio, esta habitación es acogedora. Sencilla, pero rebosante de luz. Tengo calor, no frío. Y la mujer que está a mi lado con lágrimas en los ojos me sonríe con tanto amor y ternura que mi temor y mi confusión desaparecen; no hay espacio dentro de mí para otra emoción que no sea la dicha.

«Es esto —pienso—, esto es lo que se siente al nacer.»

El asombro sustituye al temor. La luz aniquila la oscuridad. Y alguien que te ama te espera al final.

—¿Mamá?

Las palabras son como un bálsamo para mis labios secos y agrietados.

—¡Jane! ¡Oh, mi dulce pequeña! —Me agarra de la mano con fuerza—. ¡Gracias a Dios que estás despierta!

—¿Qué ha pasado? —Miro a mi alrededor e inspecciono el resto de la habitación mientras el pánico me invade de nuevo. Observo las ventanas a mi izquierda y luego a mi madre, que está de pie al otro lado de mi cama, con la puerta cerrada a su espalda—. ¿Dónde está Dallas?

Me cuesta hablar por culpa del nudo que el miedo me ha formado en la garganta, pero necesito saber que está a salvo. En mi cabeza sé que han transcurrido diecisiete

años desde que estuvimos encerrados en aquel cuarto sucio. Diecisiete años desde que pasamos frío y hambre, con nuestra mutua pasión como único indulto del horror. Eso lo sé, pero al mismo tiempo nuestro secuestro sigue fresco en mi memoria. Duro, frío y aterrador.

—Está afuera, con papá. —Mi madre habla con voz calmada, tan tranquilizadora como sus manos tibias envolviendo la mía—. Están hablando con los médicos. No esperaban que despertaras tan pronto. Tenías bastantes sedantes en la sangre.

Eso explica el embotamiento de mi cabeza. Sonrío con ironía.

—Es como el polvo de *iocaína* —digo, refiriéndome a *La princesa prometida*, una de mis películas favoritas—. Soy inmune a cualquier sedante imaginable.

Estoy siendo frívola, pero puede que sea cierto. A lo largo de los años he tomado infinidad de pastillas para ayudarme a afrontar las consecuencias del secuestro. Aunque últimamente ya no las tomo. Ahora tengo a Dallas, el hombre que llena mi corazón y me completa. El hombre que es tan vital para mí que a veces da la impresión de que seamos dos mitades de la misma persona.

Miro hacia la puerta con anhelo. Deseo tanto verle que me duele. Y sin embargo, al mismo tiempo siento tensión. Incertidumbre. Y no entiendo por qué.

Frunzo el ceño mientras subo el respaldo de la cama para sentarme erguida, con la esperanza de que eso me despeje la cabeza. Intento pensar. Recuerdo esperarle en el apartamento; me sentía a salvo, a pesar de que sabía que ese sentimiento no duraría. Y recuerdo que discutimos. Pero no sé sobre qué.

Miro a mi madre con expresión ceñuda mientras intento recordarlo todo.

—¿Jane? Cariño.

—No puedo recordar. Sé que pasó algo... ¿Cuándo? ¿Ayer? No me acuerdo.

—Te atacaron. Oh, cielo, te dejaron inconsciente en la calle.

Se le quiebra un poco la voz y aparta al instante los ojos de mi cara; conozco a mi madre lo suficiente como para darme cuenta de que si continúa mirándome se pondrá a llorar. Libero mi mano con suavidad y me rodeo con los brazos. Lo que dice parece verdad. Cierro los ojos e intento recordar.

Estaba en la calle y caminaba con rapidez. Estaba disgustada, de eso estoy segura, pero no recuerdo por qué.

Me sentía sola, muy sola.

Y entonces, de repente, ya no estaba sola.

Alguien me estaba siguiendo.

Me recorre un escalofrío y abro los ojos de golpe. Miro el rostro preocupado de mi madre.

—Había una mujer. Alta, delgada y vestida de rojo. Y llevaba una máscara.

—Sí, una máscara de carnaval —confirma mi madre—. Como si estuviera vestida para asistir a un baile de máscaras a la antigua usanza.

Asiento y me humedezco los labios.

—Era como... en el pasado. —Mi madre debe notar que me tiembla la voz, porque me coge la mano y me la aprieta con fuerza mientras la miro—. Era ella, ¿verdad? La Mujer. ¿Ha sido ella la que me ha atacado?

Las lágrimas ruedan por las mejillas de mi madre, pero no me suelta la mano para enjugárselas.

—No lo sé. Es probable. Dallas así lo cree. Pero esa noche había una fiesta. Un baile de máscaras en el museo de Historia Natural. Pudo haber sido un asalto. O alguien al que no le gusta...

—¿Que me esté tirando a mi hermano? —concluyo. Ella se estremece un poco y asiente—. ¿Eso crees?

—No lo sé, cariño. No sé qué pensar. ¿Recuerdas algo? ¿Cualquier cosa que pueda ayudarnos a encontrar a quien te ha hecho esto?

Intento recordar, extraer algún hecho fundamental de mi nebulosa memoria, pero no hay mucho ahí.

—Sé que tenía una pistola eléctrica. Yo iba andando y oí pasos. Entonces, cuando me di la vuelta, me disparó. Caí al suelo.

—¿Algo más?

Asiento y el movimiento hace que me palpite la cabeza.

—Tenía un palo... no, una porra, supongo. De esas extensibles. Y ella... ella...

No puedo decirlo, pero me llevo la mano a la cara y mi madre ahoga un gemido.

—Pequeña, oh, cariño.

Tengo las mejillas húmedas y me doy cuenta de que estoy llorando.

—Es todo —digo—. Es cuanto recuerdo. Lo siguiente es despertarme aquí. —Trago saliva—. ¿Sabes qué me ha pasado?

—Un poco. Dallas nos llamó, claro. Es... es espantoso.

Cierra los ojos con fuerza y menea la cabeza, como si lo que está pensando fuera demasiado para ella.

—¿Mamá?

—Le enviaron una foto tuya. Una foto en la acera y... ¡Oh, Dios mío!

—¿Una foto? —Me oigo pronunciar la palabra, pero no alcanzo a comprender a qué se refiere.

—Un mensaje de texto. Desde tu móvil. Él localizó tu teléfono y fue a buscarte, pero no estabas allí. —Sorbe por la nariz y echa mano de un pañuelo de papel—. Yo... si te hubiera pasado algo...

Le tiendo la mano.

—Estoy bien, mamá. Voy a estar bien.

Ella me agarra los dedos y asiento; me esfuerzo por recobrar la compostura.

—De algún modo terminaste aquí y te ingresaron con un nombre cualquiera. Dallas consiguió que Liam y Quince le ayudaran desde que supo que te habían atacado, y cuando descubrieron que te habían traído aquí, vino corriendo y nos llamó a papá y a mí de camino.

Asiento. Sé que Dallas habría contado a nuestros padres lo de la agresión, pero no lo de Liberación. Pero saben que Liam está en seguridad y que Quince, su antiguo compañero del internado, forma parte del MI6, así que a mi madre no le resulta extraña su ayuda.

—Dallas.

Su nombre surge con suavidad de mis labios, lleno de anhelo. Sé que está al otro lado de la puerta, tan cerca que podría alcanzarlo, y sin embargo, al mismo tiempo parece más lejos que nunca de mí.

Sigo sin entender por qué siento esa distancia. Solo sé que está ahí, oculta en mi memoria todavía borrosa.

Y entonces se abre la puerta y le veo entrar; sus pasos largos y resueltos enfatizan el apremio de sus movimientos. Es tan alto y guapo como siempre, pero hoy su cabello de color caramelo está revuelto, como si hubiera pasado horas toqueteándose con los dedos de manera inconsciente. Los ángulos de su rostro esculpido parecen más pronunciados; el agotamiento le marca las arrugas y está claro que no ha dormido.

Restos del miedo pasado aún se aferran a él como algo palpable, pero también hay alegría. Y cuando susurra mi nombre es como si un cabo salvavidas nos uniera de nuevo, haciéndome sentir entera. Haciendo que ambos estemos enteros.

Una sonrisa trata de aflorar a sus labios cuando el alivio inunda esos vibrantes ojos

verdes. Podría ahogarme en las emociones profundas que veo en ellos y tiendo la mano hacia él; necesito su contacto, saber que es real.

Él se apresura hacia mí con un nudo en la garganta, y una lágrima rueda por su mejilla mientras me agarra la mano.

Su tacto es como un elixir, una poción mágica que abre las puertas de mi memoria, y me estremezco. Mi corazón se hunde de manera dolorosa en mi pecho y aparto la mano con brusquedad cuando los abrumadores recuerdos me abalanzan sobre mí.

Él abre la boca para decir algo, pero yo me adelanto.

—Colin.

Es lo único que digo, pero los recuerdos duros y espantosos reaparecen al hacerlo. ¡Oh, Dios mío! Ahora lo recuerdo, lo recuerdo todo. Miro a Dallas, segura de que mis ojos están llenos de acusaciones severas.

Él mueve la cabeza de un lado a otro y su rostro pierde el color.

—Jane...

—Lo está intentando, cielo —interviene mi madre, y ambos nos volvemos para mirarla—. Tu hermano ha estado intentando ponerse en contacto con Colin para avisarle de lo ocurrido y de que estás aquí. De que estás bien.

—¿De veras? —pregunto, cambiando de posición para mirar de nuevo a Dallas. Oigo el reproche en mi voz. El amargo sarcasmo—. Me pregunto por qué no has podido dar con él.

Tengo ganas de gritar de rabia, de despotricar, y sé que Dallas puede verlo en mi cara.

—Debe de estar de viaje —apunta mi madre, ajena a las recriminaciones silenciosas que le hago a Dallas—. Jane, cariño, tumbate. No me gusta nada tu color. Tenemos que llamar a una enfermera para que...

—No. —Me recuesto en la almohada cuando mi padre entra en la habitación—. No, me siento mejor. Solo... Lo que pasa es que estoy muy cansada. —No miro a Dallas, pero sé que él me entiende. Sí, estoy físicamente exhausta, pero no es a eso a lo que me refiero. Estoy cansada de mentiras. De secretos.

Recuerdo todas las veces que he justificado sus secretos porque sabía que tenía cosas a las que enfrentarse. Todas las veces que le he preguntado si había averiguado algo sobre nuestro secuestro. Pero en ningún momento sospeché que me estuviera ocultando un secreto de semejante calado. Que se callara sus sospechas de que Colin había sido el Carcelero. Que Dallas tuviera la desfachatez de recelar, capturar y

encerrar al hombre que empezó siendo mi padre biológico, pero que con el tiempo se convirtió en mi amigo.

No quiero ni pensar en la posibilidad de que algo tan espantoso sea verdad, pero Dallas debería habérmelo dicho. Después de todas sus promesas, de todas sus garantías de que no habría más secretos entre nosotros, me oculta algo que me ha hecho pedazos y me ha alejado de él, incapaz de asimilar la magnitud de su engaño, de soportar el peso de sus mentiras.

Y aunque hace solo unos momentos le quería a mi lado, ahora deseo que se marche. Pero no quiero que lo haga, porque necesito que me abrace. Me gustaría retroceder en el tiempo y que no me hubiera mentido nunca.

Le deseo a él.

Deseo lo nuestro.

Y me aterra haber perdido todo lo que hemos construido. Que nos hayamos perdido el uno al otro.

Tomo aire y le miro a los ojos.

—Vete —digo—. Vete, por favor.

Sus ojos se oscurecen mientras sacude la cabeza.

—Jane, no.

Me vuelvo hacia mi madre, como si esta fuera una simple discusión entre hermanos y ella tuviera que intervenir y hacer de árbitro, como cuando éramos niños.

Pero no es mi madre quien responde, sino mi padre, y me doy cuenta de que he estado tan pendiente de Dallas que no me he percatado de que Eli había entrado.

—Quiere que te vayas —dice a Dallas—. Haz el favor de hacerle caso a tu «hermana».

El énfasis en la última palabra nos hace estremecer a los dos.

—Papá... —empieza Dallas.

—Esto es culpa tuya —masculla mi padre entre dientes; su dura acusación va dirigida a Dallas—. Espero que comprendas que es por ti. Si no hubieras... Si no hubierais... —Se interrumpe; su voz ronca, entrecortada—. Si...

—Eli. —La voz de mi madre suena áspera, algo nada común en ella, y veo que mi padre recobra la compostura y mira de nuevo a Dallas con expresión ilegible.

—Como he dicho, muchacho, ella quiere que te vayas.

—Tú también, papá. —Mis palabras son suaves, pero firmes, porque Dallas no es

el único que me ha herido y decepcionado, que hecho trizas mi mundo—. Necesito que tú también te vayas.

Mi padre parece sorprendido durante unos momentos, hasta que yergue la espalda.

—No seas ridícula. Estás disgustada y asustada, pero necesitamos saber qué recuerdas. Hay que encontrar a quien te ha hecho esto... sea quien sea.

Lágrimas calientes resbalan por mi rostro.

—Lo sé. Pero ahora no. De todas formas, no vi nada. Yo solo... Solo quiero a mamá. —Un sollozo se queda atascado en mi garganta—. No puedo sobrellevar nada más ahora mismo.

Mi padre, ese hombre que ha sido un puntal toda mi vida, me mira fijamente. Ahora parece más pequeño y un tanto perdido.

—Jane, pequeña, te quiero.

—Te creo. De verdad. Y si es cierto, necesito que hagas lo que te digo, no lo que tú quieres. Los dos —añado, lanzando una mirada a Dallas.

Por primera vez desde que alcanzo a recordar mi padre parece no saber qué hacer.

—Por favor, Eli, solo por ahora —susurra mi madre entonces.

Él asiente despacio. Da un paso hacia mí y me recorre un estremecimiento. Mi padre se queda paralizado y su cuerpo se pone en tensión, como si le hubiera propinado una bofetada.

—Yo... Me alegro mucho de que estés bien.

«¿Bien? —pienso—. ¿Es así como estoy? ¿Bien?»

Pero no digo nada y él se vuelve hacia la puerta. Dallas le sigue y tengo que apretar los puños para no pedirle que vuelva. Le quiero aquí, le quiero con desesperación, pero me ha herido muy profundamente.

Mi padre sale sin mirar atrás, pero Dallas se detiene en la entrada, hasta que yo levanto la cabeza y me enfrento a su mirada.

—Lo siento —dice.

Aparto la vista y mantengo los ojos fijos en el suelo mientras sus pasos se pierden por el pasillo. Me pregunto si acabo de perder a los dos hombres a los que más quiero del mundo.

Revelaciones

No consigo dormir. En cambio, me dejo llevar por mis borrosos pensamientos, con el cuerpo entumecido e insensible por la medicación. Me siento zarandeada, como un corcho en un mar picado.

Ningún sueño llena mi mente; ni recuerdos siniestros del pasado, ni me aterroriza la idea de no volver a despertar, y sin embargo, de algún modo, ese vacío oscuro es más perturbador que mis habituales pesadillas solo porque no consigo orientarme.

Estoy perdida. Desolada. Sola.

Entonces siento el roce delicado de una mano en mi mejilla y es como un cabo salvavidas que tira de mí y me libra de la tormenta.

Una sonrisa se dibuja en mis labios... «Dallas.»

Pero desaparece cuando recuerdo que le he echado. No estoy lista para tenerle a mi lado. Ahora no. Todavía no.

La mano que siento debe ser la de mi madre. Abro los ojos para asegurarme que estoy bien y me sobresalto al ver quién me está tocando en realidad.

—¡Adele! —Me echo hacia atrás y me incorporo al instante, ignorando los botones de esta cama, que me habrían facilitado el brusco movimiento—. Me has asustado.

Mi familia ha hecho todo lo posible para garantizar mi intimidad, incluyendo dejarme ingresada con un apellido cualquiera. Mi madre incluso le ha pedido a Brody, mi mejor amigo, que no venga a verme, aunque al menos le ha contado lo que me ha ocurrido. Teme que algún periodista con iniciativa le siga y me encuentre.

—Lo siento —baluceo—. Es que estoy un poco nerviosa.

—Por supuesto que sí —me arrulla—. Pobrecita. —Su mano me acaricia la mejilla y una lágrima desciende por un lado de su nariz—. Es que no puedo creerlo.

Finjo estirarme, aunque en realidad solo quiero apartarme. No quiero que me

toque. De hecho, no quiero nada de ella. Puede que no sea justo, pero me da igual. Ahora mismo estoy demasiado sensible como para preocuparme por los buenos modales.

Ella parece ajena a mi vacilación, porque continúa a mi lado, recolocando las sábanas y enjugándose los ojos después con un pañuelo. Adele es la exmujer de Colin, aunque se casaron cuando yo ya era adulta, de modo que, aunque él hubiera seguido siendo mi padre legal, creo nunca la habría considerado mi madrastra.

Pero no es la relación entre Colin y Adele lo que me provoca rechazo. Es lo que hubo entre ella y Dallas. No creo que sepa que estoy al corriente de que se acostó con Dallas antes de que nosotros estuviéramos juntos. Pero sé que está al tanto desde hace años de lo que Dallas y yo somos el uno para el otro, antes incluso de que reveláramos nuestro secreto a la prensa. Y eso hace que me sienta demasiado expuesta.

—Esta ciudad se ha vuelto loca —cacarea—. Te atacan y te dejan en el Riverside Park como si fueras basura. —Eleva la voz, indignada—. Tu madre me lo ha dicho. La he llamado hace unas horas preguntando por Colin y me ha contado toda la historia.

Los chicos de Liberación han reconstruido parte de lo que ocurrió y Dallas le ha resumido la cadena de acontecimientos a mi madre. Bueno, yo sé que han sido los chicos de Liberación. Mi madre piensa que Liam y Quince han aunado sus recursos, lo cual en cierto modo no deja de ser cierto.

Al parecer, la mujer que me atacó tenía un cómplice. Un hombre que me cogió de la acera y me metió en la parte trasera de una furgoneta mientras ella se ponía al volante. Los chicos encontraron tres testigos. Una pareja que estaba paseando al final de la manzana y que no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que la furgoneta se marchó, y un chico de catorce años que estaba sentado junto a su ventana en una de las casas mientras intercambiaba mensajes con su novia. No vio la agresión, ni siquiera vio al hombre que me recogió de la acera, pero sí vio al muy hijo de puta meterme en la parte de atrás de la furgoneta y desaparecer calle abajo.

No fueron mis agresores quienes me trajeron al hospital. Me dejaron tirada, con un cóctel de narcóticos corriendo por mis venas, cerca de una de las entradas del Riverside Park. Alguien hizo una llamada anónima al 911 y una ambulancia me trajo a urgencias a toda velocidad. No recuerdo nada de eso, y el hecho de que

permaneciera inconsciente y drogada con a saber qué sustancias durante todo ese tiempo es bastante raro.

Me subo la sábana hasta el pecho, pues de repente me siento expuesta. Adele no parece notarlo. Echa un vistazo a la habitación con el ceño fruncido.

—Esperaba que Colin estuviera aquí —comenta con aire pensativo.

—No —respondo sin más—. No le he visto.

—Pues qué raro. Daba por hecho que tu madre ya le habría llamado. Empezaré a llamar a nuestros amigos comunes. A lo mejor está en la cabaña de caza de alguien o ha salido en el yate de algún conocido.

Antes de que pueda hacer algún comentario, mi madre entra por la puerta con dos vasos de café.

—Este brebaje es tan espeso como el barro, pero al menos está caliente... ¡Oh, Adele! —exclama.

—Lisa, oh, Lisa. —Le quita con destreza los vasos de poliestireno a mi madre y los deja sobre una bandeja para, a continuación, darle un torpe abrazo. Torpe porque mi madre está tan tiesa como una tabla—. ¿Estás bien? —pregunta en cuanto la suelta—. Sé que Jane sí, prácticamente he interrogado a su enfermera antes de entrar. ¿Necesitas algo?

Mi madre niega con la cabeza y consigue esbozar una sonrisa, paseando la mirada entre Adele y yo.

—¿Interrumpo?

Casi le digo que sí solo para ofrecerle una excusa para marcharse. Adele nunca ha sido una persona del agrado de mi madre. Aunque fue ella quien dejó a Colin, creo que Adele siempre le ha parecido una intrusa.

Pero no puedo lanzarle un cable. Soy egoísta y la quiero a mi lado, así que niego con la cabeza.

—Solo estábamos charlando.

—¿Ha venido Dallas? —pregunta Adele—. Suponía que le vería aquí.

—Estaba aquí cuando Jane se ha despertado —le asegura mi madre.

—Pero ¿se ha marchado? —Adele ni siquiera intenta ocultar la sorpresa.

—Le he pedido que se fuera —reconozco, y enseguida me arrepiento de unas palabras que no puedo explicar. Al menos no en voz alta.

Pero Adele no parece necesitar explicación.

—Eso ha sido inteligente. Si ronda por aquí, tarde o temprano la prensa se dará

cuenta. Algún camillero sacará una foto a hurtadillas y entonces estarás por todo Twitter. Desde luego, no necesitas eso.

—No —convengo—. En absoluto.

Ella pasea la mirada entre mi madre y yo, y aunque nunca he considerado a Adele una persona amable, en este momento su expresión es casi maternal.

—Voy a dejaros solas. Jane, siento lo que te ha pasado y me alegro de que estés bien. ¿Te darán pronto el alta?

—Esperamos que esta noche —interviene mi madre—. Pero con lo lento que ha sido el laboratorio, puede que tengamos que quedarnos hasta mañana.

—Cruzaré los dedos. Y mientras iré a ver a Dallas. Le diré que estás bien. Que le echas de menos —añade, con una pequeña sonrisa en los labios.

—No tienes por qué hacerlo.

Procuro que mi voz suene desenfadada, despreocupada incluso. Por dentro me estoy muriendo. Sé que ya no hay nada entre Adele y Dallas, pero la idea de que esté cerca de él me produce náuseas.

—Tonterías. Alguien tiene que ver qué tal está. En serio, cariño, no es ninguna molestia.

Me lanza un beso, le da un abrazo a mi madre y luego sale por la puerta, con sus Jimmy Choo repicando en el suelo mientras su bolso de Hermès se balancea en su brazo.

Me tumbo en la cama e inspiro hondo, tratando de serenarme, de comprender todo lo que siento ahora mismo. La herida profunda por los secretos de Dallas acerca de Colin. El dolor agudo por la familiaridad informal de Adele.

Sé que una cosa no tiene nada que ver con la otra, pero eso me da igual. Me gustaría sacarle los ojos.

Más aún, quiero a Dallas aquí ahora mismo.

Y detesto esa debilidad en mí que le anhela aun cuando es quien me ha hecho daño. No el daño físico de la agresión, sino la herida emocional de la traición.

—Siempre he pensado que esa mujer era un poco zorra, pero no puede remediarlo.

Miro a mi madre, me guiña un ojo y me echo a reír.

—No pasa nada —digo, porque sé bien que mi madre no tiene ni idea de que hubiera nada sexual entre Dallas y Adele—. Lo que ocurre es que mete las narices donde no debe.

—Y tú quieres a Dallas aquí —continúa mi madre—. No con ella. —Me encojo de

hombros, sin admitir ni desmentir nada—. Bien —dice de esa forma típica de ella. Acerca una silla y se sienta junto a la cama—. ¿Sabes? —empieza como si nada—. Entiendo por qué estás molesta con tu padre. Os ha desheredado a los dos públicamente. Imagino que estás tan cabreada como yo.

—No —le aseguro, un poco desconcertada por el giro de la conversación—. Lo entiendo; conozco a papá. No nos ha sorprendido que nos repudiara. Así que no estoy cabreada, en realidad no. No con papá. Ni contigo. —Me humedezco los labios y la miro—. Pero estoy... —Dejo que mi voz se vaya apagando mientras me encojo de hombros—. ¿Decepcionada?

Ella coge el vaso de café con el ceño fruncido, y sopla la superficie del líquido caliente.

—Yo también estoy decepcionada conmigo misma —reconoce al cabo de un momento—. Pero no me refería a eso. Solo digo que entiendo por qué estás molesta con tu padre y conmigo. Pero no entiendo lo que ha pasado entre Dallas y tú.

—No ha pasado nada —miento.

Las comisuras de su boca se crispan ligeramente.

—Cuando le has echado creía que lo hacías porque era demasiado, porque necesitabas pasar un tiempo conmigo. —Esboza una tierna sonrisa—. Pero no se trata de mí, ¿verdad?

Barajo la idea de persistir en mi mentira, pero no puedo soportar otro engaño más.

—No —reconozco por fin.

Intento encontrar las palabras para contarle la verdad sobre la traición de Dallas. Sobre el enorme secreto que ha ocultado y hasta qué punto me ha herido. Si alguien puede llegar a entenderlo es ella, porque aunque hace siglos que Colin y mi madre se divorciaron, sé que una parte de ella le sigue queriendo a pesar de todas las formas en que le hizo daño y la decepcionó.

Pero no puedo contárselo.

Me quedo ahí, sentada en mi cama de hospital, con una sola certeza: no puedo contárselo.

Mi madre ya ha sufrido mucho por su culpa, y si se entera de que existe aunque sea una mínima posibilidad de que Colin, el hombre con quien estuvo casada y con quien tuvo una hija, fuera el instigador de nuestro secuestro hace diecisiete años...

Eso la destrozaría. No habría vuelta atrás. Y si nunca llegamos a descubrir con total

seguridad quién es en realidad el secuestrador, la posibilidad de que pudo haber sido Colin la atormentaría para siempre.

Así que no se lo puedo contar. No puedo hacerle eso. No hasta que esté segura. No podría contárselo y soportar el peso de la culpa.

Y entonces lo comprendo; por fin entiendo lo que ha hecho Dallas. Y, lo que es más importante, por qué lo ha hecho.

—¿Cariño? —insiste mi madre—. ¿Estás bien?

Me doy cuenta de que me tapado hasta la barbilla con las sábanas.

—Estoy bien —miento—. Lo que pasa es que estoy muy cansada. —Al decirlo advierto que es verdad. El agotamiento me vence, amenaza con sumirme en la oscuridad—. Díselo —susurro antes de sucumbir—. Díselo por mí.

—¿Que se lo diga? —pregunta mi madre—. ¿Que le diga qué?

Pero el sueño es demasiado intenso y no puedo pronunciar las palabras que resuenan en mi cabeza. «Le quiero, mamá. Dile a Dallas que le quiero.»

Perdido sin ti

Eran las dos y cuarto de la madrugada y Dallas no podía dormir. Se sirvió otro whisky, muy consciente de que no serviría de nada, y lo apuró de un trago.

El licor le quemó la garganta y le nubló la cabeza, que era justo lo que quería. Castigo y olvido. Borrarlo todo.

Pero no era posible, y por eso recurría al alcohol para apaciguar sus sentimientos, que en esos momentos eran muchos.

«¡Mierda!»

Liam le había apartado de Colin con toda la razón del mundo, y luego Jane le había apartado de su lado, también con toda la razón del mundo. No era conveniente que permaneciera junto al hombre al que ahora despreciaba ni al lado de la mujer a la que amaba.

Estaba solo, borracho y no podía dormir. Toda la situación era demasiado jodida como para asimilarla.

Una suave llamada a la puerta le sobresaltó y se estremeció. Pensó que sería Adele.

Maldita sea, le había dicho que no quería verla cuando le llamó para contarle que había ido a ver a Jane.

—Ella está bien —le dijo por teléfono—, pero estoy preocupada por los dos. ¿Seguro que estáis preparados para esto? ¿Para vivir siendo el centro de atención?

—Siempre he sido el centro de atención —replicó.

—No de esta manera.

Estuvo a punto de responderle con un comentario sarcástico, algo sobre que su vida sexual siempre había estado en un primer plano, pero ella tenía razón. Aquello era diferente. Con Jane no era el foco de atención porque fuera un mujeriego, sino por la persona con quien estaba.

—Y no es solo que te estés acostando con tu hermana —continuó Adele—. Al final descubrirán lo que ocurrió entre vosotros, dos niños inocentes atrapados en una situación espantosa, y harán que parezca algo sucio.

—No saldrá a la luz.

—Espero que tengas razón —dijo—. Pero los secretos siempre se acaban por descubrir.

Él había rehusado su compañía cuando Adele le anunció que iba hacia allí, pero Adele, al parecer, había decidido ignorarle y pasarse de todas formas, sobornando sin duda al portero para que la dejase llegar al ascensor.

—Joder, Adele —dijo cuando agarró el picaporte de la puerta—. Te he dicho que no quería que... Jane.

Llevaba puesta la ropa del hospital y el pelo recogido en una coleta enmarañada. El moratón en su mejilla había adquirido un tono amarillento y las ojeras eran lo bastante pronunciadas como para perderse en ellas.

Parecía exhausta, destrozada.

Estaba preciosa.

Deseaba estrecharla entre sus brazos, pero se obligó a no hacerlo; no estaba seguro de adónde le conduciría aquello, aunque rogaba que la llevara de nuevo con él.

Jane tenía las manos en los bolsillos y se encogió de hombros con suavidad.

—No tengo las llaves. De hecho, no tengo mi bolso.

—No lo necesitas —respondió, y se hizo a un lado mientras tomaba nota mental de cambiar la cerradura—. Pasa.

Se mordió el labio inferior mientras entraba por la puerta; sus ojos fueron con rapidez a su rostro y luego apartó de nuevo la mirada. La inseguridad e incomodidad con la que se estaban comportando le estaba matando.

—¿Cómo has sorteado a los periodistas acampados en la calle?

Una sonrisa sincera asomó en sus labios.

—Supongo que tienen el mismo horario que los bancos. Solo había un tío y ni siquiera se ha fijado en mí. —Se señaló la ropa de hospital—. Habrá supuesto que era un médico que vuelve tarde a casa.

—Aun así, ha sido arriesgado venir aquí tú sola. Podría haber habido más. Podrían haberte reconocido y lanzarse sobre ti.

—A veces hay que arriesgarse. —Levantó la cabeza y le miró a los ojos—. ¿No te parece?

Dallas ya no podía soportarlo más. Incluso había hundido las manos en los bolsillos para no tocarla.

—Jane. Por favor. ¿Para qué has venido?

Ella pareció confusa durante un momento. Entonces una lágrima rodó por su mejilla.

—Oh, Dios, Dallas. ¿Dónde iba a estar si no?

—No lo sé. Con Brody. En un hotel. En cualquier parte menos aquí, conmigo.

—¿Creías que podría dejarte? ¿En serio? ¿Alguna vez? ¿Es que no sabes lo que somos el uno para el otro? —Le lanzó una sonrisa traviesa—. ¿Es que todavía no te has enterado?

—Creía que la había cagado.

Ella se encogió de hombros una vez más.

—Lo has hecho. —Dio un paso hacia él y Dallas se esforzó para no atraerla hacia él y estrecharla con fuerza—. Lo has hecho —repitió—. Y no lo has hecho.

Dallas ladeó la cabeza, temeroso de albergar esperanzas.

—¿Qué dices?

—Digo que te quiero —respondió, y sus palabras colmaron el corazón de Dallas—. Y entiendo por qué no me lo contaste.

Él inclinó la cabeza despacio hacia un lado, sorprendido por aquella segunda afirmación.

—¿De veras?

Jane se humedeció los labios y le contó la conversación que había tenido con su madre. Le explicó que Lisa estaba preocupada por Colin.

—Quería contárselo —concluyó—. Creía que merecía saber lo que dices que hizo. Pero no he podido. —Tenía los ojos anegados de lágrimas—. Estaba muy preocupada porque nadie ha podido dar con Colin y no he podido decirle una sola palabra. Porque incluso la más mínima insinuación de que tuvo algo que ver con nuestro secuestro la mataría. —Con un suspiro, metió las manos en los bolsillos de los pantalones del hospital—. Se habría echado la culpa. Habría cuestionado su decisión de casarse con él. Cada decisión que ha tomado durante buena parte de su vida. Así que no he podido decírselo. Aún no.

La miró y asintió muy despacio.

—Sí que lo entiendes.

—Sí, bueno, aunque sigo enfadada.

—No haría nada de forma diferente si tuviera que hacerlo otra vez —reconoció.

—Lo sé. Te he dicho que lo entiendo. Pero dime solo una cosa.

—Lo que quieras —repuso, y hablaba en serio.

—¿Estáis completamente seguros sobre Colin? ¿Tenéis pruebas? ¿Pruebas irrefutables?

—Te dije que así era.

Habló con suavidad porque sabía que la verdad le hacía daño. Pero no pensaba endulzársela.

Ella asintió y se rodeó el torso con los brazos.

—Eso es lo que me dijiste, y te creo. Joder, te creí entonces. Pero no quiero que sea verdad.

Dallas se acercó, le hizo sacar las manos de los bolsillos con suavidad y las cubrió con las suyas.

—¿Quieres que te lo cuente?

—Yo... no. Es decir, sí. Tengo que saberlo todo. Soy consciente de eso. Lo que pasa es que... —Su voz se fue apagando y entonces le miró a los ojos—. Hay muchas cosas que decir. Cosas importantes. Cosas esenciales.

—Jane...

—Pero ahora no. No quiero hablar de nada de esto ahora mismo.

La esperanza se enfrentó al miedo dentro de él.

—Solo quiero... Oh, por favor, Dallas. No quiero hablar. Ahora mismo solo quiero que me beses.

No hizo falta nada más; en ese momento ella le quebró, Dallas sintió que se rompía, que el miedo que se había hecho fuerte en su interior se hacía pedazos, como un cristal convertido en añicos. Rodeó su rostro con las manos y posó con suavidad la boca sobre la suya.

Al instante se embriagó de su sabor y su tacto le excitó.

Deseaba aplastar su cuerpo contra el suyo, sentir su calor, su corazón. Necesitaba que sus besos le inflamaran la boca y cogerla por los brazos con fuerza. Había estado muy cerca de perderla y no podía soportar la idea de soltarla.

Pero no lo hizo; no podía. Ella estaba demasiado frágil y la posibilidad de hacerle daño, más aún, de hacerle daño otra vez, le corroía por dentro. Así que en vez de eso le cubrió la cara y el cuello de besos. La acarició. La tocó. Joder, la adoró.

—¿Dallas?

Sus dedos inseguros le acariciaron el rostro.

Él parpadeó y se centró en el hueco por encima de su hombro, sabiendo que perdería por completo el control si la miraba a los ojos.

—Creía que te había perdido. Primero, cuando te marchaste. Y después... y después... —Las palabras se atascaron en su garganta, demasiado espantosas para darles voz—. Joder, Jane. No puedo perderte.

Ella le acarició el labio inferior con las yemas de los dedos. Luego, con más suavidad aún, le asió la barbilla y le obligó a mirarla.

—Estoy aquí.

—Y doy gracias a Dios por ello.

Sus ojos se encontraron y por unos instantes no hubo tiempo, ni espacio, ni nadie que los juzgara. Solo estaban ellos.

Entonces Jane tomó la iniciativa y se apoderó de su boca de forma tan arrolladora que rompió la magia del momento, provocándole una carcajada.

—Así es como te deseo —susurró.

Él le respondió en silencio, pero con entusiasmo. La pegó a su cuerpo y estampó la boca contra la suya. Tomando. Consumiendo. Hasta que no quedó nada más que calor y necesidad, una desazón que crecía en su interior y que no podía saciar por muy fuerte que la abrazara, por mucha pasión con que la besara.

Estaba perdido en ella, ahogándose en la sensualidad de sus uñas, que se le clavaban en la espalda. De sus dientes, que reclamaban sus labios. Del modo en que su pelvis se apretaba contra su erección.

Con un grave gemido de deseo, bajó la mano y la agarró de las caderas. Ansiaba un contacto más íntimo. Apretó con fuerza, la aplastó contra él y un segundo después la soltó y retrocedió cuando ella dejó escapar un suave y brusco gemido.

—¿Jane?

La tenía delante, respirando con dificultad.

—Lo siento, lo siento.

Dallas frunció el ceño.

—Te he hecho daño.

—No. No, estoy bien. —Meneó la cabeza, pero él no se dejó engañar—. Dallas, por favor. No quiero...

—¿Qué?

—Distancia.

Se mordió el labio inferior, como si no supiera con certeza cómo se sentía él.

—Oh, cielo. No. Eso nunca. —Le tendió la mano—. Ven aquí.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Adónde?

—¿Confías en mí?

—Sí.

La inmediatez de su respuesta fue como un bálsamo para su corazón.

—Pues deja que cuide de ti.

Una comisura de su boca se elevó.

—Si estás pensando en meterme en la cama, ya puedes dejar de pensar en esa tontería ahora mismo. Me he pasado dos días en un hospital. Entre el aburrimiento y los sedantes he recuperado todo el sueño atrasado.

—Te prometo que dormir es lo último que tengo en mente.

Aquello era una mentirijilla. Sabía que ella protestaría, pero necesitaba descansar un poco más. Dormir en condiciones, no en una cama hospitalaria, con las enfermeras entrando y saliendo y el olor a desinfectante impregnando la habitación.

Dormiría, eso desde luego. Pero se aseguraría de que estuviera lista para hacerlo. Que se durmiera entre sus brazos, caliente, satisfecha y a salvo.

La condujo al baño, su habitación favorita del apartamento. Los anteriores propietarios habían tirado una pared, convertido el segundo dormitorio en un vestidor y utilizado una parte del espacio para instalar una ducha de vapor y una bañera de hidromasaje. El día que se mudaron, Jane le dijo que aquel cuarto de baño era un pedacito de cielo.

Abrió el grifo, puso la temperatura perfecta y la colocó sobre la gruesa alfombra blanca que cubría casi todo el suelo.

—¿Me estás cuidando?

Su voz era tan provocativa como su expresión, y Dallas hizo cuanto pudo para no atraerla hacia él y suspirar de satisfacción.

Sabía que aún estaba dolorida, no tenían ni idea de quién era su agresora y su padre biológico seguía encerrado en la celda en la que él lo retenía.

Pero nada de eso importaba. No en ese momento. Lo único que importaba, lo único en lo que era capaz de pensar era en Jane. Estaba viva. Era suya.

Y había vuelto con él.

—Desde luego que te estoy cuidando. Y ahora levanta las manos —añadió con

fingida seriedad.

Ella obedeció y le quitó la chaqueta del hospital, encantado al descubrir que no llevaba nada debajo. Sus pechos eran perfectos, redondos y turgentes, y mientras los miraba, sus pezones se endurecieron y las areolas se fruncieron. Deseaba acariciárselos con los dedos, saborear sus pechos y sentir cómo arqueaba la espalda y gemía, con sus senos firmes y calientes en las manos mientras los lamía y succionaba, excitándola hasta el punto de hacer que se corriera en sus brazos con la sola presión del deseo congregándose entre sus piernas.

«Ahora no. Todavía no.»

En lugar de eso la miró a los ojos. Luego bajó la mirada a su pecho y lo observó subir y bajar mientras su deseo aumentaba hasta alcanzar el suyo. Se le aceleró el pulso en el cuello, otro punto que deseaba lamer y torturar.

Llevó las manos muy despacio al cordón de sus pantalones. Los dedos le rozaron el abdomen con tanta ligereza que apenas resultó apreciable. Pero fue suficiente, y Dallas sintió la descarga de esa conexión en la polla. Estaba dura como una piedra y presionaba contra sus vaqueros. Y cuando los pantalones de Jane cayeron al suelo, cuando se quedó completamente desnuda delante de él, tuvo que librar la batalla de su vida para no actuar, introducir la mano entre sus muslos y palpar el calor cremoso de su excitación.

En vez de eso se quedó ahí, la miró y la deseó mientras la acariciaba con los ojos, revisando cada curva, cada matiz. Conocía su cuerpo tan bien como el suyo propio y los moratones que descubrió en sus muslos y caderas prendieron un fuego candente dentro de él.

Iba a matar a quien le había hecho aquello. Eso era indudable.

—Dallas —le llamó; su voz le devolvió al presente—. Estoy bien. Estoy a salvo, aquí, y no quiero pensar en ello. —Él asintió de mala gana. Debería saber que le leería el pensamiento—. En serio —le urgió, esbozando una sonrisa traviesa a continuación—. ¿Necesitas que te lo demuestre?

Mientras hablaba deslizó la palma por sus costillas, su vientre y luego entre sus muslos. Dejó escapar un gemido que llevó a Dallas al borde del orgasmo.

—Ah, no, de eso nada.

Se encogió de hombros con despreocupación.

—¿No? Pero me gusta mucho. ¿Tienes una oferta mejor?

—Por supuesto —aseguró, cogiéndola en brazos y haciéndola reír.

Por Dios, cuánto deseaba poseerla. Le gustaría hacerla suya como un puto cavernícola. Perderse en su interior, penetrarla con fuerza, a fondo, hasta que gritara su nombre. Hasta que le hiciera sangre con las uñas, marcándolo como su propiedad.

Quería el deseo salvaje y la violenta pasión. Deseaba sentir todo lo que hubiera que sentir y luego multiplicarlo por diez.

Quería todo eso y más, pero en ese momento no podía tenerlo. Porque lo que deseaba aún más que eso era cuidar de ella. Así que dejó sus propias necesidades a un lado y la atendió. Le daría lo que ella deseaba. Pero no como esperaba.

Con cuidado de no presionarle demasiado en los moratones, la metió con suavidad en la bañera medio llena. Luego abrió la botella de espuma de baño que Jane había desempaquetado lo primero y añadió dos tapones llenos. El olor a lavanda impregnó la habitación y ella inspiró hondo, dejando escapar un suspiro a continuación.

—¿Te vas a meter conmigo?

—No —respondió, riendo entre dientes al ver su expresión de sorpresa—. Y ahora recuéstate, cierra los ojos y deja que me ocupe de ti.

Ella se recostó, pero no cerró los ojos. Le asió la mano y entrelazó los dedos llenos de espuma con los de él mientras lo miraba con tanta intensidad que parecía que se había abierto paso hasta su alma.

—Siempre has cuidado de mí.

Su voz era ahora un suspiro, grave e intenso. Reverberó por todo su ser, expulsando las últimas dudas, el persistente miedo a que ella no hubiera vuelto a su lado en cuerpo y alma.

—Así es —repuso; tan sencillas palabras ocultaron cómo su corazón se hinchó en su pecho—. Y siempre lo haré.

Inevitable

Oh, Dios, Dallas, sí.

Estoy recostada contra una almohada de baño mientras mi mente se deja llevar por el aroma a lavanda y sus manos tentadoras sobre mi cuerpo excitado inflaman mis sentidos.

Sigo dolorida —tengo los músculos tensos y los moratones todavía no han desaparecido—, pero eso no es nada comparado con la ardiente necesidad que el tacto de Dallas está despertando en mi interior. Me da igual el dolor, el agarrotamiento y el cansancio que parecen tirar de mí como lastres y me hunden en un proceloso océano. Lo único que deseo es su contacto. Lo único que me importa es que estoy de nuevo en sus brazos.

Sé que va a darse cuenta de mi desesperación. ¿Cómo no va a hacerlo? Este es el hombre que se anticipa a mis necesidades. Que me conoce al menos tan bien como yo misma. Y es imposible que se le pase por alto el deseo que sé que resulta tan palpable que emana de mi cuerpo como si fuera perfume.

Ansío sentir su cuerpo contra el mío. Anhele el frenesí. El ardor. La arrolladora pasión.

Pero no llegan.

En su lugar me provoca con leves roces y delicadas caricias y gimo con suavidad, mordiéndome el labio para no suplicarle mientras las yemas de sus dedos se deslizan por mi brazo en un ritmo sensual que me tranquiliza a la vez que aviva las ascuas de mi creciente pasión.

Sé lo que está haciendo; me está cuidando. Me está mimando y protegiendo. Puedo sentir la tensión en su tacto, una tirantez que subyace bajo la sensualidad pausada y

natural de sus caricias. Desea perderse en la pasión tanto como yo, pero se está conteniendo. Refrena su propio deseo para poder mimarme.

Y sin embargo, maldita sea, deseo más que roces suaves. No lo pido con palabras, sino que me limito a mover el cuerpo y arquear la espalda para que mis pechos sobresalgan del agua, dirigiéndole una indirecta nada sutil. Deseo sentirlo todo creciendo dentro de mí y luego estallar.

Sin embargo, Dallas se niega categóricamente a satisfacerme y continúa su asalto indolente. Las yemas de sus dedos descienden de mi hombro a mi cintura. Sus labios me rozan la frente, su lengua juguetea con mi oreja. Siento una necesidad acuciante entre mis muslos y ya no puedo aguantar más.

—Por favor. Dallas, por favor.

Él no dice nada, pero el avance perezoso de sus dedos cambia de dirección, deslizándose por mi brazo para acariciarme el hombro, con cuidado de evitar los rasguños, todavía enrojecidos y tiernos, que me hice al caer. Muy despacio, sus dedos descienden de forma provocativa hacia mis pechos. Tan despacio que me cuesta dominar la impaciencia y contengo el aliento a la espera de ese dulce momento en que me acaricie el pezón.

Él alarga el tormento... y el placer. Me toma un pecho despacio, metiendo la mano en el agua antes de acercar sus dedos mojados para jugar con mi pezón, masajeándolo entre los dedos índice y pulgar mientras me muerdo el labio y gimo, sumergiéndome en el placer feroz que ahora palpita entre mis piernas.

—¿Te gusta esto?

Sus labios me rozan la oreja al hablar y una miríada de chispas recorren mi ser.

—Sí. Oh, Dios, sí.

—Dime qué quieres.

—A ti. Más. Por favor.

He quedado reducida a simples sílabas e introduzco la mano bajo la espuma, entre mis piernas.

Él me coge con suavidad la muñeca bajo el agua y me aparta la mano.

—Ah, no, cielo. Eso me toca a mí.

—Pues tócame, joder.

—Como desee la señora —dice, con su voz grave teñida de diversión.

Se pone en pie, moviéndose un poco hasta entrar en mi campo de visión. Tiene los vaqueros y la camiseta empapados, pero no parece importarle. En cuanto a mí, lo

único de lo que soy capaz de darme cuenta es de que ya no me toca, y por eso gimoteo para protestar.

Una sonrisa pausada se dibuja en su boca cuando se inclina para volver a abrir los grifos. La bañera tiene una alcachofa de mano y la coge de su soporte, me ordena que me levante y luego quita el tapón para vaciar la bañera.

Tirito un poco ahora que estoy fuera de la bañera, pero Dallas no tarda en dirigir el suave rocío sobre mi cuerpo, calentándome y haciendo que un sinfín de burbujas se deslice por mi piel para fundirse en la bañera antes de perderse por el desagüe. Me aclara a conciencia, dirigiendo el agua primero a mis hombros y después a la curva de mi espalda. Mueve la ducha en círculos y se concentra en mis pechos, desplazando después la alcachofa muy despacio hacia abajo, hasta que el agua me provoca entre los muslos. Ahogo un grito de sorpresa y separo los muslos. Quiero más.

Él no me decepciona y dejo escapar un gemido apasionado cuando centra el agua en mi clitoris y acerca la mano entre mis piernas con un paño para lavarme con cuidado; la fricción hace que todo mi sexo se contraiga con fuerza. Cierro los ojos y busco a tientas el colgador de las toallas para poder sujetarme durante la tormenta que sé que se avecina.

Pero no llega.

Abro los ojos, confusa.

—Todavía no —dice.

«¡Cabrón!»

—En ese caso, será mejor que salga.

Trato de coger la toalla, pero él se me adelanta.

—Esta noche yo cuido de ti.

Desliza la toalla por mi cuerpo muy despacio, con suma delicadeza, para secarme y, de paso, prender fuego a mis sentidos una vez más. Sé que lo hace a propósito y me muerdo el labio para no suplicarle un contacto más íntimo. Sé que no va a tocarme hasta que esté listo. Y sé que quiere que suplique.

Ahora mismo estoy bien decidida a practicar el arte del autocontrol.

Durante un rato lo consigo. Mi respiración surge entrecortada mientras me pasa la toalla por los pechos, luego la desliza por mi nuca antes de introducirla entre mis piernas. Suspiro cuando por fin me envuelve con ella, caliente, suave y a salvo en la felpa gruesa, y me coge sin esfuerzo en sus brazos.

Me acurruco contra él mientras me lleva al dormitorio. Todavía es un caos de cajas

abiertas, libros, periódicos y ropa apilados en los rincones. Me sienta en el borde de la cama y me retira el cabello de la cara. Me siento como una niña a la que reconfortan después de una pesadilla, y sin embargo nada tiene de infantil lo que provoca en mí su forma de tocarme.

—Dallas —digo y guardo silencio. Pero sé que él escucha la súplica de mi voz.

Se inclina y me besa de manera dulce, tierna y tan rebotante de emoción que me hace jadear. Hace que se me encoja el corazón.

Interrumpe el beso y me mira a los ojos, y aunque le conozco casi tan bien como a mí misma, no puedo descifrar lo que veo en ellos. Empiezo a preguntarle, pero me silencia posando su dedo en mis labios.

Me quita la toalla y me tumba sobre la cama. Inicia un pausado sendero de besos por mi cuerpo y me sumo en un estado de dicha, con la cabeza apoyada sobre la mullida almohada de plumas, y el cuerpo flotando en el espacio mientras sus labios y sus manos descienden con delicadeza por mis pechos, mi vientre, mis muslos.

Cambio de posición y separo las piernas, sin ni siquiera intentar mostrarme tímida en cuanto a dónde deseo sentir sus besos ahora, pero estos no llegan. En cambio, siento el roce frío de la tela subiendo por mi cuerpo.

Abro los ojos con el ceño fruncido y veo que me está cubriendo con la arrugada sábana.

—Necesitas descansar —dice en respuesta a la expresión atónita que sin duda domina mi cara.

—A la mierda. Te necesito a ti.

—A mí me tienes. Siempre. No puedo creer que hubiera un tiempo en que luchamos contra esto, porque no puedo vivir sin ti.

La intensidad de su voz me atraviesa, y siento que las lágrimas me anegan la garganta.

—Yo tampoco.

Puede que me alejara de él antes de la agresión, pero nunca habría podido mantenerme lejos. Estamos unidos. Lo nuestro es inevitable. Y a pesar del tabú, las ligaduras que hay entre nosotros no son cadenas, sino un regalo. Porque ¿cuántos encuentran a la única persona de todo el universo con quien pueden compartir por completo su ser?

—Duerme —susurra mientras se sienta a mi lado en el borde de la cama y me acaricia el pelo—. No voy a irme a ninguna parte. Deja que cuide de ti.

—Entonces hazlo. Cuida de mí.

Le cojo la mano y la guío por debajo de la sábana hasta mi pecho; arqueo la espalda. Le deseo tanto que me duele. Y aunque sé que siente que necesita mimarme, ahora mismo yo necesito más.

—Dejar que duerma no me ayuda —insisto—. Dejar que duerma es ignorarme. Dallas, por favor. Por favor —repito mientras llevo muy despacio su mano por mis costillas, por mi vientre.

Sus ojos están clavados en los míos, llenos de oscuro calor y deseo salvaje. Pero también hay algo más. Aún se está conteniendo, cuestionándose lo que cree que es mejor para mí.

—Esto —digo mientras separo las piernas y le guío más abajo, deslizando sus dedos sobre mi suave hueso púbico y más allá, hasta cubrir mi sexo—. Tócame —prosigo—. Fóllame —le ruego.

Una descarga eléctrica me recorre y me estremezco; cierro los ojos mientras me arqueo y manipulo sus dedos para que jugueteen con mi clítoris.

—Oh, joder, cielo.

Sus palabras son graves y severas, casi un gruñido, y sé que le he vencido.

—Olvídate de la siesta —murmuro mientras mete dos dedos dentro de mí y se inclina para tomar mi pecho con su boca.

Se mueve encima de mí. Sus dientes me rozan el pezón y grito mientras me contoneo contra él cuando lo mordisquea y me besa el cuerpo. Se detiene al llegar al hueso púbico y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Mi boca en tu coño? ¿Que excite tu clítoris con la lengua mientras te penetro a fondo con dos dedos?

Mi cuerpo se contrae en respuesta a sus palabras y me las arreglo para proferir un sonido estrangulado que se acerca a un sí, dentro de lo razonable.

—Voy a llevarte al límite, cielo. Al mismo límite, pero no más allá. Todavía no.

Me quejo, casi suplico, pero me silencia el roce de su lengua sobre mi clítoris; el placer es casi demasiado de soportar. Pero no va a permitir que escape de las delicias con las que me atormenta. Me sujeta con firmeza las caderas mientras su lengua obra su magia conmigo. Estoy cerca, muy cerca, y mi respiración es cada vez más dificultosa a medida que me centro en ese único punto, en ese lugar en que parece estar atrapado todo el placer del mundo, y Dallas está muy próximo a liberarlo, con que solo...

Pero entonces se detiene y me quedo al borde del precipicio. Grito, frustrada, pero al hacerlo él me suelta las caderas e introduce un dedo dentro de mí. Mi cuerpo lo ciñe y casi vuelvo a gritar, esta vez de alivio.

Necesito esto con desesperación. No, esto no. A él. Le he echado de menos. Joder, he echado de menos lo nuestro. Y la sensación de tenerlo dentro es como volver a casa.

—Más —susurro—. Dallas, por favor, más. Todo. Tú.

Ni siquiera hablo de forma coherente, pero sé que él me entiende.

Se aparta de mí y estoy a punto de dedicarle hasta el último impropio que conozco, pero entonces me doy cuenta de que no se está marchando. Todo lo contrario; se está desnudando, se despoja de los vaqueros empapados y arroja después la camisa al otro lado de la habitación. Se queda ahí, de pie, durante un momento, desnudo y perfecto, con la polla dura y lista. Mi cuerpo reacciona solo con verle, mi coño se contrae de impaciencia por sentirlo dentro. Es mío. Y ahora mismo lo quiero dentro de mí.

De hecho, deseo la fuerza. La rapidez. Quiero la ferocidad de ser reclamada. La rendición cuando me llena. Y no me avergüenza suplicarle.

—Por favor, por favor, por favor, fóllame.

Las palabras abandonan mis labios sin pensar y solo después de hacerlo pienso en lo maravilloso que es poder pedir algo semejante. Dallas ha pasado mucho tiempo sin ser capaz de penetrar a una mujer y temía que jamás pudiera volver a sentirlo dentro de mí.

Ya casi hemos superado eso. No del todo, pero casi.

Pero ahora mismo no está dentro de mí, aunque está regresando a la cama. Y me sorprende al darme cuenta de que a menos que haya cambiado su enfoque del sexo, no es ahí hacia donde se dirige.

—Joder, Dallas, ¿qué estás haciendo? —pregunto cuando levanta la cabeza de entre mis piernas y me brinda una sonrisa pausada y muy sexy—. O, más bien, ¿qué es lo que hace tu lengua que no está haciendo tu polla?

Su risa reverbera por todo mi ser.

—Ya te lo he dicho, cielo. Esta noche es toda para ti.

—Entonces haz lo que te pido y fóllame. Por favor —añado, y le agarro del pelo para que no le quede más alternativa que ascender por mi cuerpo cuando tiro de él—.

No me harás daño —susurro, y le doy un beso ligero en la comisura de la boca—. Y si me lo haces, te prometo que lo disfrutaré.

Por el movimiento nervioso de sus labios y el brillo en sus ojos sé que cualquier otra cosa que alegue será solo palabrería. Y cuando agacha la cabeza y desciende por mi cuerpo, me estremezco y separo más las piernas, disfrutando de su sensación, de su tacto. Y me dejo llevar por lo que se avecina.

Me agarra de los muslos con brusquedad, tirando de mí para que le rodee las caderas con las piernas. Mi sensible coño roza contra su polla y arqueo la espalda, porque mi cuerpo se muere de ganas de más.

—Joder, sí —dice, y ya no hay ni rastro de humor en su voz. Solo necesidad. Desesperación.

Su glande me provoca, deslizándose sobre mi clítoris, profundizando dentro de mí lo suficiente como para estar a punto de hacerme llorar de frustración.

Me retuerzo mientras el placer asciende por mi cuerpo y una descarga eléctrica se arremolina en mis entrañas y entre mis piernas. Me agarro a las sábanas y contoneo las caderas al tiempo que su polla acaricia mi clítoris.

—Por favor, Dallas. Te lo suplico. Ahora, por favor, ahora.

Él farfulla una respuesta ininteligible y luego me agarra de las caderas, me acerca hacia él y me embiste. Estoy empapada y me penetra hasta el fondo de un único, fuerte y violento embate que me hace gritar cuando me llena, se retira y me embiste de nuevo.

Duro, ardiente y feroz, justo como lo quería a pesar de que cada vez que tira de mis caderas me desliza por la cama, irritando mi hombro magullado. Pero no me importa. Todo lo contrario; disfruto del dolor. Este enfatiza el momento, haciendo que el regreso a una realidad en la que pertenezco a Dallas sea total y absoluto. Porque el dolor significa que estoy aquí.

El dolor significa que estoy viva.

Y nunca me he sentido más viva que en brazos de Dallas.

Me penetra una y otra vez.

—Estoy cerca —dice—. Tócate, cielo. Quiero verte jugar con tu clítoris... y quiero que te corras conmigo.

—Sí.

Es la única palabra que consigo decir, pero obedezco.

Bajo la mano y rozo su polla mientras me acaricio. Resulta tan erótico que un

estremecimiento me recorre y me catapulta más allá del límite, haciendo que grite y que mi cuerpo se contraiga alrededor de su polla, impulsándolo también a él hasta que ambos estallamos a la vez.

Juro que veo las estrellas, y cuando por fin bajo de nuevo a la tierra, él está encima de mí sobre la cama y los dos resollamos.

—Oh, cielo —murmura, y se baja de encima de mí para no aplastarme—. Te quiero —dice, y tengo la impresión de que el repique de campanas enfatiza su voz.

¿Campanas?

Pero no son campanas lo que oigo, sino el taco que suelta Dallas cuando se levanta de la cama y mete la mano en el bolsillo de los vaqueros para coger su teléfono móvil.

Me apoyo en un codo. Estoy a punto de meterme con él por su falta de modales en un momento tan sexy, pero veo la expresión de su cara.

—Es Liam —dice, mirándome a los ojos.

En ese mismo instante percibo un cambio. Ignoramos lo que Liam va a decir, pero ambos sabemos que no va a ser nada bueno y que este momento dulce y cálido está a punto de esfumarse por completo.

Me incorporo y tiendo el brazo hacia él; le sujeto la muñeca mientras responde la llamada.

—Jane está conmigo. Te pongo en el altavoz. ¿Qué ha pasado?

—Estábamos trabajando en el móvil de Jane cuando hemos recibido una serie de mensajes.

Me siento confusa durante un momento. ¿Qué tiene de relevante que lleguen a mi móvil algunos mensajes de texto? Y entonces, cómo no, se me encoge el estómago.

Lo pillo.

Lo entiendo.

—Los ha enviado ella —digo—. La zorra que me atacó.

—Envíanoslos —ordena Dallas.

—Lo estoy haciendo en este instante —responde Liam.

El móvil de Dallas suena unos segundos después, anunciando la llegada de varios mensajes entrantes. Abre la aplicación y se me sube la bilis a la garganta al leer lo que aparece en la pantalla.

Dallas, podría haber hecho algo mucho peor. No lo he hecho porque sabía que te disgustaría. Pero eso no es justo, no crees? Porque tú me has disgustado a mí

Cómo puedes estar con ella cuando deberías estar conmigo? Cómo puedes tocarla a ella cuando deberías tocarme a mí?

Puedo perdonarte, porque te quiero y te mereces una segunda oportunidad

Pero tengo un límite

Sé que no la amas de verdad; cómo vas a hacerlo cuando soy yo quien llena tu corazón? Quien debe estar a tu lado?

Pero a lo mejor te preocupas por ella. Es tu hermana. Es tu familia. Y ambos compartís un pasado traumático

Lo ves? Entiendo y perdono. Hasta un punto

Así que, si te preocupas por ella, déjala

Porque la próxima vez que me la encuentre en la calle pondré fin a esto de verdad

He de hacerlo, amor mío. De qué otra forma puedo proteger lo que es mío?

Leo las palabras una, dos veces más. Sé que Dallas hará todo lo que pueda para protegerme. Sé que Liam, Quince y el resto de los chicos de Liberación están haciendo todo lo que pueden para encontrar a mi agresora.

Pero también sé que está harta. Que de verdad piensa que Dallas es suyo.

Y que ha jurado matar a quien se interponga entre ellos.

A mí.

Engaños verdaderos

Esa mala puta! —La voz de Dallas es fría, dura y serena. Si no estuviera ya lo bastante asustada por los malditos mensajes, su tono me habría aterrado—. Localizadla —le ordena a Liam—. Encontradla.

Y entonces cuelga. Se limita a finalizar la llamada. Arroja el móvil sobre la cama. El aparato resbala y aterrizan con un ruido seco en la moqueta. Por lo que veo, él ni siquiera se da cuenta.

Se levanta despacio. Se pasea de un lado a otro. Parece un felino enjaulado. Verle así me pone nerviosa y me echo hacia atrás en la cama, encojo las rodillas contra el pecho y me tapo hasta la barbilla con la sábana. «Un felino no —pienso, frenética—. Un muelle bien enrollado.»

Y mientras esa metáfora surge en mi cabeza sucede la explosión que había previsto. Vuelca el armario del rincón. Barre con el brazo la superficie de la cómoda, lanzando al aire las pequeñas cajas. Atraviesa con el puño el panel de yeso junto a la puerta del vestidor.

Pero cuando se mete en el cuarto de baño, corro tras él, aterrada de que estelle el puño contra el espejo y se corte.

—¡Dallas, no!

Le pillo justo en la entrada y se gira como un rayo para mirarme. Me agarra de los hombros y me estampa contra la pared. Durante un instante veo una furia descarnada en sus ojos. No dirigida contra mí, sino contra el mundo.

Y luego ya no puedo ver sus ojos porque está demasiado cerca y siento su boca caliente sobre la mía. Interrumpe el beso solo para levantarme los brazos por encima de la cabeza y sostenerlos así, sujetándome las muñecas con una mano mientras su boca se aplasta contra la mía.

Necesita esto, sé que lo necesita. Y, maldita sea, yo también. Necesito sentirle contra mí. Necesito la segura realidad de que es Dallas quien me toca. No el miedo. No el mundo. Y desde luego no la Mujer.

Quiero lo que él está tomando, este anhelo exigente y abrasador. Este asalto apasionado.

Y, sin embargo, a pesar de mi desesperación, no puedo soportarlo. Estoy demasiado dolorida, mi cuerpo está demasiado magullado, y aunque intento contenerlo, se me escapa un quejido cuando mi hombro herido grita de dolor. Dallas se detiene de inmediato y su ira queda sepultada por su preocupación por mí.

Es algo tan simple, y sin embargo me colma de tanta dicha que le rodeo con los brazos y le beso con ternura.

Cuando nos separamos, me mira con afecto y me acaricia el pelo con las manos.

—Eres mía, Jane. No vuelvas a dejarme jamás.

Sus palabras denotan dureza, pero sé que no es contra mí. En realidad, no se trata de que me aleje. Es una amenaza contra un universo retorcido. Es una advertencia para la Mujer. Es su forma de decirnos al mundo y a mí que no puede soportar perderme otra vez.

Y aunque lo entiendo, la respuesta que me viene a los labios es simple y personal. Le miro a los ojos y digo en voz baja:

—No vuelvas a mentirme jamás.

Él se aparta y deja caer las manos.

—Sigues cabreada.

—No. Puede que un poco. —Frunzo el ceño, porque en realidad no estoy segura—. ¿Eso importa? —pregunto—. El caso es que te quiero.

—Dilo otra vez.

Levanto la mano y la apoyo sobre su mejilla. Hoy no se ha afeitado —puede que no desde ayer— y noto su cara áspera contra mi piel.

—Te quiero —repito, y veo que mis palabras iluminan su rostro un instante, porque después, una sombra asoma a sus ojos—. ¿Dallas?

—Tenía mucho miedo de perderte.

Trago saliva y asiento. Sé que no está hablando solo del ataque, sino de cómo me largué del apartamento. Pero ese no es un temor real, porque ambos sabemos que habría sido imposible que me mantuviera alejada. Jamás. Ya lo intenté antes y fracasé. Gracias a Dios que fracasé, porque ahora estoy con Dallas.

Pero el otro temor —que me aparten de su lado— es real y también me aterra a mí.

Inclino la cabeza hacia atrás para mirarle. Busco palabras de consuelo, que comience a hablar y me diga que todo va a salir bien, que no hay nadie ahí fuera que quiera hacerme daño. Pero eso no es lo que sucede. Tengo que enfrentarme a esto, y me siento muy agradecida por no tener que hacerlo sola.

—De verdad crees que ha sido la Mujer, ¿no?

Es una pregunta, pero conozco la respuesta.

—¿Cuánto viste? ¿Llevaba la máscara puesta?

Asiento.

—Pero podría haber sido cualquiera —reconozco sin demasiada convicción—. Esos mensajes podría haberlos mandado alguien que piensa que matándome borraré algún terrible pecado.

—Podría ser, pero no es así. Y tú lo sabes.

Asiento de nuevo. Conozco la verdad. Lo que ocurre es que deseo envolverme en el manto cálido de la negación.

—Tenemos que encontrarla. Y mantenerte a salvo.

Cierro los ojos y me limito a respirar.

—Podría haberme matado. Lo dice en esos puñeteros mensajes. ¿Por qué no lo hizo?

—Sabes por qué.

Dallas tiene razón. Lo sé.

—Está jugando con nosotros. —Reflexiono sobre mis propias palabras, sin saber cómo decir esto, pero consciente de que le debo la verdad—. Estoy asustada. No quiero estarlo, pero lo estoy. Y eso me cabrea, porque esa zorra ya me ha quitado mucho. No quiero darle también mi paz mental.

—Jane.

Intenta cogerme, pero me doy la vuelta y me zafo; todavía no he terminado.

—Estoy asustada —repito—. Pero no solo por mí. En realidad va a por ti. Es a ti a quien quiere hacer daño.

—Pero estás pasando por alto una cosa, cielo. Ella quiere hacerme daño a mí. Y sabe que la mejor forma de lograrlo es a través de ti.

Sus palabras me producen un escalofrío y me rodeo con los brazos y asiento. Tiene razón, claro. Santo Dios, tiene toda la razón.

Inspiro hondo y me obligo a pensar de manera racional.

—Ella piensa que hay algo entre vosotros dos y que yo soy un obstáculo.

—No hay nada. Y tú no lo eres.

Eso me hace sonreír. Casi. Inclino la cabeza hacia atrás, tomo aire y prosigo:

—Eso es obvio, pero ¿qué va a pasar cuando se vea obligada a aceptarlo? Nada bueno, Dallas. Tenemos que descubrir quién es.

—Créeme cuando te digo que nos estamos ocupando de eso.

Asiento, y comprendo que con «nos estamos ocupando de eso» se refiere a que Quince está en ello. O, para ser más precisos, Quince está ocupándose de Colin.

Respiro hondo.

—Necesito verle.

—Jane... no.

Sé que la tirantez presente en su voz es preocupación, pero niego con la cabeza, ignorándolo.

—He de hacerlo. Si de verdad nos hizo esto, lo sabré. Necesito saberlo con seguridad, disipar las pocas dudas que pueda tener aún. Dallas, es mi padre...

—¿Lo es?

—No juegues a eso conmigo. Si hay alguien que sepa la importancia de los vínculos sanguíneos en comparación con los legales, somos tú y yo.

Él levanta las manos a modo de rendición.

—Jane, yo...

—Lo sé. Quieres protegerme. Ya hemos pasado por esto antes. Protégeme todo lo que quieras, pero no me detengas —añado con una sonrisa magnánima.

El peso del mundo

Si hubiera tenido alguna duda de que Liberación era una organización secreta, se habría disipado al llegar al edificio que albergaba sus instalaciones.

Dallas tomó la ruta más enrevesada posible. En taxi. En metro. A pie. Teniendo en cuenta las molestias, creía que el lugar sería un palacio. Sobre todo porque ya había visto antes el centro de operaciones de Dallas, y ese lugar sin duda rivalizaría con la CIA en cuanto a tecnología y a equipamiento de vanguardia se refiere.

Pero no estamos delante de algo vanguardista. En vez de eso, tengo ante mis ojos una tienda de comestibles vieja y destartalada en East Harlem.

Enarco una ceja cuando desvío la vista del edificio a Dallas.

—¿En serio?

Pero él se limita a sonreír y me coge de la mano para conducirme al interior del edificio. Está en obras. Atravesamos la zona en construcción y entramos en el pequeño espacio al aire libre entre este edificio y el siguiente. Accedemos al bloque por una salida de emergencia que da al hueco de una escalera, bajamos y luego salimos a un pequeño sótano. Las paredes son de hormigón y huelen a moho. Es nauseabundo y empieza a resultarme un poco claustrofóbico.

Pero entonces Dallas me adelanta e introduce un código en un teclado oculto. Las puertas se abren con unos chirriantes goznes metálicos, liberando un rumor de actividad; el zumbido de los ordenadores, el repiqueteo de los teclados, el murmullo de varias voces. Dallas se gira y me ofrece la mano. Doy un par de pasos para acercarme y me aferro a él.

—Bienvenida al nuevo centro de operaciones —dice, y entramos juntos.

Al instante soy testigo del cambio que se produce en él. Hasta ahora su atención se centraba solo en mí, como si yo fuera lo único que le importara. Y aunque no me

siento abandonada, en esta bulliciosa habitación él parece llenar el espacio, hacerse más alto, más poderoso, más concentrado. Y teniendo en cuenta que Dallas siempre ha poseído un aura de autoridad, incluso en su papel de playboy, eso es decir mucho.

Giro la cabeza para abarcar toda el área; los bancos de ordenadores, las mesas de trabajo, las pizarras limpias que cubren todas las paredes. Hay dos hombres que no reconozco sentados ante una serie de monitores; uno atiende el teléfono; el otro lleva puestos unos auriculares y se mece al ritmo de alguna canción que no puedo oír mientras sus dedos vuelan sobre el teclado. Veo a Liam en el siguiente cuarto, separado de esta habitación mediante una ventana de cristal. Parece una sala de conferencias y está hablando con alguien al que no puedo ver.

El cuarto es una mezcla de tecnología y de todos los estereotipos de las viejas películas de detectives. Huele a papel, a sudor y a comida basura rancia, y es evidente que a Dallas le encanta estar aquí.

«Está en su salsa», pienso, y aunque siempre he sabido que el secuestro produjo un profundo cambio en nosotros, esta es la primera vez que veo de verdad que las repercusiones de dicho cambio han llegado hasta la actualidad. Esta carrera secreta ha sido el motor que le ha impulsado en su vida. Y aunque empezó como un medio para encontrar a nuestros secuestradores, le conozco lo bastante bien como para ser consciente de que ahora es más que eso. Se trata de nosotros, pero también de los demás. Se trata de hacer justicia. Y, sí, se trata del chute de adrenalina que genera la caza. El peligro. Y la emoción de momentos como este, cuando entra en un cuarto en el que todos los presentes están trabajando para alcanzar el objetivo común de salvar una vida.

Y aquí estoy yo. He hecho carrera escribiendo sobre secuestros, víctimas y cosas similares. Artículos, libros. Muy pronto una película.

En otras palabras, nuestro trauma se ha convertido en nuestra especialidad, que a su vez se ha convertido en nuestra pasión. Ignoro si eso es bueno o malo, pero sí sé que es nuestra realidad. Y si algo he aprendido es que no se puede escapar de la realidad.

Dallas cambia de postura y ladea la cabeza, entrecerrando los ojos con expresión inquisitiva.

—¿Preparada?

—No —respondo, pero avanzo de todas formas y dejo que me lleve a la sala en la que Liam está reunido con los dos hombres desconocidos, que se levantan cuando

nos acercamos; el hombre pelirrojo se quita los cascos y los deja sobre la mesa. Un débil sonido de percusión cruza el aire.

—Este es Noah —me presenta Dallas mientras estrecho la mano del hombre que se ha quitado los auriculares—. Y este es Anthony.

—Tony —le corrige el hombre moreno, ofreciéndome también la mano.

No necesito preguntar si son buenos en lo que hacen. No solo sus expresiones competentes y perspicaces demuestran que lo son, sino que, además, sé que Dallas no trabajaría con nadie que no fuese el mejor en lo suyo.

—Nos alegramos mucho de que estés bien —comenta Noah antes de hacer una pequeña mueca—. Bueno, me refiero a que no tengas heridas graves. En fin, has venido para hablar de lo que recuerdas sobre la agresión, ¿verdad? Cualquier cosa que se te ocurra. Ya hemos ido puerta por puerta, pero los testigos que hemos localizado no nos han proporcionado casi nada. Aún espero identificar la furgoneta. Seguimos obteniendo y analizando material de las cámaras que hay entre el lugar del ataque y el vertedero junto al Riverside Park —añade para Dallas—. Todavía no he tirado la toalla, pero hasta el momento no tenemos nada.

—Sigue con ello —le ordena Dallas.

—¿Recuerdas alguna cosa sobre el conductor? —me pregunta Tony.

—No, estaba...

—Tío, ha venido para hablar con Colin, no para que la interroguemos. Todavía no, claro. —Reconozco la voz profunda que llega desde mi espalda. Me giro y encuentro a Liam, que me tiende los brazos—. Me alegro mucho de verte en pie y bien, pequeña. Nos has dado un buen susto.

—Te aseguro que no ha sido a propósito —respondo con sequedad.

Conozco a Liam de toda la vida y, junto con Brody, es uno de mis mejores amigos. Su madre fue nuestra ama de llaves, ha estado con Dallas y conmigo desde siempre y los tres formábamos un trío inseparable hasta el día que papá envió a Dallas a un internado en Londres.

Con el ceño fruncido, recorro con la vista a los hombres presentes en la habitación.

—Ni siquiera ha amanecido. Chicos, ¿es que no dormís nunca?

Liam se echa a reír.

—Sí, por turnos. Pero cuando ha llamado Dallas, he sacado a Noah y a Tony del catre. Pensé que querrías conocerlos.

—Sin duda —digo, y brindo una sonrisa a esos hombres—. Siento haberos

despertado tan pronto.

—Son gajes del oficio —replica Noah—. Si lo necesitas, hay café recién hecho, del fuerte. —Señala una pequeña cocina al fondo de la estancia, pero yo niego con la cabeza. Lo último que me apetece ahora es un café.

—¿Dónde está Quince? —pregunta Dallas.

—Acaba de terminar una sesión. Ha seguido incrementando la dosis durante la noche y aun así no ha conseguido nada. Creo que está un poco mosqueado por presionar demasiado. Ahora le ha puesto a Colin un gotero con solución salina y algunas antitoxinas para eliminar la droga de su organismo. —Liam echa un vistazo a su reloj—. Ya no creo que quede mucho. Hemos supuesto que Jane querría hablar con él con la cabeza lo más lúcida posible.

—Bien. —Dallas se vuelve hacia mí—. No ha dicho una mierda a pesar de las drogas. Puede que tú seas más efectiva que el suero de la verdad.

—O puede que no —respondo.

No añado que tal vez no tenga nada que confesar. Dallas y los chicos ya están convencidos. Y aunque deteste reconocerlo incluso para mí misma, su certeza también me ha convencido a mí. Aun así, quiero hablar con Colin en persona.

—Señorita Jane.

Archie sale de la sala de conferencias al otro lado de la habitación con una sonrisa amplia en la cara. Me libero de los brazos de Liam y corro hacia él, envolviéndolo en un abrazo. Él empieza a apartarse, pero me aferro con fuerza durante un instante más; necesito esta conexión con mi infancia. Una época en la que, por complicada que fuera la vida, las cosas eran más sencillas. Un tiempo en el que entendía a las personas que me rodeaban, a pesar de que ahora sé que era una ingenua.

Cuando por fin le suelto y me aparto, veo que el mayordomo de la familia Sykes me sonrío.

—Ni se imagina cuánto me alivia que esté sana y salva, señorita Jane. No diré que todo está bien, porque ambos sabemos que no es así —añade y su expresión se ablanda—. Pero está aquí, de una pieza, y ese es un muy buen comienzo.

Sonrío a pesar de todo. Sí, estoy aquí, en el piso franco de una organización criminal. Sí, criminal. Porque si bien se puede alegar que todo lo que Liberación ha hecho para rescatar víctimas de secuestro está en el límite de la legalidad, aunque nunca haya traspasado la línea, no cabe la menor duda de que secuestrar a Colin la ha adentrado en territorio criminal, por muy justificada que pueda estar dicha acción.

Dallas está en peligro, igual que Liam, Quince y el resto del equipo, incluido Archie.

Y, de hecho, también yo. Soy una encubridora. Estuve casada con un fiscal adjunto de Estados Unidos el tiempo suficiente como para saber al menos eso.

Y, sin embargo, aquí estoy. Creo a Dallas, pero he de enfrentarme a Colin. Suspiro y me vuelvo hacia Dallas. Se me encoge el corazón al ver su expresión. No solo de preocupación, sino también de compasión.

—Puedo con ello —le digo por enésima vez—. Es más, no puedo seguir adelante hasta que me lo contéis todo, chicos, y después hable con él.

—Lo sé.

Asiento con firmeza y me preparo.

—De acuerdo —insisto—. Contádmelo todo.

Liam y Dallas se miran y puedo ver cómo se comunican sin palabras. Dallas asiente y me coge de la mano.

—A la sala de conferencias —ordena—. Te lo contaremos todo con detalle.

Y lo hace.

Me siento entumecida en el sillón de piel mientras Liam abre documentos en una pantalla, repasa la cronología y describe los hechos uno por uno. No se molestan en especular; no es necesario. Las evidencias son demasiado condenatorias. Y cada información adicional es como una puñalada en mi corazón.

Pruebas de que Colin estaba en Londres en el momento del secuestro y de que utilizó un pasaporte falso para entrar en el país.

El disco duro de un ordenador con correos electrónicos condenatorios entre él y Silas Ortega, uno de los seis hombres que nos secuestraron a Dallas y a mí aquella noche espantosa de hace diecisiete años.

Pruebas de que Colin no estaba en Boston, tal y como me dijo, cuando Ortega fue asesinado antes de que pudiera hacer un trato con los federales. En vez de eso, Colin voló a Sudamérica, que era donde tenían detenido a Ortega.

Conversaciones enigmáticas recogidas por un micrófono colocado en la casa de Colin en Brooklyn que sugerían que mi padre biológico estaba liquidando sus activos con el objetivo de desaparecer.

Y así sucesivamente, con docenas y docenas de pequeños hechos que al principio bullían sin orden en mi cerebro, pero que después se conectaron para formar una imagen.

No sabía por qué le hizo algo tan espantoso a Dallas, y mucho menos a mí, pero cuando Dallas dijo: «Es todo. Esto es todo lo que tenemos hasta ahora», yo estaba convencida. Tal vez no supiera por qué, pero estaba segura de que Colin fue el Carcelero.

—¿Estás bien?

—Yo... —Pero no consigo hablar. Siento náuseas y un pánico repentino... y entonces vomito en los zapatos de Dallas.

—Jane. —Se levanta de inmediato y me estrecha con fuerza entre sus brazos—. No deberías hacer esto —susurra cuando me aparta.

—No. No, es solo que... Gracias —digo cuando Liam me pasa un vaso de agua—. Es que es demasiado. Pero estoy bien. En serio. —Arrugo la nariz y bajo la mirada—. Lo siento.

Él no parece convencido, pero me da un beso en la cabeza y se quita los zapatos.

—Vamos.

Me lleva a un cuarto de baño completo, con cepillos de dientes y dentífrico sin estrenar. Dallas se ha marchado para dejarme intimidad y me arrimo, apoyando las manos en la encimera mientras examino mis propios ojos.

—Puedes hacerlo —me digo, y parezco tan resuelta que casi me siento aliviada.

Vuelvo a la zona principal y me encuentro a Quince al lado de Dallas. La pared a mi izquierda ya no es sólida, sino que parece que han eliminado una sección de hormigón para dejar a la vista lo que doy por hecho es una ventana unidireccional. Puedo ver a Colin dentro, sentado a una mesa, con las muñecas esposadas a la superficie de la misma.

Me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio inferior y me obligo a centrar de nuevo la atención en Dallas. Tomo aire y le beso con fuerza. Necesito esa conexión, recordar lo que es bueno y justo en mi mundo.

Los acompaño hasta la puerta y espero mientras Quince introduce un código. Dallas se queda ahí, con los puños apretados, muriéndose sin duda de ganas de entrar conmigo. De protegerme.

De repente ya no quiero entrar en esa habitación. Durante horas he pensado que puedo enfrentarme a esto. Que soy fuerte. Que he pasado por tanto que esto no es nada en comparación con todo lo demás.

Pero no es verdad. Noto un hormigueo en la piel. Tengo el estómago revuelto.

Siento calor y frío por momentos, y en este instante no hay nada que desee más que hacerme un ovillo y ponerme a llorar.

Pero eso tampoco es del todo cierto, porque lo que de verdad deseo es huir. Muy lejos, a toda velocidad; escapar de este lugar y de este hombre que me hizo daño de forma tan displicente. Que hirió a Dallas.

Pero no puedo. Tengo que quedarme. Necesito oír la verdad de sus labios.

Y lo que es más importante: tengo que hacer esto sola.

Por eso, cuando la puerta se abre, tomo aire y entro en la celda con las piernas temblorosas para enfrentarme al hombre que una vez fue mi padre.

Ahora creo que es un monstruo.

En la brecha

Jane. Oh, gracias a Dios, Jane.

Dudo nada más entrar y confío en que Colin no pueda ver que estoy temblando. Aún noto el sabor de la bilis en la garganta y durante un instante me temo que voy a volver a vomitar.

No me giro, pero sé que Dallas está detrás de mí. Casi puedo sentir su mirada penetrante en mi espalda y estoy segura de que si muestro el más mínimo signo de debilidad se acercará a mí, me agarrará del brazo y me sacará de esta habitación.

Una parte de mí desea que haga justo eso, que me ofrezca una excusa para dar media vuelta y no enfrentarme al hombre en el que tanto confié en otro tiempo.

Pero esa es mi parte cobarde, y no quiero ser cobarde. No respecto a este asunto. Ya no.

Ahora mismo necesito la verdad con la misma desesperación que el aire, la comida y el agua. Por eso me yergo, alzo la cabeza y cruzo la habitación en dirección a Colin.

Oigo la puerta cerrarse a mi espalda y durante un brevísimo momento vuelvo a dudar. Pero continúo mi camino, retiro una silla y me siento frente a mi padre biológico.

Cruzo las manos delante de mí, imitando su postura. Salvo que yo no tengo las muñecas sujetas a la mesa con unas esposas de acero. Entrelazo los dedos y los aprieto con demasiada fuerza. Espero presentar una imagen despreocupada, como si toda esta experiencia no me estuviera matando. Como si no sintiera que estoy atrapada en una pesadilla.

—Jane —dice.

—¿Por qué? —pregunto a la vez.

Colin meneaba la cabeza. Sus ojos brillan cuando la luz deslumbrante se refleja en

sus lágrimas.

—No —farfulla—. No, cariño, tienes que creerme. Lo que dicen que hice... Te juro que no lo hice.

Sus palabras tranquilizadoras hacen que se me encoja el corazón, y desearía poder creerle. Pero hoy he oído demasiadas cosas.

Me aparto de la mesa y me levanto. Luego le doy la espalda y me dirijo hacia la puerta mientras el corazón me late con tanta fuerza que estoy convencida de que él puede oírlo.

Cuando mi mano agarra el pomo, él grita mi nombre y hace que me detenga. Titubeo, pero me doy la vuelta. No digo nada, solo le miro con expectación.

—No te vayas. Por favor, por favor, no te vayas.

Me giro de nuevo hacia la puerta.

—No me interesan en absoluto las mentiras, Colin. He venido a por respuestas. Si no vas a dárme las, estoy perdiendo mi tiempo.

Cojo el pomo otra vez y en esta ocasión lo giro. Doy un tirón y la puerta se abre una mínima rendija.

—¡No quise hacerlo! Oh, Dios, Jane. Cometí un error. ¡Un error espantoso!

Sus palabras me desgarran el corazón y cierro los ojos con fuerza.

No voy a llorar. No voy a llorar.

Lo que deseo hacer es salir de este cuarto y correr hasta los brazos de Dallas, pero lo que en realidad hago es cerrar la puerta, girarme despacio y volver a la mesa. Mantengo la vista baja. No estoy preparada para mirarle. Todavía no.

Me siento, parpadeo y trago saliva mientras realizo un inventario mental. No quiero que vea en mi cara cuánto me ha herido su confesión evasiva. No quiero que este hombre me vea llorar.

—De acuerdo. —Levanto la cabeza—. Cuéntamelo.

—Ortega me abordó —comienza.

—¿Cómo le conociste?

—No le conocí. No llegué a conocerle. Pero había oído hablar de él a algunos de mis contactos de negocios.

Enarco las cejas al oír la palabra «negocios», pero guardo silencio.

—Él... bueno, conocía gente. Resultaba intimidante. Estaba... estaba metido en un montón de cosas. Coincidíamos en temas de contrabando y consiguió mi nombre de algún modo. Me dijo que estaba en su radar. No sé por qué. No me lo contó.

Levanta una mano como si pretendiera acariciarme la cara, pero las esposas que lo sujetan a la mesa se lo impiden. La irritación brilla en sus ojos y tengo la impresión de que ha perdido el hilo, así que espero.

—Me dijo que me había estado observando y que eso le llevó a observar a Eli — prosigue—. Y a la cuenta bancaria de Eli. Me dijo que se había enterado de lo que me habían hecho tu madre y Eli. Que te habían apartado de mí. —La voz se le quiebra por la emoción—. Por entonces yo estaba hecho polvo... Intenté que no te dieras cuenta, pero perderte estuvo a punto de destrozarme. Estaba dolido. Furioso. De todo. Perdí el rumbo, cariño. —Lágrimas enormes brotan de sus ojos—. Y entonces Ortega me dijo que tenía a Eli en el punto de mira, que quería coger a Dallas y pedir un rescate por él. Me quedé horrorizado... ¡Horrorizado! Me dijo que quería mi ayuda. Que coger a Dallas sería una forma de castigar a Eli. De castigar a Lisa. De clavarle un puñal igual que ellos habían hecho conmigo.

Me esfuerzo por no llorar; no puedo creer que llegara siquiera a pensar en hacer algo así, y mucho menos llevarlo a cabo.

—Estaba furioso. Herido. Quería vengarme de ella. De Eli. Quería castigarlos, pero no debería haberlo hecho. Oh, Dios, no debería haberlo hecho. —Oculta la cabeza entre las manos mientras los sollozos estremecen sus hombros.

—¿De qué forma ayudaste?

Mis palabras son duras. Frías.

Él levanta la cabeza despacio.

—Yo... le dije a qué colegio iba Dallas. Respondí a las preguntas cuando planeó y contrató a los hombres. Pero eso fue todo. Te juro que eso fue todo. Y necesitaba el dinero... Acuérdate de lo mal que estaba, necesitaba el dinero y me dijo que recibiría la mitad solo por esa información.

—Pero... me cogieron a mí también.

Detesto que se me quiebre la voz. No quiero mostrar ninguna emoción ni que vea hasta qué punto me ha hecho daño.

—Lo sé. —Llora sin control y tiene que agachar la cabeza casi hasta la mesa para poder limpiarse las lágrimas. Hay una caja de pañuelos al fondo de la habitación, pero no me levanto para traérsela—. Me lo dijo después y monté en cólera. Se suponía que tú no tenías que estar allí y le supliqué que te soltara. Pero respondió que era un beneficio extra. Más dinero. Y cuando le dije que podía quedarse con mi parte

del rescate de Dallas si te liberaba, se echó a reír y me dijo que era un imbécil. Jane, Jane, cariño, tienes que saber que yo jamás te haría eso.

Pero no lo sé. Ya no sé nada.

—¿Estabas allí? ¿En la celda con nosotros?

—¡No! No, fui a Londres porque Ortega me lo ordenó. Me dijo cómo hacerlo para que nadie se enterara, pero me quedé en un piso que él mismo alquiló.

—¿Y la Mujer?

—¿Quién?

Me rodeo con los brazos. De repente tengo frío.

—Había una mujer. Ella... era malvada.

—No. —Mueve la cabeza con el ceño fruncido—. No, el equipo estaba compuesto solo por hombres. No había...

—Gilipolleces —mascullo a la vez que retiro la silla y me pongo en pie. Cojo mi teléfono móvil y abro la imagen en la que se me ve en el suelo. Le muestro la foto y señalo mi cara, donde todavía se pueden ver mis moratones—. Ella me ha hecho esto. Y nos hizo cosas peores, mucho peores, cuando éramos adolescentes.

Colin sacude la cabeza de un lado a otro.

—No, no. No había ninguna mujer. No la había.

Me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta.

—¡Jane, espera! No te marches. Por favor, no me dejes.

Me vuelvo hacia él con repentina furia.

—Pues dime la verdad, joder. ¡Dime la puta verdad por una vez en tu vida!

—¡Te la estoy diciendo! ¡Lo juro! ¿Cómo puedes creer que yo te haría esto? No entiendo qué está pasando. No sé por qué no me crees. Te he dicho que estuve implicado. Fui un imbécil; fue una estupidez, fue horrible y tienes derecho a odiarme. Pero no me queda nada más por decir, cariño.

—Había una mujer —insisto—. Háblame de ella o salgo por esa puerta.

—Sí, sí, de acuerdo, sí, había una mujer. Era la novia de Ortega y sé que os llevaba comida, pero yo apenas la conocía. Ahora está muerta. Lleva muerta más de una década.

—Mentira.

—Es verdad. Es verdad. —Las lágrimas ruedan por su cara—. Jane, cariño, por favor. Te quiero. Quiero a Dallas.

Una furia descarnada se abre paso en mí, culminando en la explosión de una sola

palabra.

—¡No! —Tomo aire e intento recuperar cierta calma—. No digas eso. Y no te atrevas a pronunciar su nombre de nuevo. Renunciaste a ese privilegio hace diecisiete años.

—¿Qué me van a hacer? ¿Qué vas a dejar que me hagan?

—No lo sé —respondo, dándole la espalda a propósito y dirigiéndome hacia la puerta—. Sinceramente, no me importa.

Contención

No lo hagas, tío.

Dallas apartó los ojos de Jane el tiempo necesario para mirar a Liam de reojo.

—¿De qué estás hablando?

—No rompas el cristal de un puñetazo. Cambiarlo entero cuesta un huevo.

En la boca de Dallas se dibujó una sonrisa irónica.

—Lo tendré en cuenta —masculló cuando Jane se detuvo frente a la puerta al oír a Colin decir que la quería. Que quería a Dallas.

«¡Hijo de puta!»

—Lo ha hecho bien.

Quince se apoyó contra la pared junto a la ventana.

—¿Le crees? —preguntó Liam, con la incredulidad impresa en su voz.

—Ni una palabra —replicó Quince, que se corrigió de inmediato—. Bueno, una o dos palabras sí. Fue a Londres y desde luego conocía a Ortega. Hasta puede que os quisiera de verdad a Jane y a ti —agregó, mirando a Dallas—. Al menos a su manera retorcida. Pero ¿el resto? Se lo ha inventado todo.

—¿Puedes conseguir que lo reconozca?

Quince se encogió de hombros.

—Ayer te habría dicho que sí. Hoy te digo que puede que sí.

—¿Por qué? Creía que era susceptible a las drogas.

—Lo es. Puede que demasiado susceptible. La dosis normal le dejó completamente drogado. Si cruzas la línea solo consigues disparates. Verdad, fantasía, fragmentos recordados de malos programas de televisión. Claro que habla, pero es como si dictara un sueño descabellado tras una larga noche bebiendo tequila. No se puede confiar demasiado en eso, colega.

Dallas asintió.

—De acuerdo. Pues juega con la dosis. Tardarás más, pero al final llegarás allí.

—Ese es el plan —confirmó Quince—. Y en cuanto a lo de que la Mujer esté muerta, voy a someterle al polígrafo, pero hay que esperar al menos cuarenta y ocho horas a que las drogas se eliminen por completo de su sistema. Si es el cabrón mentiroso que pensamos, eso respalda la teoría de que la agresora de Jane fue la Mujer. Si dice la verdad... Bueno, eso es algo que tendremos que tener en cuenta.

—Hazlo tan pronto como puedas —concluyó Dallas mientras veían a Jane volverse hacia la puerta, abrirla y salir para reunirse con ellos.

Dallas estuvo a su lado antes de que la puerta se cerrara del todo a su espalda.

Ella le miró con expresión severa. Guardaba la compostura, pero podía ver las grietas. Sus ojos enrojecidos. La tensión en la mandíbula y los hombros. Con la notable excepción de sus zapatos arruinados, Jane había sobrellevado todo lo que se le había venido encima con un aplomo extraordinario.

Pero ni siquiera una mujer tan increíble como Jane podía seguir aguantando los golpes. Y mucho se temía que se quebraría si seguía recibéndolos.

—Dice que no fue idea suya —declaró—. Y que la Mujer está muerta.

Las palabras le apuñalaron en el corazón.

—Lo sé. Lo he oído. ¿Le crees?

Su garganta se movió cuando tragó saliva y las lágrimas escaparon de sus ojos, abriendo surcos en su maquillaje.

—Ni una sola palabra.

Jadeó un poco y entonces, como si las palabras hubieran atravesado un dique, las lágrimas la desbordaron. Dallas la atrajo hacia él y la abrazó contra su pecho mientras el llanto sacudía su cuerpo. La estrechó con fuerza; lo único que quería en esos momentos era desterrar su sufrimiento. Hacerle olvidar. Ayudarla a hacerle frente. A borrar la horrible verdad que la estaba atravesando. Destrozando.

Pero no, no era eso lo que en realidad quería. Lo que más deseaba era cruzar esa puerta, rodear el cuello de Colin con las manos y apretar hasta acabar con el último hálito de vida de ese hombre. Un hombre que afirmaba que le quería a él, que quería a Jane. Un hombre que les había hecho daño. Que les había mentado. Que había pisoteado sus vidas, destruido su infancia y los había roto a ambos.

Destrozado.

Por mucho que deseara lo contrario, sabía que era verdad. Lo sobrellevaban, y bien

sabía Dios que lo hacían mejor juntos que separados, pero eso no cambiaba el hecho de que el retorcido plan de secuestro de Colin y lo sucedido dentro de aquella celda los había quebrado a ambos.

No había vuelta atrás; solo podían ir hacia delante. Y Dallas sabía que matar a Colin ahora no cambiaría el pasado.

Pero le haría sentirse tan condenadamente bien...

Cerró los ojos y estrechó con más fuerza a la mujer a la que amaba. De no ser por Jane, dudaba que intentara siquiera contenerse. Pero sabía que eso la haría sufrir aún más, así que reprimió las ganas. No había nada más importante que Jane. Que protegerla. Amarla.

Aunque eso significara dejar que una sabandija como Colin siguiera con vida.

Ella se apartó con suavidad al cabo de un momento, con la cabeza gacha. Dallas posó un dedo bajo su barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Lo siento mucho.

Su sonrisa débil estuvo a punto de partirle el corazón.

—Hace días que sé la verdad. Pero es diferente oírla... o no oírla. —Se rodeó con los brazos; sus hombros subieron y bajaron acompañando a un suspiro tan intenso que sintió su aliento en el rostro—. Esperaba que fuera sincero conmigo.

—¿Serviría eso de algo?

—Puede. No. No lo sé. —Suspiró de nuevo—. Ni siquiera le he interrogado. —Se encogió de hombros, como si no supiera dónde estaba ni qué estaba haciendo—. Sé todo lo que me has contado. Dónde ha estado. Cuándo viajó. Podría haberle pedido explicaciones. Pero no soportaba oír sus mentiras.

—Oh, cielo. No pasa nada. ¿Qué necesitas ahora mismo? ¿A mamá? —Si decía que sí, encontraría la forma, por mucho que eso cabreara a su padre—. ¿A Brody? —preguntó, pensando que por mucho que le escociera, quizá necesitara a su mejor amigo. Alguien que no perteneciera a su retorcida familia. Se giró un poco, buscando a Liam, que se había alejado con discreción en cuanto Dallas la estrechó en sus brazos. A lo mejor le quería a él, el amigo que había sido una roca para ambos durante toda su infancia, pero que no era el hombre del que estaba enamorada.

—Solo a ti —respondió Jane.

Dallas creyó que se le derretía el corazón.

Se llevó su mano a los labios y depositó un beso en la palma.

—A casa —propuso—. Te llevo a casa. —Y cuando estuvieron en un taxi, añadió

—: Lo siento.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Por lo que él nos hizo. Porque hoy no haya asumido su responsabilidad.

Levantó la comisura de la boca con ironía.

—Dudo que tengas que disculparte por eso. Y, para ser sincera, no creo que importe lo que hoy ha dicho. En realidad no cambia nada, ¿no? Nos diga o no la verdad, el caso es que sigue habiendo una zorra psicópata que va a por nosotros. —Se presionó el ceño con las yemas y movió la cabeza—. Mierda. Ahora soy yo quien lo siente. Lo que pasa es que... —Se detuvo y suspiró—. Estaba pensando en todo. A veces me pregunto si debería haberme quedado callada el día que la prensa nos pilló besándonos. A lo mejor debería haber dejado que creyeran esa descabellada historia que te inventaste sobre que se trataba de un reto. Porque ese fue el detonante, Dallas. Fue entonces cuando apareció la zorra psicópata. Tanto si es la Mujer como alguna chalada con la que te liaste, ese beso en público y mi declaración han sido lo que la ha hecho estallar. —Dallas no discutió. ¿Cómo iba a hacerlo si tenía razón?—. Y no es solo ella —continuó. Miró la barrera de plexiglás entre el chófer y ellos y luego de nuevo a Dallas, al parecer satisfecha de que el chófer no pudiera oírlos o no le interesara lo más mínimo—. Ese beso atrajo a la prensa —añadió—. Vamos, afrontémoslo. Yo no era tan interesante antes. Y aunque tú has sido un habitual de los programas de cotilleo durante años, la noticia de que te estás tirando a tu hermana ha aumentado tu valor en las redes sociales. ¿Qué te apuestas a que nos estarán esperando cuando lleguemos a casa?

—Voy a pasar de esa apuesta. Últimamente no manejo tanta pasta como para arriesgarme a perderla.

Ella sonrió, tal y como esperaba que hiciera.

—Sí, mi cuenta bancaria también ha adelgazado un poco. —Exhaló un suspiro y luego sacudió la cabeza, como si estuviera exasperada consigo misma—. Es solo que estoy frustrada. Quiero una vida juntos, una vida de verdad. Y empiezo a preguntarme cómo narices vamos a conseguir que eso ocurra.

—Pero lo vamos a conseguir —prometió, aunque no tenía ni idea de cómo lograrlo. Se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Jane se acurrucó contra él y Dallas suspiró, disfrutando de lo bien que encajaban—. No sé cómo, pero haremos que eso pase.

Jane alzó la cabeza hacia él.

—¿De verdad lo crees?

—Sí —respondió, inclinándose para besarla.

Jane se abrió de inmediato a él y en ese momento sintió de verdad que él era lo único que en realidad necesitaba en todo el universo y que, si conseguían encontrar la forma de hacer que el resto del mundo desapareciera, todo iría bien.

—Te deseo ahora —murmuró, deslizando las yemas de los dedos por su muslo y volviéndole un poco loco—. Te necesito dentro de mí. Por favor, Dallas. Quiero sentirte a mi lado, y luego quiero dormirme en tus brazos y pasarme durmiendo el resto del día.

—¿El día entero? —bromeó—. Apenas son las nueve de la mañana.

—Pues tendrás que dejarme agotada, porque se acabó. Cuando despierte quiero que sea mañana.

Dallas deslizó la mano por su muslo y sintió que su polla se contraía al oírle jadear de impaciencia.

Luego apartó la mano y vio que entrecerraba los ojos.

—Un poco más y no seré capaz de parar.

—No quiero que pares. Jamás.

—Sí que quieres que pare —dijo mientras con el pulgar le acariciaba con suavidad el labio inferior—. Porque ya casi hemos llegado a casa. Y ambos sabemos que los buitres van a rodearnos en cuanto el coche se detenga delante del edificio.

Durante un momento pensó que ella iba a argumentar que eso le daba igual.

Durante un momento casi deseó que lo hiciera.

Entonces se rompió el hechizo y ella asintió, apartándose de su abrazo y desplazándose al otro extremo del asiento. Por un instante fantaseó con atraerla de nuevo y besarla con tanta pasión que se hiciera tendencia hasta alcanzar el primer puesto en Twitter.

Pero eso no era más que una fantasía.

Sin embargo, encontraría la forma. Fuera como fuese, iba a encontrar un modo de estar con Jane. De manera real, absoluta y abierta.

Y ese día mandaría a la mierda a todos los puñeteros periodistas.

Pero esa mañana mantuvo la cabeza agachada cuando se apearon del taxi. Tal y como había previsto, en cuanto el vehículo se detuvo, los reporteros y fotógrafos que estaban apoyados contra los árboles y los coches aparcados se acercaron a toda prisa;

eran tantos que Dallas juraría que algunos habían salido de las alcantarillas, como las ratas.

—¡Jane! ¡Dallas!

Sus nombres resonaron en el aire fresco de la mañana, acentuados por el sonido de las bocinas de los taxis, el chirrido de los frenos y el estruendo general de Manhattan en la hora punta.

—¡Dallas! ¿Qué vas a hacer ahora que ya no eres consejero delegado de Sykes Retail?

—¡Jane! ¿Aún te hablas con tus padres? ¿Qué hay de Colin West? ¿Conocía tu padre biológico tu relación con tu hermano?

—¿Vas a quedarte en Nueva York?

—¿Es verdad que Lyle Tarpin ha rechazado el papel protagonista en *El precio del rescate* y que el estudio ha cancelado la película?

Jane se estremeció a su lado. Dallas frunció el ceño; ese era un rumor nuevo que, a juzgar por su expresión, ella tampoco había oído. La rodeó con un brazo, agachó la cabeza y se adentró en la muchedumbre, decidido a superar la batería de preguntas sin que les cayeran encima más bombas. Cuando llegaron hasta Howard, el portero que había salido a recibirlos, este abrió los brazos en un intento por protegerlos. Dallas estaba de muy mal humor.

—Llevan toda la mañana merodeando —comentó Howard—. Lo siento, señor Sykes, mientras se queden en la calle y alejados de la entrada no hay nada que pueda hacer.

—Has estado muy bien —le aseguró Dallas—. Y siento todo esto. Imagino que en estos momentos somos las personas más impopulares del edificio.

Howard le aseguró al instante lo contrario, pero la expresión del hombre sugería que Dallas no se había equivocado en absoluto. «Malditos paparazzi.»

Mantuvo la cabeza baja y a Jane apretada contra él mientras Howard los conducía con celeridad hasta el interior del edificio y no la apartó de su lado cuando los llevó hasta el ascensor y apretó el botón de su piso.

Solo se relajó cuando las puertas se cerraron y la cabina se puso en movimiento. Se volvió para estudiar su rostro. Esperaba encontrar una expresión cautelosa y ver su ira y su frustración reflejadas en sus ojos. Pero cuando ella levantó la cabeza, solo vio necesidad, y dispuso de un solo instante para asimilar esa realidad antes de que se

arrojara a sus brazos con tanto ímpetu que trastabilló contra la pared de cristal del ascensor.

La fogosidad de su beso le arrasó como un incendio incontrolado y la apretó contra sí, reclamándole la boca con la suya, ahuecando una mano en su trasero mientras la agarraba del pelo con la otra para poder tenerla donde quería. Pero lo que de verdad le impactó fue saber que era allí donde ella quería estar. En sus brazos, terminando lo que habían empezado, expulsando al mundo entero, aunque solo fuera durante un rato.

—Por favor.

La pasión de su voz le sacudió, y cuando su mano se deslizó hasta su entrepierna, Dallas creyó que explotaría ahí mismo. Sin embargo, le sujetó la muñeca cuando ella empezó a bajarle la cremallera de los vaqueros.

Jane inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle, con los labios inflamados y el rostro encendido.

—Hay cámaras —murmuró, detestando que tuvieran que ser tan racionales, porque no sería la primera vez que le hacían una mamada en un ascensor. Pero no podía correr el riesgo de que de pronto aparecieran grabaciones de las cámaras de vigilancia en internet con Jane y él como protagonistas.

Lamentó sus palabras durante un instante; temía que el recordatorio de que vivían bajo vigilancia constante hiciera que se encerrara en sí misma, pero entonces ella esbozó una pausada y sexy sonrisa y se apretó contra su cuerpo, presionando la pelvis contra su polla al tiempo que le susurraba:

—Pues más vale que me desnudes en cuanto entremos en el apartamento.

Dallas luchaba contra las ganas de hacer justo eso a pesar de las puñeteras cámaras, cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron... y ahí estaba Bill Martin, justo delante de ellos.

—Por fin —dijo Jane en ese mismo instante, de espaldas a las puertas—. Necesito que me foll...

Dallas le puso un dedo en los labios mientras esbozaba una sonrisa forzada.

—Hola, Bill —saludó, y vio que los ojos de Jane se abrían de forma desorbitada al tiempo que se giraba para ver a su exmarido—. ¿Quieres decirme qué demonios haces tú aquí? —Dallas aflojó el brazo de alrededor de la cintura de Jane y la condujo al pasillo—. De hecho, ¿cómo has entrado?

Bill abrió su cartera y enseñó su placa.

—No es tan impresionante como cuando trabajaba para la Oficina del Fiscal de Estados Unidos, pero es oficial.

—La OMRR no es el FBI —le rebatió Dallas, refiriéndose a la Organización Mundial de Rescate y Recuperación—. No tiene jurisdicción en todo el país.

Tenía que medir sus palabras. No podía mostrar miedo, solo irritación. Bill estaba ahí porque quería investigar su secuestro en contra de la petición expresa de la familia de que dejara de molestar. Aquello no era por Liberación. No era por Colin.

Al menos esperaba con toda su alma que no lo fuera.

Bill se encogió de hombros.

—Me he limitado a enseñarle la placa al portero. No ha hecho preguntas; me ha dejado subir sin más. Habla con él si tienes algún problema.

—Mi problema eres tú —contestó Dallas—. Y ahora, apártate de nuestra puerta.

—Necesito hablar contigo. —Se volvió hacia Jane—. Con ambos.

—No es un buen momento, letrado. Ahora voy a pedírtelo otra vez de forma educada y luego me voy a mosquear. No te conviene verme cuando estoy mosqueado, así que te sugiero que te apartes de mi camino. Ella necesita sentarse.

—¿Dónde demonios habéis estado? Es muy temprano, Dallas. ¿Habéis decidido salir para ver amanecer? ¿Para comprar bollitos recién hechos?

—Bill, por favor.

La voz de Jane era tan débil que Dallas apenas pudo oírla. Pero Bill sí lo hizo, y lo demostró cambiando su expresión beligerante por otra más compasiva.

—Oh, mierda, Jane. Lo siento. —Se hizo a un lado, Dallas metió la llave en la cerradura y le franqueó el paso a Jane para que pasara—. Espera —le pidió Bill—. Por favor. He hablado con Lisa. Me ha contado lo de la agresión. Es la única razón de que haya enseñado la placa. Solo necesitaba... solo quería saber que ella estaba bien. Que estabas bien —añadió cuando Jane se volvió para mirarle.

—Yo... —comenzó, pero Dallas la interrumpió.

—Ve adentro, cielo. Deja que hable con Bill un segundo. —Al ver que vacilaba, ahuecó la mano sobre su nuca y la besó en la frente—. Cariño, por favor. Enseguida voy.

Detestaba ver el miedo que inundó sus ojos y deseó poder consolarla. Pero ambos conocían los riesgos. Sabían quién era Bill y qué podría descubrir. Pero en ese instante Dallas tenía que apostar a que Bill seguía en la inopia en lo relativo a Liberación.

Pensó por un momento que Jane iba a protestar, pero al final accedió y, tras una última mirada a su exmarido, entró en el apartamento.

Bill dio un paso, como si tuviera intención de seguirla, pero Dallas le bloqueó el acceso sin problemas.

—Ni hablar.

—Dallas, yo solo...

—¿Qué? ¿Quieres verla? Ya la has visto. Joder, Bill, la agredieron, la golpearon y la tiraron en la cuneta como si fuera basura. Está aguantando por los pelos.

No estaba tan mal, pero el estado emocional de Jane ya no era asunto suyo.

Los ojos de Bill se posaron en la entrepierna de Dallas.

—¿Es a eso a lo que se aferra?

—No vayas por ahí —replicó Dallas—. ¿Te crees que esto es una broma? ¿Que es todo por conseguir publicidad? Esta es nuestra vida, la suya y la mía, y tú nos la has jodido bien.

—Oye, espera un momento...

—No. Espera tú un momento. ¿Cómo demonios se te ocurrió decirle que el FBI y la OMRR buscaban a Colin para arrestarlo por mi secuestro? Y luego ¿vas y le dices que ha desaparecido? ¿Creías que eso le facilitaría las cosas? ¿Pensabas que podría lidiar con ello porque no importa un problema más?

Sabía que estaba jugando a un juego peligroso. En lo que a malas ideas se refería, cabrear al hombre que estaba intentando llevar ante los tribunales tu secuestro sin tu consentimiento y localizarte porque, sin que él lo supiera, daba la casualidad de que habías secuestrado a su principal sospechoso... en fin, suponía un grave error. Pero no era capaz de cerrar la boca. Sus emociones se habían acumulado después de reprimirlas durante tantos días, y ahora que la superficie se había resquebrajado, todo estaba saliendo a borbotones. Incluso cosas que iban en contra de sus propios intereses.

—¿Sabes qué, Sykes? —replicó Bill, con la ira coloreando su rostro mientras se acercaba a Dallas—. Eso te lo reconozco, por supuesto. He hecho que las cosas sean más difíciles para ella. Supongo que pensaba que tenía que saber la verdad sobre lo que estaba pasando. Pero tú aún no has respondido a mi pregunta. Si tan delicada está, ¿dónde demonios habéis estado? ¿Habéis decidido sin más ir a dar un paseo tan temprano?

«¡Mierda!»

—Adónde vamos y qué hacemos ya no es asunto tuyo, Bill —espetó Dallas, con tanta calma como le fue posible.

—Supongo que no —repuso con frialdad—. Yo solo soy su exmarido. Tú eres su hermano. No es que yo pueda casarme legalmente con ella. Acostarme con ella sin arriesgarme a que me acusen de un delito grave. Oh, espera —añadió, ladeando la cabeza como si acabara de recordar algo—. Yo sí podría hacer todo eso. Eres tú quien nunca podrá tenerla de verdad.

El hielo recorrió las venas de Dallas y la única razón, la única, de que Bill no estuviera bocabajo, inconsciente en el suelo en ese preciso instante, fue que Jane estaba a solo unos centímetros detrás de la puerta y que ya había tenido más que suficiente.

A juzgar por la forma en que contuvo la respiración y retrocedió, quedó claro que Bill sabía que tenía suerte de estar en pie.

—Será mejor que te vayas, Bill.

—Joder, Dallas. —Su cuerpo pareció desinflarse—. Solo quiero unos minutos.

—Bill —insistió Dallas—. Es hora de que te marches.

Perdida en ti

Cierro la puerta en cuanto entro en el apartamento e intento no temblar. Bill no debería asustarme; no debería. Conozco a ese hombre. Hubo un tiempo en el que incluso lo amé, o al menos creí amarle.

Pero ahora no solo está dolido, sino que además está convencido de que tiene de su lado la autoridad moral. Y me temo que Dallas está tan empeinado en enfrentarse al hombre que se acostaba conmigo que se le va a escapar alguna inconveniencia y a terminar revelándole su papel en todo esto.

¿Qué hará Bill cuando descubra que Dallas está detrás de Liberación? ¿Que Dallas y su equipo están interrogando a Colin en una celda en East Harlem?

Tiemblo al pensar que no me preocupa si Bill lo descubre o no, sino cuándo lo hará.

Mierda, detesto todo esto. Lo odio de verdad.

Ahora mismo necesito moverme, pero ¿adónde? Tengo ganas de actuar, pero ¿cómo? Está muy bien que Dallas y yo nos digamos que seremos capaces de forjar una vida en común dentro de la sociedad, pero tendremos que abordar la cuestión esencial de cómo conseguir que eso suceda.

Por desgracia, estoy convencida de que provocar a Bill no va a acercarnos más a ese objetivo.

Frustrada, me aparto de la puerta con la sensación de que mi cuerpo es un plomo que atraviesa un pudín. Estoy mental y físicamente agotada. Por lo visto, pasar veinticuatro horas inconsciente no es dormir. Si a eso le sumamos que he estado toda la noche en vela, mi tremendo cansancio resulta lógico.

Pero no quiero dormir; quiero a Dallas, así que me dirijo a la cocina para servirme una taza de café, pero el timbre del teléfono me detiene. Liam me lo ha devuelto

antes de marcharnos de Liberación, y el sonido, tan extraño después de pasar un par de días sin él, me sobresalta.

Busco dentro de mi pequeño bolso y frunzo el ceño al comprobar que quien me llama es Joel, el productor de la adaptación al cine de mi libro *El precio del rescate*. Estoy tentada de dejar pasar la llamada, pero me la juego y respondo. En este momento, bregar con Hollywood es sin duda muchísimo más fácil que lidiar con la realidad.

—¿Joel?

—Janie, cariño, ¿dónde coño has estado? Te he dejado mensajes. Te he mandado emails. ¿Te has caído del planeta o qué?

—O qué —reconozco mientras conecto el altavoz y coloco una taza en la cafetera. Miro la hora de nuevo—. ¿Por qué llamas tan temprano?

En Los Ángeles son tres horas menos y sé por experiencia que Joel raras veces llega a la oficina antes de las diez.

—¿Qué? ¿Es que no puedo llamar a mi escritora favorita? —Ríe entre dientes, como si eso fuera lo más ingenioso que ha dicho en toda su vida. Acto seguido se aclara la garganta—. En serio, Janie, las nuevas páginas son absolutamente brillantes. Solo tengo unas notas.

—Genial.

No lo digo en serio. He aprendido que en Hollywood todo se dice en código y de forma ambigua, y lo más probable es que «algunas notas» quiera decir que tengo que reescribir casi todo el guion.

—Y puede que Lyle tenga también algunos problemillas.

Me disponía a coger mi café recién hecho, pero aparto la mano tan despacio como si hubiera una serpiente enroscada frente a mí.

—¿Problemillas? —repito, y recuerdo lo que uno de los periodistas había gritado sobre que Lyle había rechazado el papel protagonista. Lo que, teniendo en cuenta que está subiendo como la espuma en Hollywood y ya es una de las estrellas más rentables, sería desastroso—. Creía que le encantaba el libro —prosigo—. Y el guion. En tu último correo me decías que estaba enamorado de todo lo que había entregado.

—Nena, nena, nena. ¡Y lo adora!

—Entonces ¿de qué estamos hablando?

—Tú deja que yo me ocupe de esto. Lyle es un encanto. Te adora.

—¿Pero?

—Pero tienes que dejarme esto a mí.

—No estás haciendo que me sienta mejor. —Me paso los dedos por el pelo—. ¿Debería llamarle? Hemos hablado. Creía que habíamos conectado. ¿Serviría de algo?

—Estoy en ello, Janie. Encontraré la forma de darle la vuelta a esto. Lo utilizaremos si es necesario.

—¿Utilizarlo? ¿Utilizar qué?

—No dejaré que este asunto se vaya a pique. Tú no te preocupes, bonita.

Paso por alto su condescendencia.

—Joel, ¿me estás diciendo que...? —Respiro hondo—. Es por mí, ¿verdad? Se está echando atrás por Dallas y por mí.

Ni en un millón de años habría imaginado que las habladurías sobre nosotros que aparecen en la prensa se cargarían mi película.

—No estoy diciendo nada, cariño. Y no te preocupes. Escribes libros fantásticos. Tienes una reputación de sobra conocida. Nena, estamos por encima de esa mierda.

De sobra conocida.

Nos despedimos, pero cuando Dallas entra un minuto más tarde, sigo dándole vueltas a esas palabras... y a la situación.

¿Es posible? ¿Es posible que las tonterías mediáticas que nos rodean destruyan mi trabajo más lucrativo y prestigioso?

Y ¿cómo demonios es que ni siquiera se me ha ocurrido que eso podría pasar?

—¿Jane? ¿Qué sucede?

Me echo a reír, porque ¿cómo escoger la mejor respuesta a esa pregunta? Bill, el trabajo, Colin. Sinceramente, la lista es interminable.

Me decanto por menear la cabeza.

—Ha llamado Joel. Son solo chorradas sobre el guion.

Dallas me mira con atención, pero no dice nada. Se limita a cogerme de la mano y a acercarme a él. Exhalo un suspiro profundo y me aprieto contra su cuerpo; deseo perderme en sus brazos.

—Cielo, estás hecha polvo.

Inclino la cabeza y le brindo una sonrisa débil.

—Pues sí —reconozco; me pongo de puntillas y le beso en los labios. Estoy cansada, pero dormir no es lo que deseo ni lo que necesito—. Por favor, Dallas. Devuélveme a la vida.

—Eso sí puedo hacerlo —afirma, y se separa de mí y retrocede unos pasos—. Quítate la ropa.

Me sorprende el giro de la ternura a la exigencia, pero también me excita, y la autoridad tajante de su voz me acelera el pulso.

—Jane. —Su tono es serio—. Ahora.

Siento el impacto de sus palabras entre las piernas. Un calor febril se alza en mi interior y estoy deseando claudicar y dejar que Dallas asuma el mando. Llevo puestos unos vaqueros y una blusa de tirantes de seda debajo de una americana de Prada. Me despojo primero de la chaqueta y la arrojo a un lado sin miramientos. Mis brazos están ahora desnudos y la caricia del aire sobre mi piel resulta casi tan erótica como la forma en que me mira Dallas.

—Los vaqueros —ordena, y yo obedezco.

Me desabrocho la bragueta despacio y contoneo las caderas para deshacerme de la prenda. Llevo tanga y me lo quito junto con los pantalones. Estoy descalza, me había quitado las sandalias al entrar en el apartamento, así que me desprendo de la ropa y me acerco a Dallas.

Estoy medio desnuda, solo llevo puesto la blusa de tirantes y el sujetador de raso. Me humedezco los labios y doy un paso hacia él.

—Detente —exige—. Ahora separa las piernas y cierra los ojos.

Hago lo que me dice; me siento vulnerable, expuesta y muy excitada.

El silencio reina durante un momento. Oigo solo mi propia respiración y el débil zumbido del aire acondicionado. Le imagino observándome. Mis pezones se ponen duros bajo la blusa. Mi coño está mojado y palpita por él. Le deseo con desesperación y ni siquiera me ha tocado.

Espero tanto como puedo.

—¿Dallas? —susurro al ver que él sigue sin decir nada, cuando las ganas de deslizar los dedos entre mis piernas y satisfacer esta creciente desazón me supera.

—Chis —susurra.

Su voz suena detrás de mí. Siento que agarra el bajo de mi blusa y levanto los brazos cuando me la quita por la cabeza y la arroja a un lado.

—Dallas...

—No hables —me ordena cuando se libra del sujetador—. No te muevas. No hagas nada. A menos que yo te diga que lo hagas.

—De acuerdo —murmuro, y me sobresalto cuando su palma se estrella con fuerza

contra mi trasero; el dulce escozor resulta tan sorprendente y excitante que un estremecimiento electrizante recorre mi cuerpo para concentrarse en mi sexo, anunciando un orgasmo potente que sin duda me hará sucumbir.

—¿Te he pedido que respondas?

Casi contesto en voz alta para que me azote de nuevo, pero niego con la cabeza.

—Buena chica —murmura. Está delante de mí—. Y ahora separa las piernas. Eso es —dice cuando obedezco. Oigo que toma aire despacio, con suavidad—. Joder, qué sexy —añade con voz ronca—. Tienes los pezones erectos. Las areolas se han oscurecido, esperando a que las chupe. Y tu coño... Cielo, me encanta que te lo hayas depilado por mí. ¿Quieres que te toque? ¿Quieres que deslice la mano por tu coño y vea lo mojado y resbaladizo que está?

—Sí.

Estoy tan excitada que apenas puedo hablar.

—Pero sí ya te estoy tocando —susurra. Se acerca en silencio a mí y me habla al oído; la caricia de su aliento es como un beso—. Tengo tus pechos en mis manos y te estoy masajeando los pezones con los pulgares. Están muy duros y los rozo con cuidado con las uñas.

Me sorprendo cuando dice eso y juro que siento de verdad su tacto. Abro la boca para gritar su nombre, pero entonces me acuerdo de las reglas y aprieto los labios con fuerza.

Él ríe.

—Qué obediente —me felicita, y mientras habla me acaricia el sexo y el clítoris con un dedo. Me estremezco, mi coño se contrae en un vano intento de atraerlo a su interior, de que me llene—. Tu recompensa por ser tan buena —dice—. ¿Quieres que te toque más ahí?

—Sí —respondo sin vergüenza—. Por favor, Dallas. Por favor.

—Eso hago. ¿Es que no me sientes? ¿Sientes cómo mis dedos juegan con tu clítoris? Estoy delante de ti, el algodón de mi camisa roza tus sensibles pezones mientras mi mano cubre tu sexo. Mi palma se desliza sobre ti, cielo, estás muy mojada y la sensación es increíble, y te agarras a mis hombros porque se te doblan las rodillas y no puedes mantenerte en pie. —Yo no digo nada; no puedo recordar si me ha hecho alguna pregunta—. Respóndeme, Jane.

—Te siento —digo, y es así.

Puedo imaginar su tacto, las caricias leves, la ardiente provocación. La perfección

con que me toca gracias a lo bien que me conoce.

—Ahora estoy de rodillas y tengo las manos en tus caderas, cielo. Inclínate hacia mí —exige y, cuando obedezco, añade—: Eso es. ¿Puedes sentir mi lengua? —prosigue—. ¿Cómo te acaricio, cómo te excito? Y qué bien sabes, cielo.

Es increíble, pero puedo sentirlo. No solo eso, sino que además mi cuerpo está reaccionando. Esa tensión reveladora en mis muslos. El cosquilleo de mi piel, como si hubiera salido a la calle durante una tormenta eléctrica. Eso es Dallas, una tormenta para mis sentidos. Y no puedo evitar pensar que un hombre capaz de acercarme tanto al orgasmo sin ni siquiera tocarme merece sin duda su reputación como rey del sexo.

—Quiero que te corras para mí, Jane —dice, y aunque deseo hacerlo, aunque estoy maravillosa y ardientemente excitada, no sé si puedo cruzar esa línea—. Ahora —ordena, y en cuanto la palabra sale de su boca, siento el suave roce de su aliento entre mis piernas, tentando mi clítoris, imitando su tacto. Imagino que se está acercando, listo para poner su lengua sobre mí, para que su boca me arrase.

Imagino eso... y estallo.

Al hacerlo, se me doblan las piernas y estoy a punto de perder el equilibrio. Mantengo los ojos cerrados, no me ha pedido que los abra, pero puedo sentir que el mundo desaparece.

Y entonces me sujeta, me lleva como a una novia en sus brazos, y sus labios se posan en los míos mientras murmura algo. Me dice que soy excepcional, que soy hermosa, que soy la mujer más asombrosa que jamás ha conocido.

—Y eres mía —añade—. ¿No es increíble?

Sus palabras me hacen sonreír y me acurruco contra él. Estoy saciada por completo y tengo la sensación de que me han follado bien, lo que resulta extraño, aunque a la vez no lo es, porque se trata de Dallas y él siempre ha tenido un efecto mágico sobre mí.

Me lleva al sofá y me hago un ovillo contra él mientras nos cubre a ambos con una manta.

—¿Y tú? —murmuro, casi incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Créeme, cielo, me siento igual de satisfecho que tú.

Me retira el pelo de la cara y me besa en la frente. Yo cierro los ojos una vez más mientras él utiliza el mando a distancia que hay sobre la mesa de centro para encender el equipo de música. Pone una emisora de música clásica muy relajante, así

que mantengo los ojos cerrados y me dejo llevar, contenta de haber liberado las cargas del día, aunque sea solo durante un rato.

No sé cuánto tiempo me quedo así, con la cabeza apoyada en su hombro y el cuerpo desnudo apretado contra el suyo, cubierta solo por una manta fina. Me siento muy cuidada, como si fuera algo precioso para él. «Algo frágil», añade una vocecilla en mi cabeza, y no puedo evitar fruncir el ceño.

—Dime en qué estás pensando —me pide Dallas. No se le pasa nada.

Contemplo la posibilidad de mentirle, pero teniendo en cuenta que casi le abandono por culpa de los secretos, sería muy hipócrita por mi parte. Así que se lo digo y él se limita a menear la cabeza.

—Distas mucho de ser frágil —responde—. Si lo fueras, no podrías haberte recompuesto hace años.

—¿De veras? Es decir, me he pasado toda mi vida adulta aprendiendo defensa personal y no me ha servido de una mierda cuando esa zorra me disparó con la pistola eléctrica.

—Cualquiera puede ser una víctima para un determinado agresor.

Dallas tiene razón, sé que tiene razón, pero tengo ganas de discutir. Probablemente porque cuando pienso en la agresión aún siento miedo. Me siento vulnerable, y no me gusta esa sensación.

Cambio a propósito de conversación.

—No me has contado qué ha pasado con Bill en el pasillo.

—No hay mucho que contar —asegura—. Está preocupado por ti, celoso de mí. Y recela de dónde estábamos de madrugada.

Me pongo tensa en el acto.

—¿Crees que sospecha algo? ¿Sobre ti? ¿Sobre Liberación?

—No lo sé. —Cambia de posición, colocándose un poco de lado para mirarme—. Pero he de decir que es la última persona de la que quiero hablar cuando estamos desnudos.

—Oh, ¿de veras? —Deslizo los dedos por su pecho—. Entonces ¿de qué quieres hablar? ¿O prefieres no hablar? —pregunto mientras sigo el sendero de vello que desciende por sus abdominales hasta su polla.

Veo el deseo arder en sus ojos y me muerdo el labio, imaginando el segundo asalto. Dallas baja el brazo y aunque espero un contacto sensual, me sorprende al agarrarme la mano.

—Quiero saber por qué has puesto esa cara cuando he entrado en el apartamento. ¿Qué te ha dicho Joel? ¿Es que nuestras travesuras están sembrando el caos con la financiación?

La palabra «travesuras» me hace sonreír, pero muevo la cabeza arriba y abajo.

—Joel dice que él se ocupará. Dice que Lyle tiene algunos problemillas, y parece que tienen que ver con nosotros.

—Le conoces en persona, ¿no?

Asiento.

—Sí. Congeniamos bien.

—Pues habla con él. ¿La película es importante para ti?

—Sabes que sí.

—Pues ve a por todas. No esperes a que lo solucione Joel. Quieres a Tarpin, pues ve a por él.

Pienso en lo que acaba de decir.

—Se me da bien perseguir a los hombres que quiero —replico con tono provocativo—. Fui a por ti y te conseguí, ¿no?

Dallas ríe entre dientes y siento su risa reverberar por todo mi ser.

—Sí, bueno, a mí ya me tenías. Lo que pasa es que me negaba a aceptarlo. De hecho, tú también.

—Hasta que decidí que no podía vivir sin ti.

—Bueno, ve a Los Ángeles y haz lo mismo con Tarpin. Aunque no exactamente lo mismo —añade con una sonrisa socarrona.

—¿Vendrás conmigo?

—Cielo —responde; me da la vuelta y que quedo boca arriba, encerrada entre sus brazos—. Yo siempre estoy contigo.

Brilla el sol

No hace mucho que la tengo, solo desde que vendí los derechos cinematográficos de mi libro y empecé a escribir el guion, pero mi casa de Los Ángeles es uno de mis lugares preferidos. Está situada cerca de Mulholland Drive y me encanta que la parte trasera sea en su mayoría de cristal, con vistas a las colinas y a la ciudad.

Siempre está llena de luz, y las paredes amarillas y las alegres fotos que he colgado en el dormitorio la hacen tan acogedora que es inevitable que sonría siempre que despierto aquí, y hoy no es una excepción. Sobre todo, porque Dallas está conmigo.

Aunque en realidad no lo está.

Anoche conseguimos coger el último vuelo y llegamos a casa justo antes de medianoche, hora de California, que en Nueva York son las tres de la madrugada. Nos fuimos derechos a la cama y me quedé dormida en sus brazos. Esperaba despertar del mismo modo, pero no ha sido así. Miro hacia el cuarto de baño, pero tampoco hay ni rastro de él ahí.

Sin embargo, la puerta del dormitorio está entreabierta y oigo un suave murmullo. Frunzo el ceño, preguntándome quién hay en el estudio, y entonces comprendo que Dallas está al teléfono.

—Yo tampoco sé nada de él —dice—. Lo sé. Yo también estoy preocupado. —Hay una pausa y luego añade—: Ya conoces a Colin, mamá. Lo más probable es que se marchara con algún colega y que esté en un yate en medio del Caribe, tratando de cerrar un negocio.

Hago una mueca, porque Colin está todo lo lejos que se puede estar de un yate bañado por el sol.

Cuelga antes de que me levante de la cama, y cuando termino en el cuarto de baño, él está finalizando otra llamada.

—De acuerdo, suena bien —comenta cuando entro en la habitación. Luego se guarda el móvil en el bolsillo y me brinda una sonrisa—. Buenos días, preciosa.

—Buenos días también para ti —respondo, lanzándome hacia sus brazos. Ya se ha duchado y se ha vestido con unos vaqueros y una camiseta verde clara que resalta sus ojos. Huele a jabón e inspiro hondo—. Te he oído hablar con mamá.

Su sonrisa pasa a ser una expresión ceñuda.

—Aún intenta ponerse en contacto con Colin. Está empezando a preocuparse.

—Sí, claro.

—Adele también está preocupada —prosigue—. Ha llamado unos diez minutos antes que mamá.

Me pongo tensa en el acto.

—Jane —dice con ternura—. No hay nada...

—Lo sé —espeto, aunque la verdad es que estoy molesta sobre todo conmigo misma. Me aparto de su abrazo con el pretexto de ir a por un café; me siento como una tonta por mi reacción y no quiero que note lo tensa que me pone el nombre de Adele—. ¿Era con quien hablabas ahora por teléfono? —pregunto como quien no quiere la cosa mientras me encamino hacia la cocina.

Él me sigue, y por la sonrisa que se dibuja en su boca estoy segura de que ha reconocido mi táctica.

—No, ese era Damien. Tengo una reunión con él mañana.

—¿Damien Stark?

He empezado a llenar la cafetera y levanto la mirada. Stark es un exjugador de tenis profesional convertido en empresario millonario y consejero delegado de un conglomerado empresarial que hace que el negocio familiar de los Sykes parezca un rastrillo casero. Dallas y Damien han trabajado juntos con anterioridad, ya que Stark Real Estate está desarrollando algunos proyectos con Sykes Retail. Pero dado que nuestro padre despidió a Dallas tras enterarse de nuestra relación, ese proyecto ya no es asunto suyo.

—¿Para qué es la reunión? —pregunto—. Ya no estás en Sykes Retail, así que...

—No son negocios de Sykes —responde—. Cuestiones tecnológicas para Liberación. —Abro los ojos como platos—. Damien no sabe nada sobre Liberación, aunque puede que sospeche algo. No te preocupes —añade al ver mi conmoción—. Confío en él.

—De acuerdo —acepto, un poco nerviosa todavía—. ¿De qué tecnología se trata?

—Noah ha diseñado un dispositivo de escucha revolucionario. En pocas palabras, te permite tener oídos en un edificio entero desde un único punto operativo. Tiene potencial para ser un éxito de mercado, y excepcionalmente útil para un ente como Liberación.

Le doy la razón; eso lo entiendo.

—Como no puedo fabricarlo sin llamar la atención, le hemos dado la licencia a Stark. Él lo construye, paga por la patente a Noah y me revende a mí la tecnología con un gran descuento.

—Lo pillo —digo—. Así que, ¿la reunión es por eso?

—Exacto.

—Pero es mañana. Así, ¿no tienes nada de trabajo para hoy?

—Nada. ¿Y tú?

El café ha empezado a hervir y hay suficiente en la cafetera para media taza para cada uno.

—Nada —respondo mientras cojo dos vasos y nos sirvo un chute de cafeína—. Joel está en un set de rodaje en Palm Springs, pero ha conseguido que Tarpin venga mañana por la tarde, así que supongo que tengo una oportunidad de que siga en el proyecto. —Tomo un trago de café—. Todo cuadra a la perfección. Los dos estamos libres y hoy no vamos a hacer otra cosa que divertirnos.

—¿Es un hecho?

—No solo un hecho; es un plan. —Le beso y me aparto con una sonrisa—. Dame diez minutos para cambiarme y empezará la diversión.

Él se ríe y yo corro a mi vestidor para buscar algo que ponerme. Me arreglo con un vestido veraniego y unas chanclas. Él levanta la mirada cuando regreso y su expresión de concentración se transforma en una de valoración mientras doy un pequeño giro, haciendo que mi falda se eleve.

—¿En qué estás trabajando? —pregunto, acercándome a él.

Dallas deja la tableta y mueve la cabeza.

—Nada por lo que tengamos que preocuparnos hoy. ¿Adónde vamos?

—Estaba pensando en los Estudios Universal. —Me encanta ese parque temático. Las atracciones son geniales, pero lo que más me gusta es el tranvía que hace un recorrido por la parte de atrás para que puedas ver antiguos platós de películas y televisión—. Y después puede que vayamos a un bar cerca de la playa y tomemos algo en la terraza.

—Tú primero.

El día transcurre tal y como lo planeamos. Pasamos unas tres horas en el parque temático, alimentándonos de comida basura, cogiéndonos de la mano en las atracciones y paseando por las tiendas de recuerdos cinematográficos.

Después nos volvemos a unir a la multitud en el CityWalk, al otro lado de la entrada del parque, y exploramos las tiendas que recorren la zona comercial. Compramos gorras de Hollywood a juego y nos las ponemos. Sobre todo, porque estamos haciendo tonterías, pero también porque tienen la ventaja añadida de hacer que seamos menos reconocibles.

No es que eso sea un gran problema. He visto a algunas personas mirarnos dos veces cuando se cruzan con nosotros, pero he decidido achacarlo al hecho de que Dallas es muy guapo y no a nuestra fama.

La única alteración en el plan es que no vamos a la playa. Los Estudios Universal están en Studio City, que se encuentra justo sobre la colina en la que está mi casa, y ninguno quiere enfrentarse al tráfico de Los Ángeles para llegar a la costa. Así que vamos al exclusivo supermercado Gelson's y compramos uvas, paté, queso y galletitas, además de champán y caviar.

De nuevo en casa, llevamos la comida y el vino al porche trasero, aunque reservamos el caviar y el champán para la noche.

Pasamos el resto de la tarde acurrucados en la gigantesca hamaca redonda que compré para la terraza a la vez que la casa. Picoteamos, bebemos vino, leemos y charlamos. Y nos tocamos, nos besamos y nos acariciamos. Es algo más íntimo que sexual, y me encanta.

El día es perfecto en su conjunto. Pero cuando llega la noche, estoy preparada para algo más. Algo más apasionado.

Algo como Dallas. Desnudo.

Desnudo y dentro de mí.

Cambia de posición en la tumbona para llenar de nuevo su copa de vino y me brinda una sonrisa.

—Puedo leerte la mente.

—No puedes.

—¿No?

Desliza un dedo por mi clavícula, pasa sobre mi pecho y llega hasta mi clítoris.

Yo gimo.

—Bueno, puede que tengas algo de vidente.

Me besa con suavidad, pero aunque espero que continúe, se aparta y me pregunta:

—¿Te preocupa lo de mañana?

Pienso en ello.

—En realidad no. Aunque pierda la película, seguiré teniendo el libro. He hablado con mi agente y no está nada preocupado. *Nombre en clave: Liberación* va viento en popa.

—¿En serio?

Hago una mueca.

—Sí, bueno, puede que termine cambiando un poco el argumento.

La premisa del libro es el daño ocasionado por los grupos de mercenarios, y aunque sigo fiel a esa teoría con respecto a algunos de ellos, he cambiado de parecer acerca de Liberación ahora que sé quiénes son sus integrantes y que lo he visto desde dentro.

—Si Bill me arresta algún día, puedes convertirlo en unas memorias.

Le lanzo una mirada severa.

—No se te ocurra decir tal cosa. No puedo... Dallas, si algo te sucediera...

Me aprieta contra él.

—Lo sé. Dios mío, cielo, lo sé.

Noto que se le ha formado un nudo en la garganta y me doy cuenta de lo bien que me conoce. Porque a mí sí me ha sucedido algo.

—Siento muchísimo que hayas tenido que pasar por eso —murmuro.

—¿Yo? Oh, cielo... —Enmarca mi rostro con las manos y veo algo aletear en sus ojos—. Deseo...

—¿El qué?

—A ti.

Esbozo una sonrisa amplia.

—Me tienes.

—Quiero más. Quiero... —Se levanta y le miro con el ceño fruncido, sin saber qué ocurre—. Quiero lo nuestro. Lo quiero todo.

—También yo. Pero ambos sabemos que para nosotros es imposible tenerlo todo. Tendremos que conformarnos con lo que podamos conseguir.

—No soy un hombre que se conforme, Jane. Ya lo sabes.

Lo sé, pero no puedo imaginar adónde quiere llegar. Me he documentado, y en

ningún estado permiten que los hermanos de adopción se casen. Y en la mayoría de los estados, incluido Nueva York, consideran que nuestra relación sexual es un incesto, un delito castigado por la ley.

De hecho, no he podido encontrar ningún país del mundo que nos permitiera estar juntos. He encontrado vagas referencias en internet que dejan entrever que los hermanos por adopción podrían casarse en Suecia, pero no he podido confirmarlo.

Y, para ser sincera, no me apetece mudarme a Escandinavia.

—Papá estará mañana en el despacho de Stark —dice—. Voy a hablar con él sobre anular mi adopción.

Abro los ojos como platos.

—¿Puedes hacer eso?

—He estado leyendo al respecto. No es corriente, pero existen precedentes. Pero papá tendrá que aceptar.

—Dallas, no creo que él...

Me posa un dedo en la boca.

—No lo digas. Esta noche cree tan solo que va a ocurrir. ¿De acuerdo?

Yo asiento.

—Lo que pasa es que...

Esta vez me silencia con un beso, y cuando su boca se adueña de la mía olvido lo que iba a decir y me dejo llevar por este hombre al que amo.

Brillan las estrellas

Dallas se sumergió en el calor de esa boca perfecta que había amado desde siempre, que necesitaba incluso más que el oxígeno.

Jane se abrió a él ansiosa, como si no consiguiera saciarse de él por apasionado que fuera el beso, por violenta que fuera la conexión. Él lo entendía. La deseaba con una intensidad desconocida para él, y pensó que no podía recordar un momento en el que no hubiera sentido eso por ella, esa necesidad cegadora y absoluta que no había hecho más que aumentar con el tiempo, hasta convertirse en una adicción. Joder, ella era la sangre, el oxígeno, la maldita fuerza vital.

Jane lo era todo. Llenaba sus días y endulzaba sus noches. Iluminaba su corazón y satisfacía su alma.

Y su forma de chuparle la polla estaba sin duda en la columna de las cosas positivas.

Este pensamiento le hizo reír y ella interrumpió el beso, enarcando las cejas.

—¿Hay algo que desee compartir con la clase, señor?

—Besarte me ha hecho pensar en todas las cosas que puedes hacer con esa boca.

Ella no respondió, pero captó el brillo travieso que encendió sus ojos antes de que cambiara de posición sobre la tumbona y se arrodillara a su lado. Luego se levantó el vestido lo justo para enganchar los dedos en la cinturilla de las bragas y bajárselas hasta las rodillas antes de moverse de nuevo y despojarse de ellas por completo.

Con una sonrisa seductora, dejó que colgaran de su dedo antes de arrojarlas a un lado.

—De acuerdo —dijo Dallas—. Tienes toda mi atención.

Su carcajada reverberó en todo su ser, colmándolo de placer. Parecía que hubiera

pasado una eternidad desde la última vez que le había oído una alegría tan espontánea.

—Acabas de recordarme todas las cosas increíbles que tú puedes hacer con la boca.

—¿En serio? —preguntó Dallas.

—Mmm. —No era una respuesta en sí, pero si no hubiese entendido lo que ella tenía en mente, se lo habría figurado cuando pasó una pierna por encima de su cuerpo y se colocó a horcajadas de espaldas a él—. También me gustan mucho tus dedos. Solo lo comento.

Se inclinó para poder bajarle la cremallera, elevando el culo de forma que Dallas tenía una tentadora imagen de su vestido ciñéndose a la curva de su trasero. Acercó la mano, la colocó sobre sus nalgas y acto seguido, muy despacio, le levantó la falda para dejar a la vista la suave piel clara de su trasero y el dulce y húmedo capullo de su coño.

—¡Joder, Jane! —exclamó, arqueando la espalda con placer frenético cuando ella liberó su polla de los vaqueros y tomó el glande en su boca. Dallas impulsó las caderas para entrar más en su boca; deseaba sentir su polla tocando el fondo de su garganta mientras sus dedos se colaban en todos sus recovecos—. Eso es, cielo —murmuró cuando ella se movió en reacción a los dos dedos que la estaban penetrando—. Chúpame la polla mientras te follo. Más adentro, cielo —exigió, y hundió con fuerza los dedos dentro de ella cuando obedeció y le succionó con tanta avidez que era un milagro que no estallara en el acto.

Pero no, todavía no. Se obligó a contener la explosión mientras su cuerpo entero se ponía en tensión por el esfuerzo de frenar aquel asalto erótico a sus sentidos. La sensación de la boca de Jane en su polla. La imagen de su coño y de su trasero, expuestos y preparados para él. El aroma de su excitación. Estaba listo para correrse, pero no podía. Aún no. No hasta que la hubiera llevado al límite. Y por supuesto que no hasta que tuviera su sexo en la boca y le succionara el clítoris al menos con la misma pasión con la que ella le chupaba la polla.

Quería provocarla. Quería que estuviera empapada, que el roce más leve sobre su clítoris hiciera que le diera vueltas la cabeza. Quería hacerla delirar.

Que se entregara por completo a él.

Tentó su sexo despacio con la yema del pulgar antes de acariciar su sensible perineo. Ella movió las caderas, suplicándole más en silencio, y le separó más las

piernas, abriéndola para él. Dudaba que Jane supiera siquiera lo que estaba haciendo, colocándose en posición para que él la tomara mientras le chupaba. Exponiéndose de esa forma. Poniéndose a propósito en una postura tan vulnerable que hizo que Dallas se postrara a sus pies al saber lo abierta que estaba a él, lo mucho que confiaba en él.

Deseaba darle tanto placer como pudiera, de todo tipo, y presionó con suavidad su dedo resbaladizo contra su ano, lo rodeó y la apremió para que se relajara y cediera ante él. Acercó la otra mano a la parte delantera de su cuerpo para buscar su clítoris y lo acarició. Primero con suavidad y luego más rápido, cuando ella se contoneó y gimió, e introdujo el dedo cada vez más hondo.

Cada vez que ella se estremecía de placer, el asalto a su polla cambiaba, interrumpiendo la firme y creciente presión, y lo dejaba frustrado y al límite, hasta que ya no pudo aguantar más, le agarró las caderas con las manos y la acercó a él para alcanzar su coño con la boca y saborear sus dulces jugos. Nunca tenía bastante de ella.

La lamió y la succionó mientras ella se apretaba contra su boca sin que sus labios dejaran de arrasar su polla y él movía las caderas con un ritmo constante y salvaje, como si fuera él quien estuviera al mando, como si fuera él quien le follara la boca y no al revés. Porque en ese momento Dallas se hallaba total y absolutamente bajo su hechizo.

Su cuerpo entero estaba en tensión, sensibilizado. Como si su piel no pudiera contenerlo y necesitara liberarse. Y, joder, Jane era la única que podía conseguirlo. Su boca obraba una magia sobre su polla que él trataba de replicar. Un ritmo constante. Un compás que le conducía al precipicio, porque su boca era mágica y lo estaba succionando, y los sonidos de sus labios en su polla le llenaban la cabeza y conseguían que se excitara más todavía.

Tanto que iba a estallar, así que se obligó a contenerse, porque deseaba sentirla mecerse contra su cara, alcanzar el clímax al mismo tiempo que ella. La llevó más cerca, chupándola con fuerza, tomando el frenesí que le atravesaba y devolviéndoselo a ella, besándola, succionándola y provocándola, hasta que pudo sentir las vibraciones de sus gemidos de placer en la punta de la polla y ahí terminó todo. Aquel fue el último paso.

—¡Jane! —gritó mientras estallaba.

El orgasmo le desgarró al mismo tiempo que ella se rompía en pedazos sobre él, con su polla aún en la boca mientras le dejaba seco.

Cuando ambos pudieron volver a respirar con normalidad, Dallas la tumbó a su lado sobre la cama redonda bajo las estrellas.

—Te quiero —dijo Jane.

—Oh, cielo. Lo sé.

Acarició con ternura sus mejillas rosadas y sus labios inflamados y pensó que era la criatura más hermosa que jamás había visto. Joder, era suya, y estaba dispuesto a cambiar el mundo para convertir aquella sencilla realidad en un hecho inamovible.

Por desgracia, para cambiar el mundo antes tenía que cambiar a su padre.

Un manojo de nervios

A la mañana siguiente, Dallas se encontraba en la recepción del despacho de Damien Stark, en el ático del edificio. Había llegado pronto y empleó el tiempo libre en ponerse al día con Liam sobre los progresos con Colin.

—La cosa va despacio —le contó su amigo—. Las drogas no funcionan con él. Pero Quince es bueno en lo que hace y conseguirá su objetivo. Solo que no va a ser rápido ni fácil.

—Vale. Bueno, no, no vale, pero las cosas son como son —se corrigió. Cambió de posición para colocarse de espaldas a la menuda recepcionista y bajó la voz—. ¿Cómo coño no vi las señales? ¿Cómo pude mirar a los ojos a ese hombre durante tantos años sin ver quién o qué era?

—Veías lo que él te mostraba —repuso Liam—. Veías lo que querías ver. Joder, igual que yo.

—Está entrenado —dedujo Dallas—. No cabe duda de que se requiere cierta destreza para soportar un interrogatorio de Quince. Y aun así, no me di cuenta.

—Pasó un montón de años fuera de tu radar —añadió Liam.

—Y un momento en él.

—No te machaques con eso. El tío es bueno. Joder, es un puto camaleón. Vimos lo que él nos mostraba. No la bestia que habitaba debajo. Es lo que ocurre con los monstruos, Dallas. No solo se esconden debajo de las camas de los niños y en los armarios oscuros. Se ocultan ante nuestras propias narices. Por eso dan tanto miedo.

Dallas puso fin a la llamada cuando la recepcionista pronunció su nombre para captar su atención. Se giró y vio que ella se había puesto de pie.

—Le están esperando.

Dallas asintió e inspiró hondo cuando enfiló el pasillo detrás de ella. Había llegado

el momento de ver a otro tipo de monstruo.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —preguntó Eli Sykes al ver a su hijo entrar en la sala de conferencias.

Dallas mantuvo una posición un poco más elevada para intentar ocultar su decepción. No esperaba un recibimiento caluroso por parte de su padre, pero una pequeña parte de él no había perdido esa esperanza.

No debería haber sido tan tonto.

—Tengo una reunión con Damien. Me comentó que ibas a venir al despacho esta mañana para hablar de los centros comerciales de San Diego y Culver City. Le pregunté si podía disponer de unos minutos. —Miró a Damien, que se estaba levantando de su silla, situada frente a la de Eli—. Agradezco que me permitas abusar de tu tiempo.

—Pues yo no —replicó Eli—. Damien, puede que tu agenda sea flexible, pero te aseguro que la mía no lo es. No puedo perder el tiempo en tonterías, sentimentalismos o, Dios no lo quiera, ruegos.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Damien mientras se dirigía hacia la puerta—. Resulta que me ha surgido una emergencia que va a tenerme ocupado durante los próximos veinte minutos exactos. Puedes pasar ese tiempo como consideres oportuno. Igual que Dallas. —Les hizo un gesto a ambos—. Os veo más tarde.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Dallas ocupó el asiento que Damien acababa de dejar libre.

—Quiero presentarte una propuesta.

—Esto es absurdo —protestó Eli, que se apartó de la mesa y se disponía a levantarse.

—Escúchame.

Las palabras de Dallas rasgaron la tensión entre ambos como un cuchillo, y durante un instante Eli se quedó inmóvil mientras padre e hijo se miraban el uno al otro.

Entonces el hechizo se rompió y Eli se puso en pie, con el ceño fruncido y echando chispas por los ojos.

—¿Que te escuche? —repitió—. ¿Que escuche qué? ¿A ti diciéndole al mundo entero que te estás acostando con tu hermana? ¿Que has puesto en ridículo a nuestra familia? ¿Es eso lo que se supone que he de escuchar? —Un millar de respuestas llenaban la cabeza de Dallas, pero ninguna parecía suficiente para replicar la dura crítica de su padre y se quedó ahí, paralizado por el dolor del ataque verbal—. No

podías limitarte a mantenerla guardada dentro de los putos pantalones —continuó Eli—. Puede que lo entendiera cuando erais niños, por el trauma, el miedo... Pero continuar con esto, con esta farsa... Avergonzar a propósito a esta familia comportándote así con tu hermana. ¡Tu hermana! Pues bien, no puedo...

—Pues no lo hagas —espetó Dallas. Las palabras surgieron con tanta dureza, de forma tan acalorada, que Eli cerró la boca y dio un paso atrás—. ¿No puedes soportar que Jane y yo seamos hermanos? Entonces arréglalo. Ponle fin.

Eli apretó los dientes y su rostro enrojeció.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Anula mi adopción.

—¿Qué?

—Haz que desaparezca —insistió Dallas.

—No dices más que tonterías.

Eli meneó la cabeza despacio, como si lo que Dallas decía no tuviera ninguna lógica. Pero la tenía. Tal y como le había dicho a Jane, estaba seguro de que ese era el camino. Joder, era el único camino.

—No es ninguna tontería —prosiguió, tratando de mantener la voz calmada. Racional. A fin de cuentas, su padre era un hombre de negocios, así que tenía que abordar aquello como si se tratara de una transacción comercial. Poner una oferta sobre la mesa para una jugada que podía resultar arriesgada, pero que al final podía hacer que subieran todas sus acciones—. Tenemos que presentar una petición en el mismo juzgado en que se dictó la sentencia de adopción y ambos tenemos que dar nuestro consentimiento, junto con mamá, pero si...

—¿Y acrecentar aún más nuestra vergüenza? ¿Convertirnos en un hazmerreír aún mayor? ¿Arrastrar a nuestra familia por el fango todavía más de lo que ya lo has hecho? —Dallas sentía que su mal genio se acrecentaba con cada palabra, al mismo tiempo que se hundía cada vez más—. De ninguna forma —declaró Eli—. Imposible.

—Mierda, papá, no se trata de un asunto de relaciones públicas. Se trata de tus hijos. De nuestras vidas. Deja que seamos libres para amarnos.

—Ya he respondido a esa pregunta.

—Me estás castigando, nos estás castigando... porque nos enamoramos.

Eli ladeó la cabeza y le miró a los ojos, clavando en él la mirada seria que solía emplear en la sala de juntas.

—No, hijo. Os estoy castigando porque habéis actuado en consecuencia.

Las colinas tienen ojos

Voy de camino al estudio donde Joel tiene su despacho de producción cuando Dallas me llama para decirme que las cosas no han ido bien con nuestro padre. Y aunque no puedo evitar sentirme decepcionada, no me sorprende. Anular la adopción sería la solución perfecta para nosotros, pero para Eli Sykes sería reconocer que tomó una mala decisión.

Y aunque mi padre está más que dispuesto a cambiar de rumbo cuando se trata de negocios, no lo está tanto a reconocer los errores de su vida privada.

Se lo digo a Dallas, que me da la razón de mala gana, aunque la decepción tiñe su voz.

Por supuesto que yo también estoy contrariada, pero creo que estoy menos sorprendida. Sé que Dallas creía que Eli se pondría de nuestro lado si se veía obligado a optar por comportarse como un egoísta o ayudar a sus hijos. Pero solo ha pasado un día desde que entré en la celda de mi padre biológico, un hombre que le hizo la cosa más atroz posible a su hija por razones puramente egoístas. Así que ya no hay muchas cosas que me asombren.

—¿Quieres que cancele mi reunión? Puedo volver a casa y haremos lo que sea necesario para conseguir que te sientas mejor. Lo que sea necesario —repito, infundiéndole un tono lascivo a mi voz.

Él se echa a reír, tal y como esperaba que hiciera.

—Eso suena genial, pero tienes que ver a Joel. Además, uno de los dos tiene que tener una reunión provechosa hoy.

—¿Significa eso que las cosas con Damien tampoco han ido bien?

—No, no. Ahí va todo bien. De hecho, estamos pensando en volar a Riverside para echar un vistazo a la planta de producción. Tiene un prototipo operativo que estoy

deseando ver. Pero eso haría que llegara tarde a casa. Y detesto perderme nuestra cena.

—No seas bobo. —Ha sugerido que salgamos a cenar, pero los restaurantes de Los Ángeles no se van a ir a ninguna parte—. Podemos tomar champán y caviar en el patio de atrás, tal vez ver una película romántica después y quién sabe adónde nos llevará la noche...

—Me gusta el plan —dice—. Te llamaré cuando esté llegando. Y tú, ¿todo bien?

—Hasta el momento, todo perfecto. No me gafes.

—Ni se me ocurriría —replica—. Te quiero —se despide, y me alucina lo profundas y emotivas que pueden ser dos simples palabras.

Todavía sonrío cuando entrego al guarda de seguridad mi carnet de identidad y me abre la verja para dejarme pasar al aparcamiento. El despacho de Joel está en la parte posterior, detrás de una sección de falsas fachadas de edificios que representan un vecindario que he visto en alguna comedia de televisión, aunque recuerdo en cuál.

Aparco, yergo la espalda y entro.

Contengo la respiración pese a que Dallas ha predicho que mi reunión irá mejor que la suya. Por el contrario, estoy preparada para que Joel sea excesivamente conciliador y para que Lyle me presente un montón de excusas, y aunque no creo que ninguno me llame paria, estoy segura de que eso es lo que ambos estarán pensando. Y yo tendré que sonreír, asentir y fingir que estoy de maravilla a pesar de que esta increíble oportunidad profesional se esté desmoronando a mi alrededor porque la prensa ha decidido inmiscuirse en mi vida privada.

Eso es lo que preveo y estoy preparada para que sea así, por lo que entro en el despacho de Joel con la espalda erguida y los machos bien atados, lo que quiera que eso signifique. En resumen, estoy lista para encajar los golpes.

Pero estos no llegan. Al contrario, hablamos solo del guion, tal y como Joel me había prometido. Los dos hombres se muestran amables y profesionales. Yo tomo notas, discutimos sobre los cambios, argumentamos acerca de las motivaciones del personaje y sopesamos combinar o cortar algunas escenas para hacer que la historia general fluya mejor.

En otras palabras, no hay nada personal o poco profesional, y no percibo ningún indicio de que Lyle quiera retirarse del proyecto.

Me siento aliviada y también un poco desconcertada. Tan perpleja, en realidad, que

cuando Joel echa un vistazo a su reloj y dice que tenemos que terminar porque tiene una cena de trabajo en Santa Mónica, yo balbuceo:

—Pero ¿qué pasa con...?

Me interrumpo al darme cuenta de que recordarle a Lyle que al parecer pensaba retirarse del proyecto tal vez no sea la mejor estrategia.

Joel parece quedarse en blanco durante un instante. Luego sus ojos se desvían con rapidez hacia Lyle antes de que este menee la cabeza.

—Cariño, todo está bien. Tú límitate a escribir. Nosotros nos ocupamos de toda esta mierda.

—Ah.

Estoy sorprendida, pero contenta. Sobre todo, porque espero que eso signifique que mi presencia en las redes sociales ha disminuido.

Lyle me acompaña hasta mi coche.

—Imagino que Joel te dijo que tal vez me retirara del proyecto, ¿no?

Le miro de reojo.

—Es posible que haya mencionado algo parecido.

Lyle se echa a reír.

—Sí, bueno, solo quiero que sepas que yo nunca he dicho eso. Mi publicista me salió con esas, pero le dije que se olvidara. Me encanta el guion y creo que este proyecto tiene mucho potencial. Estoy dentro.

—¡Uau! —exclamo—. Gracias por decírmelo. Esto sí que hace que me sienta mejor.

Él se encoge de hombros y por un momento veo al callado chico de Iowa que todos los periódicos dicen que era antes de que su familia se mudara a Hollywood cuando tenía dieciséis años.

—Creía que debías saberlo. Sobre todo porque, al parecer, Joel prefiere fingir que no existe ninguna controversia —añade con una sonrisa socarrona—. Y también quiero añadir que siento que tu vida privada esté por todas partes. Sé lo duro que puede ser eso. Yo he elegido vivir bajo los focos, pero tú no, y es una mierda tener que enfrentarse a eso.

—Te lo agradezco de verdad —digo muy en serio—. Ha sido duro, pero lo estamos superando.

Charlamos unos minutos más y llego a mi coche con una sonrisa en los labios. Todavía no me ha acosado ningún reportero rabioso, mis colegas se muestran

comprensivos y sigo resplandeciente después de pasar la noche con Dallas bajo las estrellas. Puede que Eli no esté de acuerdo con nuestro plan, pero no pasa nada. Hoy reboso optimismo.

Decido pasar por el gimnasio antes de ir a por comida y no solo mi entrenador está libre, sino que además realizamos un duro entrenamiento que me recarga las pilas al máximo. Tal vez no sea capaz de vencer a una pistola eléctrica como la que me noqueó en Nueva York, pero saber que soy un rival serio hace que tenga mucha más confianza en mí misma.

Todavía tenemos caviar y champán en casa, pero voy al Whole Foods a por un poco de queso brie, y aunque algunas personas se vuelven para mirarme cuando me ven, ya no soy noticia. Al parecer, Garreth Todd, una estrella emergente con una legión de fans, merodea por la sección de frutas y verduras. La chica que me cobra trata de actuar como si eso no le importara, pero no puedo evitar fijarme en que no deja de darse la vuelta, como si esperara verle entre los pasillos.

También mi casa está libre de periodistas, e imagino que eso solo puede deberse a que nadie sabe que estoy en la ciudad. Mis vecinos están tan alejados que es posible que no vieran el taxi que nos trajo ayer, y como tengo el coche dentro del garaje y las luces se encienden con un temporizador, desde fuera la casa siempre parece igual, esté yo o no.

Y, como es natural, aunque los vecinos supieran que estoy aquí, no es muy probable que avisaran a la prensa. Con eso solo conseguirían atascar la calle y sus jardines delanteros.

Lo que quiere decir que Dallas y yo dispondremos de intimidad durante algunos días más.

Me gusta pensar que esto significa que el universo está de nuestro lado.

Dallas me envía un mensaje para decirme que está a punto de subirse al helicóptero de Stark y regresar de Riverside al centro de Los Ángeles. Tiene un coche de alquiler en la Torre Stark, y promete enviarme otro mensaje cuando esté a diez minutos de casa. Respondo con una sonrisa:

No hay problema. Pero estaré muerta de hambre. Imagino que te vas a perder mi baile sexy previo al champán

Y si suplico?

Inténtalo. Me encanta que te pongas de rodillas

Estoy sola, así que abro una botella de vino, me pongo cómoda y veo un par de episodios de un programa de televisión, de esos que Dallas sabe que veo aunque yo jamás lo reconocería. Luego me doy una ducha y me lavo el pelo, me pongo una minifalda y una blusa transparente y me maquillo con más esmero de lo habitual. Cuando estoy vestida y me siento femenina y sexy, me dirijo a la cocina para sacar mi mejor vajilla y cristalería.

Acabo de poner el champán en una cubitera con hielo cuando llama Dallas.

—Estoy al pie de la colina. Llegaré en unos diez minutos. Si estás desnuda, se me ocurren algunas maneras realmente fascinantes de disfrutar del caviar.

Me echo a reír.

—Lo tendré en cuenta. Pero te advierto que ya me he tomado una copa de vino. Una especie de aperitivo para el champán —digo, y Dallas se echa a reír.

—Parece que tengo que ponerme al día.

—Sin duda.

Me lleno de nuevo la copa, le sirvo una a él y me las llevo al porche delantero. Y entonces, cuando veo sus faros al final de la calle, dejo su copa en la barandilla y salgo del porche para recibirle.

Al principio ni siquiera me doy cuenta del bulto oscuro que hay en el camino de entrada. Cuando lo hago, reacciono con irritación al pensar que mis vecinos se han dejado el cubo de la basura tan mal tapado que una bolsa ha caído en mi propiedad.

Pero Dallas llega en ese momento al camino de entrada.

Sus faros iluminan el bulto.

Veó carne retorcida.

Veó sangre.

Y, como no podía ser de otro modo, empiezo a gritar.

Demasiados quizás

Dallas se apeó del coche en cuestión de segundos, estrechó a Jane en sus brazos y le impidió ver al pobre perro masacrado que alguien había asesinado de forma cruel y dejado en su camino de entrada.

—Estás bien. Estás bien.

—Alguien ha... hecho eso. He visto su garganta. Alguien ha hecho eso y lo ha traído hasta aquí. Para nosotros.

Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle y encontró unos ojos tan grandes y asustados que Dallas no tuvo ninguna duda de que sería capaz de atravesar el corazón con el puño a quien había hecho eso. A quien había hecho daño a ese pobre animal. A quien había asustado a Jane.

—Lo sé, cielo. Lo sé. Vamos dentro.

Dejó que él la condujera al patio; sentía su cuerpo frágil contra el suyo, como si aquel nuevo ataque hubiera sacudido los cimientos bajo sus pies y pudiera tropezar y romperse si no tenía cuidado.

¡No!

No iba a permitir que eso sucediera. Era fuerte y ya había sobrevivido a muchas cosas. Superaría aquello. Ambos lo harían.

Sobrevivirían.

Harían mucho más que sobrevivir.

Y harían que quien había hecho aquello pagase por ello.

—Esto es obra de la Mujer —murmuró Jane—. Me atacó en Nueva York y ahora se burla de mí aquí.

—Puede ser. —Dallas se pasó los dedos por el pelo—. Es probable. Pero no

esperaba que sus tentáculos llegaran hasta aquí. No hemos divulgado que veníamos a Los Ángeles.

Jane no dijo nada mientras él le abría la puerta principal.

—No —negó con la cabeza—. Quiero quedarme contigo.

—Tengo que llamar a la policía y esperar afuera a que lleguen. No quiero que nadie altere el escenario.

—¿Quién...?

—No lo sé. Puede que nadie. Pero hay coyotes en estas colinas, y también buitres. Tengo que quedarme aquí afuera.

—Pues me quedo contigo.

—Jane, no sé. Tú...

—Puedo con ello —afirmó—. No niego que estoy asustada. De hecho, creo que sería imbécil si no lo estuviera. Pero esta es mi casa y esa puta ha entrado en mi propiedad. También estoy cabreada. Y el cabreo supera al miedo.

Dallas la estudió y vio su espíritu beligerante bajo el miedo y durante un solo instante se sintió un imbécil por tratar siquiera de mimarla. Era una superviviente. Debería saberlo; él también era un superviviente.

—De acuerdo —accedió mientras marcaba el número de la policía.

Dos agentes llegaron en cuestión de diez minutos, cosa que les honraba, y Dallas se unió a ellos cuando examinaron al perro. Jane optó por esperar en el porche. Dallas pensó en hacer lo mismo —alguien había utilizado alambre de espino para estrangular al pobre pastor escocés—, pero no se fiaba de que la policía pasara por alto alguna cosa importante, como el collar y la placa de identificación, en lo que centraron su atención.

El agente de más edad, el sargento Fielding, lo sostuvo en alto mientras su compañero hacía una foto de la información del propietario. Dallas aprovechó la ocasión para memorizar el nombre y el número de teléfono. Carol Lucas.

—¿La conoce? —preguntó Fielding.

—No que yo recuerde —respondió Dallas—. Pero el nombre me resulta vagamente familiar. Conozco a muchas mujeres —añadió, y vio la sonrisita del compañero de Fielding—. Deme un segundo —les pidió mientras sacaba el móvil.

—¿Conoces al dueño? —Jane se acercó para unirse a ellos. Entonces llegaron un par de coches que aparcaron al otro lado de la carretera. La ventanilla del lado del conductor descendió y las cámaras empezaron a disparar.

—¡Mierda! —exclamó Dallas, tirando de Jane cuando se giró y corriendo de nuevo hacia la casa—. Prensa sensacionalista. Deben de escuchar la frecuencia de la policía. —La apremió a entrar en la casa y luego se quedó ahí, con la puerta medio abierta, de modo que pudieron oír a la policía exigiendo a los hombres que circularan.

Pero Dallas apenas les prestó atención. Estaba siguiendo el rastro de la cuenta de Facebook de Carol Lucas y después de sus perfiles de Twitter y de Instagram. La recordaba vagamente; una guapa rubia con la que se había acostado un par de veces cuando estuvo en Los Ángeles hacía más o menos un año. La había bloqueado en Twitter después de su segunda cita, cuando adquirió la molesta costumbre de enviarle tuits cada cinco minutos exactos.

Ahora veía lo que se le había escapado. Una diatriba sobre el gilipollas mujeriego que era. Que se la había follado y se había deshecho de ella. Que merecía que le arrancaran el corazón y se lo pisotearan. Aquello había empezado hacía ocho meses y el tema general había continuado de forma periódica hasta hacía poco.

Pero en las últimas semanas había empezado a subir mensajes sobre Jane y sobre él. Palabras como «pervertido», «enfermo repugnante» y «puta asquerosa» aparecían con regularidad alarmante.

Jamás creyó que fuera violenta. Nunca le dio mala espina.

Ahora sí que se la daba.

Pero ¿era Carol Lucas la verdadera enferma o alguien quería que él lo creyera?

—¿De verdad piensas que es ella? —preguntó Jane más tarde, una vez que los agentes y la policía científica abandonaron el escenario.

—¿Con sinceridad? No.

Le había contado a la policía todo lo que podía recordar sobre Lucas y habían prometido que le mantendrían informado. Pero no tenía intención de esperar y por eso ya le había enviado a Liam un mensaje con los detalles relevantes e instrucciones para investigar a esa mujer.

—Yo tampoco —repuso Jane—. Es demasiado joven para ser la Mujer. Y aunque mi acosadora pudiera ser algún antiguo ligue tuyo perturbado, no creo que sea así.

—Además, debemos tener en cuenta que la agresión que sufriste en Nueva York fue planeada. La furgoneta estaba preparada para llevarte. A menos que Lucas esté ubicada en ambas costas, y no creo que lo esté, coordinar ese trabajo sería muy complicado.

Jane asintió.

—Lo que significa que la Mujer está usando los descabellados tuits de Lucas como camuflaje.

—Exacto.

Estaban en el sofá, dentro de la casa, la botella de vino sobre la mesa de centro y el champán y el caviar olvidados. Dallas llenó la copa de Jane y se la pasó. Ella tomó un buen trago en vez de un sorbo, única evidencia visible de que continuaba alterada.

—Nos ha seguido a Los Ángeles —reflexionó Jane. Se estremeció y tomó otro pequeño trago de vino—. Nos está vigilando. Siempre nos está vigilando. Eso me pone los pelos de punta.

—Lo sé.

El móvil de Dallas sonó y comprobó quién llamaba. Era Adele. Lo puso en silencio.

—Deberías cogerlo —le animó Jane—. Los periodistas. Es probable que nos haya visto en internet y que llame para cerciorarse de que estamos bien. De hecho, debería llamar también a mamá.

Dallas no estaba de humor para hablar con Adele, pero sabía que Jane tenía razón. Así que, mientras ella se llevaba su teléfono a la cocina para hablar con su madre, él respondió a Adele justo antes de que saltara el buzón de voz.

—¿Estáis los dos bien? —Fue lo primero que dijo. Y añadió—: Entre Colin y vosotros se me va a poner el pelo completamente blanco antes de que termine la semana.

—Estamos bien —respondió Dallas—. Conmocionados, pero bien. ¿Qué pasa con Colin? —preguntó como si tal cosa.

Era imposible que ella sospechara que estaba en su poder. Si habían iniciado una investigación sobre la desaparición de Colin, ya se ocuparían de ello, pero era mucho mejor que el mundo diera por supuesto que estaba de viaje, tal y como haría un hombre pudiente y con unos antecedentes espurios.

—Lo que pasa es que sigo sin tener noticias tuyas. Empiezo a preocuparme, Dallas. No es propio de él pasar tanto tiempo sin llamar.

—¿Has estado en su casa? ¿Hay algo que parezca fuera de lugar?

—Fui hace dos días, antes de irme de la ciudad yo también. Estaba cerrada a cal y canto, pero tengo llave, claro. Su pasaporte no estaba en la caja fuerte...

—¿Tienes acceso a su caja fuerte?

—Bueno, no de manera oficial, pero estuvimos casados durante años y no se ha

molestado en cambiar las claves de acceso. Utilicé la antigua combinación y funcionó.

—Pues esa es la respuesta. Se le antojó marcharse al extranjero y lo ha hecho. Lo más seguro es que esté tostándose al sol en Aruba —sugirió, y Adele profirió un bufido de incredulidad—. Vale —dijo con tono tranquilizador—. Volveré dentro de uno o dos días. Iremos a su casa, echaremos un vistazo a su agenda, a sus registros financieros. Trazaremos un plan y si para el fin de semana no ha aparecido, acudiremos a la policía.

—¿No crees que debería llamar ya a la policía?

—Creo que sería prematuro, pero si eso hace que te sientas mejor... —Dijo esto último porque parecía lo más razonable, pero cruzó los dedos con la esperanza de que no aceptara la sugerencia.

Ella suspiró al cabo de un momento.

—Puede que tengas razón. ¿Te veré pronto?

—Te llamaré cuando volvamos.

—¿Cómo lo lleva Jane? El espanto de encontrar a ese pobre animal después de haber sufrido un ataque... Es posible que parezca que está bien, pero no la pierdas de vista, querido. Esa chica ha padecido mucho.

—Lo sé. Tienes razón. Y agradecemos tu preocupación, pero te prometo que estoy cuidando bien de ella.

La risa de Adele fue como un coro de cascabeles que le hizo sonreír.

—Sí, ya me lo imagino. En fin, buenas noches, mi niño. Un besito.

Colgó antes de que él pudiera despedirse.

Dallas dejó el móvil sobre la mesa y cogió su copa de vino. La conversación con Adele le había supuesto un gran esfuerzo emocional.

—¿Está bien? —preguntó Jane cuando volvió de la cocina.

—Preocupada por nosotros y por Colin. Pero ella está bien.

La expresión ceñuda de Jane quedó oculta casi por la copa de vino cuando tomó otro sorbo, aunque la mano le temblaba tanto que agitó el líquido.

—Oye —dijo Dallas, cogiéndole la copa y dejándola sobre la mesa—. ¿En qué estás pensando?

—En todo. En el día de hoy. En todo lo que ha pasado. —Se removió en el sofá cuando él le tendió la mano y se acercó para colocarse entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho—. Tengo ganas de llorar por ese pobre perro.

Dallas la rodeó con los brazos y posó los labios en su cabello.

—Lo sé. —La apretó contra él, acercándola más de forma inconsciente para mantenerla a salvo.

—El día había empezado de forma tan perfecta. Esperaba que Joel y Lyle dijeran alguna estupidez. O que alguien me reconociera y me insultara. Pero nada. Todo iba como la seda. Con tranquilidad. Y ahora me daría de bofetadas porque tengo la sensación de que he bajado la guardia. De que hemos bajado la guardia.

—Puede que lo hayamos hecho hasta cierto punto, pero no creo que ninguno de los dos imagináramos algo así.

—No, yo tampoco lo creo. Pero no deberíamos tener que estar siempre alerta, Dallas. No quiero vivir así. No, no puedo vivir así. Sintiendo que no podemos relajarnos nunca. Que no podemos dejarnos llevar en ningún momento.

—Oh, cielo.

Quería decirle que se equivocaba, pero ¿cómo podía rebatir lo que estaba diciendo si tenía toda la razón del mundo? Se hallaban atrapados entre una psicópata y la realidad de su propia relación. Una relación que por su naturaleza los mantenía bajo los focos, sujetos a críticas y comentarios constantes.

—Tiene que decírnoslo. —Sus palabras eran apenas un susurro, tan quedas que Dallas no estaba del todo seguro de haberla oído bien—. Tenemos que hacer que nos lo cuente.

Se le encogió el pecho. Ni una sola vez se había interesado por los progresos de Colin desde que se marcharon a Los Ángeles. Dallas cerró los ojos, sopesó sus palabras y luego dijo muy despacio:

—Hay formas. Métodos más extremos a los que Quince no ha recurrido todavía.

El escalofrío que recorrió a Jane fue tan intenso que Dallas lo sintió reverberar en su propio cuerpo.

—Sean cuales sean esos métodos, tenéis que emplearlos. Porque creo que ella nos ha estado vigilando en todo momento, también durante los últimos diecisiete años.

Lo que estaba diciendo no era ninguna revelación.

—Y ahora ha perdido la cabeza porque estamos juntos de nuevo.

No era una pregunta. Dallas sabía hacia dónde iban sus pensamientos.

—Exacto. Ella creía que había acabado contigo entonces. Pensaba que habías sido su juguete, que había jugado contigo y te había guardado en su armario. Puede que

no le gustara que te tiraras a todas esas mujeres, pero podía sobrellevarlo. Te eran indiferentes. Una distracción.

—Pero tú no —concluyó Dallas—. Y eso no puede soportarlo.

—Así es. —Exhaló un suspiro—. Por eso tenemos que hablar con Colin. Debe saber que no nos creemos la chorrada de que está muerta. Y aunque él sí lo crea, tiene que contarnos lo que sabe. Puede que ella fingiera su muerte, que le hiciera creer que había muerto. Pero él sabe algo y tenemos que averiguar qué es. —Se giró en sus brazos para mirarle—. ¿Qué? —preguntó cuando le vio sonreír.

—Es solo que te quiero.

Parte de la tensión desapareció de su rostro.

—Yo también te quiero. Y por eso estoy harta de esperar a que caiga el hacha de nuevo. Antes era que nos descubrieran. Ahora es que tal vez nos maten. Quiero mi propia vida. Tú eres el único que estoy dispuesta a permitir que tenga poder sobre mí. No esa zorra. Nunca más.

—Estoy de acuerdo. Le diré a Quince que presione más.

Vio que ella tragaba saliva y luego se levantó para quedarse sentada con las piernas sobre las de él en el sofá. Le cogió la mano.

—Tenemos que contárselo a mamá.

—Ella ya sabe que sospechamos que se trata de la Mujer.

—No. Me refiero a que tenemos que contarle lo de Colin.

—Cielo...

—Merece saberlo.

Tenía razón, por supuesto. Lo detestaba, pero tenía razón.

—Y tienes que preguntarle a Bill por qué piensa que Colin es culpable —agregó Dallas.

—Dallas, no. No quiero...

—En función de lo que la OMRR tenga sobre él, quizá podamos utilizarlo en la sala de interrogatorios. Pero, sobre todo, resulta demasiado sospechoso que no preguntemos. Es lógico que quieras saberlo.

—Cierto. Tienes razón.

Cerró los ojos con un suspiro.

Él le apretó la mano con suavidad.

—¿Estás bien?

Jane asintió una sola vez e inspiró hondo. Luego abrió los ojos y le miró.

—Sí. No. Qué sé yo. Supongo que aún me siento como si estuviera en esa celda y ella nos estuviera observando. Iluminándonos con un gran foco. Para ella solo somos ratas en un laberinto; está esperando a ver cómo vamos a salir. Cuál va a ser nuestro siguiente paso.

Aunque Dallas no lo dijo en voz alta, sabía bien a qué se refería. Y esperaba con toda su alma que su siguiente paso fuera el correcto.

Vidrios rotos

Nos ha estropeado la velada. —Estoy en la cocina, contemplando la cubitera con el champán y pensando en el caviar enfriándose en la nevera—. Maldita puta.

Dallas sigue en el salón y se aproxima a mí con la botella de vino, ahora vacía.

—Si la velada es lo único que nos arrebatara, lo consideraré una victoria.

Le quito la botella y la tiro al cubo de reciclaje con tanta fuerza que se rompe.

—No, eso no es una victoria —replico—. Quiero deshacerme de ella. Tenemos que librarnos de ella.

Suena mi teléfono y mi primer instinto es meterlo en un cajón y cerrarlo de golpe, pero veo a tiempo que se trata de Brody.

—Llámale más tarde —propone Dallas, pero yo niego con la cabeza. Tomo aire para calmarme y atiendo la llamada.

—¿Cómo está mi exiliada neoyorquina favorita? —pregunta Brody en cuanto descuelgo.

—Lo cierto es que no tiene su mejor día.

—Oh, mierda. —Su tono cambia en el acto—. ¿Ha pasado algo más? ¿Tienes alguna noticia sobre quién te agredió? ¿Dallas y tú no...?

—Estamos bien —le informo; cojo la mano de Dallas y la aprieto un poco—. Y eso es más o menos lo único que lo está.

—Vaya, lo siento, pequeña. ¿Malas noticias sobre la puta que te mandó al hospital?

—Ninguna noticia —respondo—. Pero más drama.

—Joder —masculla, con la voz llena de preocupación—. Ha ocurrido algo más. ¿Qué?

—La verdad es que no me apetece hablar de ello. Te lo contaré la próxima vez que

te vea. Mientras, si te metes en las redes sociales, seguro que será el tema más comentado de la mañana.

—Joder, joder, joder, siento mucho que tengas que soportar esta mierda.

—No es divertido, pero, como he dicho, lo estoy superando. O lo intento, en todo caso. —Sacudo los brazos y la cabeza, como si quisiera quitarme de encima todo lo malo—. Bueno, ¿me llamas para ver cómo estoy?

—En realidad, sé que soy inoportuno, pero llamo para pedirte un favor. Me preguntaba si podría utilizar el bungalow de Dallas esta semana. Desde mañana por la tarde, por ejemplo.

Dallas es inversor en el resort de Cortez, un destino vacacional en una isla cerca de Los Ángeles que dirige la Stark Real Estate Development. Y, como inversor, es dueño de un bungalow en una zona privada.

—Claro. Es decir, lo miraré y me aseguraré de que no se lo haya prometido a nadie, pero no creo que haya ningún problema. Espera.

Se lo pregunto a Dallas y, como es natural, dice que sí, y se lo comunico a Brody.

—Es genial. Gracias, y agradéceselo también a Dallas de mi parte.

—Claro. Pero ¿cuál es el acontecimiento? ¿O solo quieres unas vacaciones?

—Más o menos. Solo... solo quiero darle una sorpresa a Stacey.

Frunzo el ceño, preocupada por su tono.

—¿Se encuentra bien?

Él ríe entre dientes.

—¿Es que no puedo darle una sorpresa a mi mujer?

—Te conozco, ¿recuerdas? Tu idea de sorprender es alquilar una comedia romántica en vez de una peli de acción.

Brody estalla en carcajadas.

—No creo que sea tan poco imaginativo, pero entiendo lo que dices. Y sí, todo va bien. En realidad, va genial. El próximo miércoles se cumple un año desde que está libre de cáncer. Quiero celebrarlo estando juntos. Porque... ¡qué demonios! Atesoro cada momento que tenemos, ¿sabes?

Lo sé y así se lo digo.

—Ya no puedo ofrecerte el avión privado, pero tú mira a ver qué vuelo puedes conseguir y nosotros nos ocupamos de que os lleve el helicóptero de la isla.

Concretamos los detalles e incluso le prometo que si Dallas y yo seguimos en Los

Ángeles nos acercaremos a hacerles una vista a la isla. Luego cuelgo, miro a Dallas y suspiro.

—Eh —dice, cogiéndome las manos—. ¿Qué ocurre?

—Solo que estoy muy orgullosa de ellos. Del modo en que lucharon contra el cáncer de Stacey. De cómo se mantuvieron juntos. No sé. —Me encojo de hombros—. Nosotros dos también estamos luchando para sobrevivir y solo espero que juntos tengamos la misma fuerza que Brody y Stacey.

Me estrecha en sus brazos.

—Oh, cielo, ¿cómo puedes dudarlo? Piensa en todo lo que hemos pasado. Nos hemos forjado en fuego y hemos resurgido fortalecidos.

—Quizá —respondo mientras apoyo la mejilla en su pecho—. Quizá no importe. Siento que se pone tenso.

—¿Qué quieres decir?

Me yergo durante un momento para poder mirarle a la cara.

—Porque a veces la fuerza no gana, Dallas. Ambos lo sabemos. Y tengo miedo. Él frunce el ceño a la vez que en sus ojos aparece la preocupación.

—¿De qué?

—De que dé igual lo mucho que luchemos y que algún día, de algún modo, el mundo nos separe.

Sacrificios

Esperaba que ahora comprendiera.

Por qué no podía dejar que nada ni nadie se interpusiera entre ambos.

Por qué tenía que despejar el camino para que pudieran estar juntos.

Por qué tenía que hacerle entender que todo iría bien en cuanto dejara a esa putilla. En cuanto volviera a ser suyo otra vez.

No quiso hacerle daño al perro, pero en cuanto le miró a los ojos supo que lo entendía. Los animales, sobre todo los perros, tenían esa conexión con los humanos. Se sacrificaban por completo. De buena gana. Todo por su afán de complacer.

¿Por qué los humanos no podían hacer lo mismo? ¿Por qué eran incapaces de entender?

Joder, ¿por qué él no podía verlo?

Una y otra vez había intentado captar su atención. Cambiar su curso. Y sin embargo, él se mantenía impasible.

Pero no estaba vencida, todavía no.

Si él no la veía, tendría que subir las apuestas.

Sabía cómo hacerlo. Lo único que tenía que hacer era esperar el momento adecuado.

Por el mal camino

Toda la situación es espantosa —afirma Nikki mientras ataca una de las famosas tortitas de jengibre del Flamingo Grille. Es uno de mis restaurantes favoritos de West Hollywood, y cuando Nikki llamó esta mañana después de oír la noticia sobre el pobre perro, Dallas me sugirió que desayunaran con nosotros, ya que vamos a coger un vuelo por la tarde de regreso a Nueva York. Al principio tuve mis dudas, porque todavía estoy triste por lo sucedido anoche, pero no puedo negar que resulta agradable verlos y hablar de lo ocurrido—. ¿Y dices que estás convencida de que no lo ha hecho la dueña del perro? —prosigue—. ¿A pesar de que publicara esos desagradables tuits sobre Dallas?

—Lleva semanas fuera del país —explica Dallas—. He recibido la confirmación esta misma mañana.

Dallas me coge la mano por debajo de la mesa. Quince ha utilizado sus contactos en el MI6 para seguir los movimientos de Carol Lucas a través de su número de pasaporte, y ha averiguado que ha estado viajando por Europa durante los últimos catorce días mientras su perro estaba en uno de los numerosos balnearios caninos de Los Ángeles.

Como es natural, y en lo que a mí respecta, la llamada de Quince no ha cambiado nada. Tanto Dallas como yo estábamos ya convencidos de que mi acosadora es la Mujer. Pero Nikki y Damien no saben nada de eso.

—Siento que os marchéis de la ciudad tan pronto —continúa—. Esperaba que pudiéramos pasar tiempo juntas. Pero yo haría lo mismo si fuera tú, e imagino que te sentirás mucho más segura en un apartamento con portero que en una casa aislada.

—Así es —reconozco—. Además, tengo muchas ganas de estar cerca de mi madre. Eso también es verdad. Aunque Dallas y yo no tengamos que poner a nuestros

padres al corriente, sigo queriendo estar cerca de mi madre.

La sonrisa de Nikki titubea.

—Yo nunca he pasado por ninguna crisis que me hiciera desear tener cerca a mi madre. De hecho, si me dieran a elegir, correría tan lejos y tan rápido como me fuera posible.

—Lo siento —farfullo, pero ella meneaba la cabeza al tiempo que Damien le cogía de la mano.

—Gracias, pero no pasa nada. —Nikki le dedica una sonrisa—. En realidad, es perfecto.

Es evidente que he tocado un tema sensible, así que trato de encontrar otra cosa de la que hablar y me decanto por Hollywood, mi guion y Lyle Tarpin —al que Nikki ha visto unas cuantas veces— y después otras cuestiones al azar, como lugares de vacaciones, planes de viajes y quién prepara el mejor cóctel de Los Ángeles.

En otras palabras, cosas de lo más normales.

Durante la comida, el móvil de Damien vibra sobre la mesa al recibir una docena o más de mensajes. Él no responde a ninguno, sino que sigue pendiente de nosotros y de la conversación, lo cual es muy amable por su parte teniendo en cuenta el imperio que dirige.

Pero en esta ocasión, cuando baja la mirada, no ignora el mensaje. Frunce el ceño mientras lo lee y luego pasea la mirada entre Dallas y yo.

—Es de mi relaciones públicas. Ahora mismo parece muy reducido, pero imagino que se volverá viral en una hora.

Sin darme cuenta, agarro a Dallas del brazo con tanta fuerza que es un milagro que no se le corte la circulación. Puedo sentir que está tan tenso como yo.

—Desembucha, tío —le insta Dallas, con la voz teñida de temor.

Damien toma aire y nos pasa su móvil. Hay un mensaje de texto abierto.

Re: Publicidad negativa del resort de Cortez. Señor Stark, lamento decirle que el mensaje adjunto acaba de surgir. Dado que implica a un inversor de Cortez, quería que lo viera lo antes posible.

Debajo del mensaje hay un icono minúsculo que representa una fotografía. Dallas la toca con el dedo y se agranda hasta ocupar la pantalla del móvil.

Sexo en cautividad!

Los ahora desheredados herederos Jane Martin y Dallas Sykes han sido últimamente noticia por sus calientes travesuras fraternales. Pero nueva información apunta a que esta pareja tiene una larga historia detrás, y que incluso perdieron juntos la virginidad cuando, con quince años, fueron víctimas de un secuestro que no llegó a denunciarse y por el que se pagó un rescate. Es verdad o es un espantoso rumor? Estamos deseando descubrirlo!

Se me encoge el estómago y por un momento pienso que voy a vomitar. Sigo agarrada con fuerza al brazo de Dallas y mantengo la mirada baja, fija en los restos de mi tortilla de patatas, hasta que me siento lo bastante calmada como para levantar la vista. Estoy segura de que Nikki o Damien van a preguntar por el secuestro, aunque no vayan un paso más allá para husmear en nuestra relación sexual.

Pero ninguno dice nada, cosa que les honra, y cuando Nikki me mira lo único que veo es una compasión tan sincera que me siento profundamente aliviada.

—¿Jane?

Dallas me aparta los dedos, tensos como garras. Me sostiene la mano y me mira con atención a la cara. Puedo ver su furia, reprimida por su preocupación hacia mí.

—Estoy bien —respondo—. Es que me ha pillado por sorpresa. —Hago una mueca—. Y me temo que los buitres van a estar acampados delante de nuestro apartamento cuando lleguemos a casa.

—Pues no vayáis allí —propone Nikki—. Al menos no todavía. Pasad otro día aquí.

—La casa será peor —señala Dallas—. El acceso es más fácil. Seguro que la calle es ya una pesadilla.

—Entonces quedaos en la isla —sugiere Damien, refiriéndose al resort de Cortez y al bungalow que Dallas tiene allí.

—¡Eso! —dice Nikki—. Manteneos fuera de los focos y reorganizaos. Aunque tan solo sea durante veinticuatro horas.

—Esto no se va a olvidar en un día —aduzco, pero mi protesta no es nada convincente. Quiero lo que ella ha sugerido. Un tiempo alejada de esta locura. Tiempo con Dallas.

Lo deseo, sí. Es más, creo que lo necesitamos.

—Tienes razón —continúa Nikki—. No va a olvidarse tan rápido. Pero sí pasará lo peor. Y lo que es más importante; estaréis en un lugar mejor. Marchaos a la isla. Pasad de los móviles, del ordenador y de internet.

Miro a Dallas y sé que puede ver las dudas en mis ojos. «¿Podemos hacerlo?

Dijimos que les contaríamos todo a nuestros padres. ¿Podemos esperar un día más?»

—Creo que tiene razón —asevera Dallas—. Creo que deberíamos tomarnos un día.

Yo asiento, tan aliviada que tengo la sensación de que podría flotar hasta el techo si Dallas no me tuviera cogida de la mano. No quiero enfrentarme a mis padres con esta noticia tan reciente, como una herida abierta en nuestra familia. Necesito tiempo para pensar. Para recuperarme. Para estar con Dallas antes de que empiece la locura.

Entonces la realidad me golpea como un alfiler y me desinflo un poco.

—Aun así, tenemos que pasar por casa. Todas nuestras cosas están allí.

—Dime qué necesitáis y enviaré a alguien a por ello. O puedo ocuparme de que un equipo de seguridad os acompañe. Lo que prefiráis.

—Gracias —dice Dallas—. Aceptamos tu ofrecimiento.

—Sí —convengo—. De verdad que... Oh, mierda. Me había olvidado de Brody y de Stacey. —Miro a Nikki y a Damien—. Acabamos de ofrecerles el bungalow a mi mejor amigo y a su mujer. Llegan hoy.

—Pues podéis quedaros en el nuestro —ofrece Nikki—. Mejor aún, alojad a vuestros amigos ahí y vosotros os quedáis en el vuestro.

—¿Estáis seguros?

Stacey es una gran aficionada al tenis y Damien fue tenista profesional hasta que lo dejó para fundar un imperio. Para ella, la idea de quedarse en el bungalow de Damien Stark es como decirle a un crío que va a dar una vuelta en el trineo de Papá Noel.

—Será todo un placer para nosotros —responde Damien.

—Id allí —añade Nikki—. Disfrutad de vuestros amigos. Relajaos. E intentad escapar del mundo, aunque sea solo durante un rato.

Amantes y amigos

Stacey quiere anunciar de forma oficial que dormir en la cama de Stark es como estar en el mismísimo paraíso —dice Brody mientras paseamos descalzos por la playa privada de la zona cerrada de la isla—. Personalmente creo que eso es un poco morboso, pero como el morbo es lo mío, voy a dejarme llevar.

Le doy un empujón con el hombro.

—Eres un buen marido.

—Eso le digo. En serio, gracias por conseguirnos el bungalow. Y por darle a Stark su dirección de email. El mensaje que Nikki y él nos han enviado para explicarnos dónde están algunas cosas en el bungalow y asegurarnos que debemos sentirnos como en casa ha sido todo un detalle. Y no me cabe la menor duda de que Stacey va a imprimirlo y a enmarcarlo en cuanto regresemos a Nueva York.

—No hay de qué. Y Nikki quería asegurarnos que erais bienvenidos.

Stacey y él han llegado hace más o menos una hora y hemos ido a recibirlos al helipuerto. Tras mostrarles el bungalow de Stark, hemos hecho un recorrido rápido e informal por la isla y les hemos enseñado los principales atractivos, como la pequeña pero bien abastecida bodega, el restaurante y el spa.

Luego Stacey se ha ido a deshacer las maletas mientras Dallas hablaba por teléfono desde nuestro bungalow. Eso es al menos lo que han dicho. Brody y yo sabíamos que la verdad es que nos estaban dejando un rato a solas para que nos pusiéramos al día.

—Me alegra que estéis aquí —digo con sinceridad—. Te echo de menos. No te he visto desde...

Mi voz se apaga poco a poco.

El sol brilla demasiado, la playa es muy bonita, el cielo es demasiado azul. No quiero pensar en lo que ha ocurrido.

—¿Desde que esa zorra te atacó? —concluye Brody, incapaz de leerme el pensamiento, claro.

—Las cosas han sido un poco moviditas desde entonces —contesto con sequedad.

—Sabes que estaba histérico, ¿no? ¿No te lo ha contado tu madre? Es decir, entiendo por qué querían ir con cuidado, pero yo estaba muerto de miedo.

Le cojo la mano y se la aprieto.

—Yo también te he echado de menos.

Brody me mira de reojo.

—Bueno, ¿qué tal estás? De verdad.

Frunzo el ceño mientras pienso en ello.

—Me siento expuesta. Sensible. Y vulnerable. Esa mujer salió de la oscuridad y me atacó. Y después le hizo eso a un pobre perro.

Me estremezco y me rodeo con los brazos.

—¿Y Dallas?

Solo su nombre me hace sonreír.

—Hace que me sienta a salvo.

Es una respuesta simple, pero la verdad suele serlo, y esa es la verdad más esencial entre nosotros: hacemos que el otro se sienta a salvo.

—Me alegro de oírlo, pero quería decir que qué tal lo lleva. Me refiero a que te hayan agredido. Y también a la noticia que acaba de saltar a la prensa.

Tuerzo el gesto.

—Lo has visto. Genial, ¿eh? No van a tardar mucho en ofrecernos un *reality show*.

—¡Bien dicho! —exclama Brody, y se encoge de hombros cuando le lanzo una mirada inquisitiva—. Es bueno conservar el sentido del humor. No con respecto al acosador, pero ¿con la prensa sensacionalista? Que les den, nunca te los quitarás de encima. De todas formas, no has respondido a mi pregunta. ¿Qué tal lleva Dallas todo esto? Sobre todo tu agresión y ese horror con el perro.

—Está furioso —reconozco—. Y se siente impotente.

Brody enarca las cejas y yo pongo los ojos en blanco.

—No, en ese terreno nos va bien —señalo—. El problema está más que resuelto.

—También me alegro de oír eso.

—Me refiero a que quiere intervenir y ser mi protector, pero no sabe de quién protegerme.

—¿No tenéis la más mínima idea?

—Estamos convencidos de que se trata de la Mujer —confieso, encogiéndome de hombros—. Pero ¿quién demonios es ella?

—Alguien a quien habéis visto antes.

—Sí, ya. La vi en una celda hace diecisiete años.

Él meneaba la cabeza.

—No, lo que digo es que no ha aparecido de la nada después de tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo. Dallas y yo hemos hablado de eso. Nos ha estado vigilando todo este tiempo. Resulta escalofriante.

—Ya lo creo.

Me agacho para coger una concha y la arrojo de nuevo al mar.

—¿Qué has dicho hace unos segundos?

—¿Que no ha aparecido de la nada?

Meneo la cabeza.

—No. Has dicho que la hemos visto antes. —Me doy golpecitos con el dedo en la barbilla mientras pienso, intentando ordenar mis pensamientos—. Es muy obvio, pero nunca lo había analizado de ese modo. Me la imaginaba vigilándonos. No que nosotros la veíamos. Pero es muy probable que nos hayamos fijado en ella. Hasta puede que hayamos hablado con ella.

—Tal vez en una de las célebres fiestas de Dallas.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Qué bien! Acabamos de reducir la lista de sospechosas al noventa y cinco por ciento de la población femenina de Manhattan.

—Sí, pero puedes reducirla más. La mayoría de las chicas de esas fiestas son solo eso: chicas. Pero si tu agresora es la Mujer, tiene que ser mayor, ¿no?

—Cierto. Pero había un montón de mujeres mayores disputándose la posibilidad de engañar a sus maridos con Dallas. —Tuerzo la boca en un gesto irónico—. Seguro que hasta formaron un grupo de WhatsApp.

Brody me ignora.

—También podría ser alguien del barrio. No necesariamente un residente. Una limpiadora, o incluso una de las mujeres de servicio a media jornada o de las cocineras de Dallas. Después del secuestro, se abrió paso en su vida. Quiere estar cerca de él. Joder, tiene que estar cerca de él.

—Pero si yo soy su rival, ¿por qué no me mató en la calle? Pudo haberlo hecho sin problemas.

Eso es cierto. Lo detesto, pero es cierto.

—¿Quién sabe? Puede que tuvieras suerte. A lo mejor tiene algo parecido a una conciencia. O tal vez le guste la teatralidad que conlleva jugar a un juego.

—La teatralidad —repito asqueada. Recuerdo cuando me ataba para poder torturar a Dallas. Recuerdo lo que Dallas me ha contado sobre lo que le hacía, sobre los enfermizos juegos a los que le obligaba a jugar. Cómo se corría con eso—. Has dado en el clavo —afirmo, enfrentándome a los ojos de Brody—. No cabe duda de que está jugando.

—Lo sé. —Su voz es grave, más seria que nunca—. Esperemos que pierda.

Perspectivas

Dallas estaba en el porche trasero; contemplaba el Pacífico, respiraba la brisa del mar y escuchaba las olas rompiendo en la playa. Alcanzaba a ver a Brody y a Jane a lo lejos y los observó mientras regresaban. La vista transmitía paz, era muy hermosa, y le cabreaba haber acudido a ese lugar tan perfecto no para hacer una escapadita romántica, sino para huir del infierno de la prensa sensacionalista. Sin olvidar a la puñetera acosadora.

«¡Me cago en la puta!»

Brody se desvió en la playa hacia el bungalow de Stark y Jane apretó el paso hasta que empezó a correr con suavidad en dirección a Dallas.

—Hola —dijo, contemplando su rostro—. Tenemos esto. Podemos con esto.

Él enarcó una ceja.

—¿Podemos con eso? ¿Nuestros secretos más íntimos lanzados a los cuatro vientos por los malditos medios como si fuera un mero entretenimiento?

Ella se limitó a mirarle durante un instante. Luego le sorprendió al echarse a reír. De hecho, se reía con tantas ganas que tuvo que apoyarse contra la pared.

—Joder, Jane —farfulló.

Pero cuanto más reía ella, cuanto más levantaba la mano para indicarle que no podía hablar, más se tranquilizaba él. Y cuando la estrechó entre sus brazos, estremecida aún por la risa, lucía una sonrisa en los labios. Aunque era más por ella que por cualquier posible rastro de humor en la situación.

—Háblame —le pidió cuando se relajó por fin en sus brazos.

Jane inclinó la cabeza con una expresión divertida en la mirada.

—Lo siento. Lo siento. Pero vamos, Dallas. Nuestros secretos ya son públicos. Ya somos un entretenimiento. Y, joder, puede que todos los imbéciles que han estado

diciendo que somos asquerosos den un paso atrás ahora que saben más sobre lo que sucedió.

—¿Quieres que sepan más?

Jane sacudió la cabeza.

—No... Dios mío, no. Quiero que todo esto desaparezca. Pero...

—Pero ¿qué?

—No va a desaparecer. Tenemos que aguantar las cámaras y los rumores, y es espantoso, pero es lo que hay.

—Lo sé —repuso—. Pero no se trata de eso.

—Entonces ¿de qué se trata?

Él meneó la cabeza y dio un paso atrás mientras se pasaba los dedos por el pelo, tratando de ordenar sus pensamientos. Intentando comprender su propia reacción. Porque lo cierto era que ella tenía razón. Aquello era solo otra cosa más. Otra carga más. Otro hueso más para que masticaran los perros de la prensa.

Salvo que no se trataba de los medios. Se trataba de ellos. O, más concretamente, de que siempre eran objeto de la atención de la prensa. Y no porque Jane estuviera muy sexy con un vestido cuando desfilaban por la alfombra roja de algún evento benéfico en Hollywood. Ya ni siquiera porque se rumoreara que Dallas se estuviera follando a la última actriz de moda.

Por el contrario, los rumores se centraban en su relación, condenada de antemano. Un hermano y una hermana enamorados y desheredados. Una tragedia que se retransmitía en internet. Y cada captura de pantalla, cada titular, cada mención a algún programa de cotilleos sobre famosos gritaba al mundo entero que lo que Dallas y Jane sentían el uno por el otro estaba abocado al fracaso. Y algo peor.

Que estaba mal.

Que era sucio.

Un pecado.

Ella era la mejor parte de su vida, y sin embargo lo único que el mundo les devolvía era lodo y vergüenza. Incluso en su propia familia.

Odiaba eso.

Le cogió la mano con brusquedad y la atrajo con fuerza. Jane ahogó un grito de sorpresa y trastabilló un poco. Pudo ver la expresión inquisitiva en sus ojos y por eso reclamó su boca antes de que ella pudiera esquivarlo. Fue un beso duro, casi desesperado. Era una poción mágica, una entrada, una ventana a un mundo sin sus

pensamientos oscuros, sin sus frustraciones burlonas. Un mundo en el que solo estaban Dallas y Jane. Amor sin todas esas malditas cadenas y obstáculos.

—Te necesito —susurró cuando interrumpió el beso el tiempo necesario para quitarle la camiseta por la cabeza.

No llevaba nada debajo, de modo que estaba delante de él con solo unos pantalones cortos de hacer ejercicio; sus pechos eran generosos y su piel lucía sonrosada. Tenía los labios inflamados a causa del beso. Sus piernas estaban un poco separadas y Dallas se frotó con suavidad los dedos índice y pulgar, imaginando lo resbaladiza que estaba, lo dulce que sabría. Su polla, dura ya como una piedra dentro de los baratos pantalones cortos de hacer deporte que se había puesto en cuanto llegaron al bungalow, palpitaba de manera casi dolorosa.

La obligó a ladear la cabeza con brusquedad, haciéndola jadear. A continuación, emprendió un sendero de besos por un lado de su garganta mientras se deleitaba con los sonidos que escapaban de sus labios a medida que la necesidad se abría paso en ella.

—Dímelo —exigió mientras seguía bajando, moviendo con rapidez la lengua sobre su pezón—. Dime que sabes que eres mía.

Le mordió el pezón mientras deslizaba los dedos dentro de sus pantalones y sus bragas y gemía al ver lo mojada que estaba.

—Sí. —Su voz era apenas un gemido—. Sí, Dallas. Lo sé. ¡Ay, Dios!

Las palabras se desgarraron de su garganta cuando sus dedos se hundieron en ella y sus músculos se contrajeron para ceñirlos.

—Dime que quieres que te folle.

Sus dedos entraban y salían de ella, acariciando su clítoris con cada embate prolongado y profundo.

—Sí. Por favor, por favor, Dallas. ¡Sí!

—Oh, Dios. —Quería provocarla. Ir poco a poco. Pero su voz denotaba una necesidad tan absoluta que ya no pudo esperar más. Tenía que estar dentro de ella, así que extrajo los dedos de su interior, arrancándole un gruñido de frustración que no tardó en convertirse en un jadeo cuando le bajó los pantalones y las bragas—. Quítatelos del todo —ordenó, y en cuanto ella lo hizo, le asió el trasero con ambas manos y la levantó—. Cabálgame —exigió—. Rodéame las caderas con las piernas y cabalga mi polla.

Sostuvo su peso mientras ella descendía de forma que el glande rozara su coño.

Tuvo que esforzarse para no correrse en el acto. Deseaba estar dentro de ella, pero durante un instante temió perder la erección. «Joder, no.» Ahora no. No esa noche.

Y como si quisiera comprobarlo, dio un paso al frente para que el lateral de la casa sostuviera parte de su peso y luego la urgió para que descendiera más, empalándose por completo en su polla.

—Bésame —exigió, y se apoderó de su boca con brusquedad, iniciando con su lengua un combate tan ardiente y desenfrenado como los embates de su polla—. Tócate —le pidió cuando sintió que su cuerpo se tensaba. Jane estaba cerca, muy cerca, y quería sentirla estallar a su alrededor. Deseaba que se rompiera por completo en sus brazos—. Desliza la mano entre ambos y acaríciate el clítoris.

Ella obedeció y Dallas la besó de nuevo, tironeando de su labio, sumergiéndose a fondo en su boca. Provocando la comisura mientras el movimiento rítmico de su mano sobre su clítoris, la forma en que sus dedos le rozaban por la proximidad de sus cuerpos, hacía que su piel ardiera.

—Dime que estás cerca —le pidió cuando supo que ya no podía aguantar mucho más.

—Sí. —Su voz era apenas un susurro—. Dios mío, sí.

—Eso es, cielo. Córrete para mí. —Sintió que el cuerpo de Jane ceñía su polla, que sus piernas se estremecían con el creciente placer y su satisfacción le propulsó—. Ahora —gritó—. Oh, Dios, Jane, ahora.

Se tensó a su alrededor y Dallas estalló dentro de ella. Cabalgaron la ola juntos, con fuerza y a fondo, hasta que ambos dejaron de temblar y las piernas de Dallas ya no pudieron más y los dos cayeron al suelo del porche, saciados e inermes.

Se quedaron ahí, jadeando, durante lo que parecieron horas, aunque en realidad no fueron más que unos minutos. Después, ella se apoyó en un codo.

—Ha sido increíble —dijo—. ¿Vas a contarme qué lo ha provocado?

—Puede que esa camiseta tan mona me haya vuelto un poco loco.

—Ajá. Prueba otra vez.

—Adivínalo tú.

Ella exhaló un suspiro.

—Que le den al mundo, Dallas. ¿Qué nos importa a nosotros?

Él ladeó la cabeza.

—¿De verdad lo crees?

Jane consideró la pregunta y suspiró mientras meneaba la cabeza.

—No, aunque intento convencerme. Pero, venga ya, durante años has vivido como un icono del hedonismo. Deberías de estar familiarizado con esto.

—Lo estoy —reconoció—. Y lo que me molesta no es la atención en sí, sino lo que dicen de nosotros. Creo que podría soportarlo si... —Se interrumpió.

—Si mamá nos apoyara —terminó con voz queda, porque sabía adónde quería ir él a parar—. Y es posible que papá acabe por entrar en razón con el tiempo.

—Yo no apostaría el rancho.

Ella enarcó las cejas.

—¿Tenemos un rancho?

Dallas contuvo una carcajada mientras le cogía la mano y la acercaba a él para estrecharla entre sus brazos.

—De todas formas, supongo que no es solo mamá y papá. Puede que no me guste compartir nuestra historia con el mundo. —La besó con suavidad, convencido de que podría estar así con ella para siempre—. Eras mi secreto inconfesable allí, en la oscuridad, donde nadie lo sabía.

—Pero lo saben. Así que ¿en qué me convierte eso?

—Ahora eres mi más dulce fruta prohibida, un delicioso tabú.

La risa bailaba en los ojos de Jane.

—Bien, porque tú eres el mío —dijo.

Tiró de ella para que se pusiera en pie, la condujo al interior de la casa y se tumbaron todo lo largos que eran en el sofá. Dallas inspiró, calmado por el aroma fresco y familiar de su champú.

—Adele tenía razón —comentó con aire pensativo—. Predijo que alguien acabaría filtrando todo el asunto del sexo durante el cautiverio y no se ha equivocado en nada. Aunque en cierto modo esto es algo bueno.

—¿Bueno? No veo cómo.

—Demuestra lo que ya sospechábamos. Que Colin ha mentido sobre que la Mujer estaba muerta. No está muerta; está vivita y coleando. Ella es la filtración, cielo. Las únicas otras personas que lo saben son gente en la que confiamos. Lo que significa que si podemos seguir la filtración hasta su fuente, la tenemos. Ahora solo necesitamos tiempo.

A la mañana siguiente, Dallas contemplaba el magnífico mar que llenaba su campo

de visión. Estaba descalzo, sentía la arena fría y firme bajo sus pies que, sin embargo, se movía cada vez que las olas lamían la orilla. Puede que no lo suficiente para tirarle al suelo, pero sí para que tuviera que reajustar su equilibrio.

Toda una metáfora de su vida.

Allí, en la isla, todo era perfecto. Pero no podían quedarse para siempre, tarde o temprano tendrían que regresar al mundo real.

Maldita sea, no estaba preparado. No lo estaría hasta que supiera que Jane estaría a salvo.

Tomó aire y apartó esos pensamientos de su cabeza. Luego permaneció unos instantes más disfrutando del sonido de las olas y del olor del agua salada. Un par de gaviotas se lanzaron en picado sobre el mar un poco más allá de donde rompían las olas y cuando una emergió con un pez que no paraba de sacudirse, la otra expresó su aprobación o su irritación con un graznido por no haber conseguido el desayuno.

Estaba mirando hacia el oeste y por eso el amanecer era menos vibrante, aunque igual de espectacular. El gris del alba había dado paso a un azul intenso en el que ahora se intercalaban tonalidades doradas, amarillas y anaranjadas, que darían paso a un añil vibrante a medida que avanzara la mañana.

Echó un vistazo a su reloj y desenterró los pies de la arena en la que se habían hundido. Había salido con la misión de volver con tacos para desayunar, pero la mañana era tan clara que había decidido recorrer a pie el largo camino hasta el restaurante, siguiendo la playa desde su patio trasero privado hasta la zona principal del complejo turístico.

Pensó en despertar a Jane para que se uniera a él, pero dormía plácidamente y prefirió despertarla con suavidad cuando llegara con el desayuno. Y tal vez con un cóctel mimosa. Sin duda podría conseguir una botella de champán en el restaurante.

Además, quería ponerse al día con Liam y con los chicos. Y no le apetecía mantener esa conversación delante de Jane. No tenía intención de ocultarle el estado de la investigación, pero se suponía que estaban en la isla para escapar, no para revivir el horror.

Escapar. Sonrió para sus adentros mientras caminaba. Eso era cierto. Había venido a este lugar con la intención de escapar de todo. De todo salvo de Jane, por supuesto. No podría escapar de ella aunque quisiera. Era la llave de su vida, de su corazón. Joder, tal vez incluso de su cordura.

Ella le había asegurado que se adentraría con él en la oscuridad y esa promesa tenía

el poder de doblegarle. Pero empezaba a darse cuenta de que ya no necesitaba la oscuridad. Solo la necesitaba a ella. Todo aquello que había deseado se disipaba cuando ella estaba cerca, no era rival para la profundidad de lo que sentía por ella.

Claro que seguía disfrutando del sexo duro. Claro que se empalmaba con solo saber que ella se sometería a su voluntad. Que se entregaría a su disfrute y, más aún, que era responsable del suyo. Que le estaba entregando todo a él. Que confiaba en él por completo.

Pero no ansiaba la perversión, sino a Jane. El placer de sentirla contra él. El calor de su piel. La fascinación de su tacto. Salvaje, tierno, duro, natural. Lo quería todo. Joder, con Jane lo necesitaba. Necesitaba su tacto, la manera en que se entregaba a él, tanto como necesitaba respirar. No como un modo de castigo, sino como una forma de placer. Como un regalo para ambos, cada roce les catapultaba más arriba y los acercaba más.

Todavía luchaban contra sus demonios —joder, era probable que siempre lo hicieran—, pero, por lo general, capeaban el temporal.

Era alucinante.

Pero seguía habiendo un agujero en su corazón, porque por muchas cosas que hubieran superado, en resumidas cuentas, no podían estar juntos. Jamás se presentaría ante el altar y la vería acercarse vestida de blanco. Nunca vería iluminarse el rostro de su abuela cuando cortaran la tarta durante el banquete de boda, ni vería a Jane bailar la primera pieza con su padre.

Y, desde luego, jamás vería a Eli entregándosela a él.

«¡Mierda!»

Quería todo eso; lo deseaba. Pero sabía que jamás lo tendría.

Su móvil sonó y se detuvo para sacarlo del bolsillo, imaginando que sería Jane, pero era una llamada de Liam que había pasado al buzón de voz y se acercó el aparato a la oreja para escuchar la información de última hora mientras caminaba.

En el mensaje, Liam repasaba todos los puntos muertos, como los intentos de localizar a quien se había llevado al perro de Carol Lucas de la residencia canina, la información sobre la búsqueda de la furgoneta en diversas grabaciones de cámaras de tráfico y de vigilancia en un intento por conseguir una imagen del chófer y del pasajero, y los progresos de Quince con Colin, que eran muy escasos. En otras palabras: nada.

—Eso es básicamente todo —continuaba el mensaje de Liam—. Seguimos tirando

de los hilos. Estamos analizando el papel en el que están escritas tus cartas, comparando las listas de invitados de todas tus fiestas a lo largo de los años y verificando los nombres con sus cuentas en las redes sociales para ver si aparece alguna chalada. Pero no va a ser rápido. Nos enfrentamos a una psicópata muy inteligente. Así que vigila tu espalda. Y cuida de Jane.

Dallas frunció el ceño. Le hubiera gustado que las noticias fueran mejores. Empezó a escribir una respuesta para Liam, pero decidió no hacerlo. Su amigo no necesitaba ninguna aportación suya y él deseaba escapar un día más.

Cuando levantó la mirada, las mujeres en la playa se habían aproximado lo suficiente como para reconocerlo y las saludó con la mano. La morena alta con un tatuaje muy realista de un ave en el brazo y el hombro era Cass, la mejor amiga de Sylvia, que a su vez era la antigua asistente de Stark y actual directora de proyecto del resort de Cortez. Pero no era Sylvia quien paseaba junto a Cass, sino una pelirroja delgada que reconoció como Siobhan, su novia.

—No sabía que estabais en la isla.

Cass meneó la cabeza.

—No tendríamos que estar aquí. Syl y Jackson tenían intención de venir anoche con los chicos para pasar unos días de descanso, pero Jeffery cogió una infección de oído y han tenido que quedarse en casa. —Asió a Siobhan de la mano y esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Pero ha salido bien. No hay un lugar mejor para una celebración que este, ¿verdad?

—¿Qué celebráis? —Como si ambas estuvieran esperando a que él hiciera la pregunta, mostraron la mano izquierda, revelando unas alianzas de plata a juego con símbolos celtas—. Os habéis casado. Es maravilloso. ¡Enhorabuena!

—Todavía no. Pero nos hemos prometido.

—Ella hizo la pregunta —explicó Siobhan con una sonrisa—. Se puso de rodillas y todo; fue muy cursi e increíblemente alucinante.

—No tenía anillo, pero no quería esperar. Estábamos jugando al minigolf, nada menos, y estaba perfecta.

—Así que utilizó uno de los aros de su oreja —continuó Siobhan—. No me valía, pero me lo puse en la punta del meñique hasta que pudimos ir a comprar unas alianzas a juego. —Se llevó la mano de Cass a los labios y la besó—. Y aquí estamos.

—¿Cuándo es el acontecimiento?

—Aún no tenemos fecha. ¿Vendrás?

—No me lo perdería por nada.

Intercambiaron una mirada.

—¿Jane está aquí?

Dallas sintió que se le encogía el estómago. Cass no conocía a Jane, pero el hecho de que supiera de ella dejaba muy claro que había visto las publicaciones de los medios.

—Está en el bungalow.

—Genial. Nos encantaría conocerla. —Cogió la mano de Siobhan una vez más—. Oye, espero que esto no esté fuera de lugar, pero quiero decirte que lo siento por vosotros. Es decir, tendríais que poder estar con la persona a la que amáis, ¿me entiendes?

Esa era la pura verdad.

Y mientras las veía alejarse por la arena comprendió que tal vez, solo tal vez, había descubierto cómo. Aunque su padre continuara negándose a ayudarlos.

La eternidad y más allá

Dallas ha organizado un pequeño picnic en la zona privada de la playa que conformaba el patio trasero del bungalow. Me apetece mucho la idea y me vuelco de lleno; me he puesto un escueto bikini negro que sin duda ha sido diseñado para absorber la máxima cantidad de sol posible. Me he atado un pareo a la cadera, pero más por estar a la moda que para taparme, ya que la abertura lateral revela una buena porción de cadera y el muslo entero.

Dallas también se ha vestido de manera informal, con unos pantalones cortos y un polo de manga corta Henley que acentúa su bronceado y los músculos tonificados de sus brazos. El picnic es agradable, pero me basta con estar aquí y deleitarme con las vistas.

Una manta hace las veces de mesa de comedor y estamos disfrutando de un almuerzo increíble a base de fruta fresca y lomos rellenos de salmón que ha preparado Dallas. Tomo un bocado y suspiro de placer antes de beber otro sorbo de vino mezclado con Sprite Light, una bebida que Dallas considera una blasfemia, pero que a mí me resulta muy refrescante y perfecta para la playa.

Dallas me mira a los ojos y, por alguna razón, yo me echo a reír.

—Vale —dice—. Cuéntamelo.

—No sé qué es lo que me hace gracia. A lo mejor es que estoy agradecida por tener un novio que sepa cocinar.

—Novio —dice, como si le diera vueltas al término y lo examinara desde todos los ángulos—. Creo que es la primera vez que me llamas así.

Yo me encojo de hombros mientras los fríos dedos del descontento se acercan a mí.

—Bueno, es la verdad.

—La más absoluta verdad —replica, y la pasión en su voz es inconfundible.

—Quiero más. —Confieso en voz queda, y juego con el tallo de mi copa de vino mientras lo digo—. No sé, Dallas. No quiero estar cabreada con papá por no acceder a anular la adopción, pero sí lo estoy. No comprende nada. Y tú y yo... ya hemos perdido demasiado tiempo.

Él me mira durante un momento y luego se levanta y se arrodilla delante de mí, apoyando las manos en los brazos de mi silla de playa, de forma que estoy atrapada y muy, muy cerca de él.

—Te quiero —dice.

—Más te vale —respondo.

Sus labios ni siquiera se mueven y sus ojos no se apartan de los míos.

—Te quiero —repite, y extiende la mano—. Ven conmigo.

No tengo más alternativa que hacer lo que me dice y me lleva hasta el punto en que el mar recibe a las olas que van y vienen con una cadencia atemporal.

Estoy a punto de preguntarle de nuevo qué estamos haciendo allí cuando me acerca a él y me besa con dureza, un beso profundo y tan apasionado que parece que nuestros labios hayan prendido un millar de regueros de fuego que ahora me iluminan por dentro.

Me quejo cuando se aparta porque, aunque deseo decirle lo que pienso, no quiero que el beso termine.

—Dime que no puedes vivir sin esto —susurra.

—Sabes que no puedo.

—Dime que me deseas.

—Te deseo —susurro—. Sabes que sí.

—Hoy en la playa le he estado dándole vueltas a la cabeza y me he dado cuenta de que ya no quiero esperar más. Así que he ido a la tienda de regalos y he comprado una cosa.

Estoy a punto de preguntarle que de qué está hablando, cuando se arrodilla y sostiene en alto un anillo verde azulado de macramé. Es tan ridículo, y sin embargo su expresión es tan seria, que las lágrimas me anegan los ojos y me llevo los dedos a la boca.

—Cásate conmigo, Jane.

Una lágrima escapa y noto el sabor de la sal cuando abro la boca para decir con la voz entrecortada:

—Dallas, ¿qué...?

—Te quiero —me interrumpe—. Te he querido desde que me alcanza la memoria y te querré el resto de mi vida y más aún. No quiero pasar un solo día sin ti. Tú me inspiras. Haces que me sienta humilde. Eres mi mejor amiga y mi pasión más profunda. Mi otra mitad. La mejor parte de mi alma. Por favor, Jane Martin. ¿Serás mi esposa?

No estoy segura de cuándo ha ocurrido, pero yo también estoy de rodillas y él me está poniendo el estúpido anillo en el dedo, que aprieto contra mi pecho mientras las lágrimas manan con tanta intensidad que soy incapaz de articular palabra.

Quiero apretarlo contra mí y besarle con pasión; quiero sacudirle de los hombros y exigirle que me diga qué demonios se ha fumado.

Irradio felicidad por los cuatro costados; soy muy desgraciada.

Le quiero... y sin embargo ambos sabemos que no puedo tenerle. Y no entiendo por qué está jugando a este juego cruel, atormentándonos a los dos con algo que está fuera de nuestro alcance.

Dallas ahueca la mano sobre mi mejilla.

—Di algo, cielo. Si es por el anillo, te prometo que te llevaré a Tiffany's cuando volvamos a casa.

Se me escapa una carcajada, que se impone a mis cada vez más abundantes lágrimas.

—Ni hablar —consigo decir—. Me encanta el anillo. Lo que pasa es que... no sé por qué haces esto. No podemos... sabes que no podemos. No hay ningún estado... ningún país... en el que podamos casarnos, y si papá no consiente...

—Razón de más para que sigamos adelante y lo hagamos.

—Lo que dices es una insensatez, Dallas.

—Estoy hablando de ti y de mí. —Me limpia las lágrimas de las mejillas con el pulgar—. Puede que estemos un poco locos, pero quiero hacer esto.

—¿Hacer qué?

Mi tono suena exasperado, pero me siento como una niña a la que le han enseñado la tarta de chocolate más deliciosa a la que sin embargo jamás podrá hincar el diente.

—Esta mañana me he encontrado con Cass y con Siobhan en la playa y su compromiso me ha hecho pensar en mi amigo Jared, de St. Anthony. ¿Te acuerdas de él?

—¿El chico con el que Quince y tú estudiasteis? ¿El que estaba obsesionado con *Dr. Who*?

—El mismo. Es gay y hace unos trece años se casó con William, su pareja.

Frunzo el ceño.

—¿Dónde vivían?

—En Chicago. Él es estadounidense como yo. Solo estaba allí por los estudios.

—Pero... espera. No hace tanto tiempo que se legalizó el matrimonio homosexual.

—Lo hicieron ellos mismos. Organizaron una ceremonia con amigos y fue muy bonita. Quince y yo asistimos. Se ocuparon de que redactaran los documentos para la cuestión patrimonial y sucesoria. No fue un matrimonio legitimado por el estado, sino uno hecho a su medida.

—Ah —digo, y por fin comprendo adónde quiere llegar.

—Podemos celebrar una ceremonia así. Modificamos nuestros testamentos. Redactamos un acuerdo de pareja. Contratamos a un abogado y nos ocupamos de la cuestión sucesoria. El resto somos solo tú y yo, decidiendo hacerlo.

Me aprieta la mano.

—Y en algún momento te compraré un anillo mejor.

Me echo a reír.

—Me encanta lo que propones. Pero no es lo mismo, Dallas, ellos siguen ganando y...

—No —dice, meneando la cabeza—. Eso es lo bueno. Ellos no ganan. Ganamos nosotros. Porque estamos cambiando las reglas. Le arrebatamos el control a la gente que se atreve a decir lo que tenemos que ser el uno para el otro. Y estaremos juntos. Di que sí, cielo. Di que sí y sé mi esposa.

—Sí —respondo, y le rodeo con los brazos mientras no dejo de reír de felicidad—. Sí, sí y un millón de veces sí.

Entonces él me besa, caemos sobre la arena y las olas nos salpican, haciéndome chillar. Intento apartarme, pero él me retiene, me sujeta de las muñecas y se coloca a horcajadas sobre mi cintura.

—Y ¿sabes qué es lo mejor de todo? —añade con una sonrisa traviesa.

—¿El sexo?

Dallas esboza una sonrisa amplia, pero por lo demás me ignora.

—Si alguna vez vendemos nuestra historia, puedes escribirla tú.

—Eso no es lo mejor —replico—. Lo mejor de todo es que tendremos un final feliz.

—Sí —dice, mirándome con tanta ternura que casi me derribo—. Lo tendremos.

Sigo atrapada debajo de él, pero cuando se acerca otra ola, el frío hace que ahogue un grito y que menee las caderas.

—Y mientras tanto seguimos teniendo el sexo.

Su boca tiembla.

—Oh, sí —conviene—. Desde luego que sí.

Se levanta y me coge en brazos, sorprendiéndome cuando me carga sobre su hombro y me propina una palmada en el trasero.

—¡Dallas! —chillo, pero la protesta es pura fachada.

Iré de forma voluntaria allá adonde me lleve. Solo que no deseo ir lejos.

Él tampoco, y por eso me deposita con cuidado sobre la manta después de dar unos pocos pasos.

—¿Aquí? —pregunto, casi sin aliento.

—Aquí. Ahora. No quiero dar un paso más sin estar dentro de ti. Quiero ver el cielo azul sobre nosotros y el calor del sol rivalizando con el que provoca tu tacto sobre mi piel.

Todavía está de pie y disfruto viendo la camiseta y los pantalones empapados y pegados a su cuerpo perfecto. Está empalmado y puedo ver el contorno de su polla tensando los pantalones. Se tumba a mi lado y me apoyo en un codo mientras él se acerca a mi oído y me susurra con tanta suavidad que su aliento hace hormigear mis sentidos y me provoca escalofríos en la espalda.

—Hemos desperdiciado el tiempo. Pero eso no va a volver a repetirse.

—¿De veras?

—Por supuesto que no.

Su boca roza apenas mi mejilla mientras murmura las palabras y, maldita sea, ya no puedo aguantar más. Giro la cabeza para encontrarme con su boca y suspiro de placer cuando él se abre a mí.

Sabe al cabernet que ha estado bebiendo y la forma en que su lengua me atormenta me tiene tan embriagada que pienso que tal vez esté ebria de él. Un gemido débil escapa de mis labios mientras dejo que profundice más y me pierdo en su sabor y en su tacto.

Me muero de ganas de él, estoy desesperada por sentir sus manos sobre mí. Ansío la tibieza de su piel contra la mía y el peso de sus caderas sobre mi pelvis. Deseo esa dulzura del clímax creciente mientras me provoca con suavidad, acariciando las

zonas sensibles, tocándome como si fuera un instrumento que está tratando de llevar a un audaz crescendo.

Necesito todo eso y, sin embargo, de momento no lo consigo, aunque no puedo quejarme de los milagros que obra con su boca. Tentando mis labios primero, salpicando mi mejilla de besos después.

Ahora sus dientes me mordisquean el lóbulo de la oreja y siento que reverbera por todo mi ser hasta acabar en mi sexo. Aprieto las piernas, desesperada por aplacar esta ansia creciente. Pero no es esa la satisfacción que deseo. Así que cambio de táctica y mientras su lengua recorre el contorno de mi oreja, provocándome escalofríos, introduzco la mano dentro de la braguita del bikini y deslizo un dedo sobre mi mojado coño. Cierro los ojos, dejando que me envuelva la sensación de la lengua de Dallas en mi oreja... y mi fantasía de que son sus dedos los que me acarician. Los que me excitan. Los que se adentran apenas entre mis pliegues y a continuación...

Me agarra con firmeza la muñeca y me doy cuenta de que ya no me está mordisqueando la oreja. Todo lo contrario; me fulmina con la mirada, con expresión seria y divertida al mismo tiempo.

—Ah, no —dice—. No te está permitido tocarte.

—¿A esto jugamos? —pregunto con total inocencia. Separo las piernas todo lo posible y le miro con los ojos muy abiertos—. Bueno, en tal caso, ¿por qué no te ocupas tú de mí?

—No.

Parpadeo. Esa no era la respuesta que esperaba.

—¿No?

—Quiero que supliques —dice, y dado que no siento la más mínima vergüenza en lo que a Dallas se refiere, le agarro la mano y la aprieto contra mi entrepierna mientras respiro de forma entrecortada.

—Por favor. Oh, Dios, Dallas, por favor.

—Bueno, ya que me lo pides con tanta dulzura...

Frota el pulgar sobre mi empapado bikini hasta que estoy justo al límite. Y solo cuando me ha puesto a cien desliza los dedos por mi entrepierna y me atormenta sin piedad, generando un torbellino de frenéticas sensaciones dentro de mí.

—Por favor —suplico, retorciéndome para librarme del pareo.

—No.

Su mano sobre la mía me impide seguir.

Frunzo el ceño.

—¿Qué...?

Pero no termino la pregunta porque me silencia con un dedo en la boca y luego me desata el pareo con una mano mientras con la otra se baja la cremallera de los pantalones. Me insta a alzar las caderas y se deshace del pareo. Luego, muy despacio y sin articular palabra, su mano asciende por mi cuerpo, dejando una estela de fuego a su paso.

Cuando llega a mis brazos, me anima a que los levante por encima de la cabeza y me rodea las muñecas con el pareo para atármelas. Me mira a los ojos; es imposible no ver en ellos el deseo, con cierto toque de humor también.

—Mía —susurra.

—Para siempre —convengo.

Dallas mantiene una mano en mis muñecas atadas e inicia un sendero de besos descendente por mi cuerpo. Utiliza los dientes para atrapar uno de los pequeños triángulos de tela que componen la parte superior del bikini y tira de él hacia un lado para liberar mi pecho. Tomo una bocanada entrecortada de aire y jadeo de placer cuando su boca coquetea con mi pecho.

Me muerde el pezón y arqueo la espada al sentir la dulce punzada, que va directa a mi sexo. Me retuerzo debajo de él porque lo deseo allí. Su boca en mi coño, su lengua en mi clítoris. Pero se está tomando su tiempo y no puedo negar que, aunque sus atenciones pausadas me resultan insoportables, su avance del pecho al canalillo y más abajo, hacia mi ombligo, está sembrando el caos en mis sentidos.

Separo las piernas y contoneo las caderas. Ansío su tacto, cualquier tacto; incluso el calor del sol sobre la braga de mi bañador resulta erótico.

Pero cuando su boca llega a la parte inferior del bikini pierdo la cabeza por completo. Porque es entonces cuando recorre con la lengua la leve hendidura de mi muslo entre la prenda y mi pierna. Tiemblo y me estremezco, a punto de perder el control con solo sentir su lengua mágica tan cerca... pero no lo suficiente.

Una vez más utiliza la boca para apartar la prenda y sus dientes rozan la carne inflamada y sensible. Grito mientras un estremecimiento me recorre y él introduce la lengua en mi interior; pronuncio su nombre y le suplico que me folle.

Él levanta la cabeza para mirarme a los ojos, rebosantes de pasión y picardía, y vuelve a agacharla entre mis piernas para lamer, succionar y atormentar mi clítoris

con tan frenético abandono que estoy segura de que voy a perder la cabeza antes de alcanzar el orgasmo y conseguir por fin un cierto y dulce alivio.

Contoneo las caderas. Jadeo. Soy presa del deseo. Por Dios, estoy perdida en las sensaciones que provocan su lengua, el sol, y el placer increíble que me produce que me tome aquí, bajo el cielo azul. Y justo cuando creo que esto no terminará jamás, cuando pienso que me voy a volver loca al filo del placer, mi cuerpo se estremece una última vez antes de que todo estalle dentro de mí y me rompa en mil pedazos.

Dallas no se detiene. Es implacable, alimenta mi orgasmo hasta que me recorren las últimas y electrizantes chispas. Y entonces me suelta las muñecas. Usa los dedos para apartarme la braguita del bikini.

Por fin me penetra con fuerza. Estoy tan excitada que elevo las caderas para recibirle, me acoplo a su ritmo, y jadeo mientras el placer va en aumento, más profundo y más ardiente esta vez.

Le sigo poco después de que estalle en mi interior y ambos nos derrumbamos, jadeantes en medio de la burbuja sexual que nos envuelve aún, tan caliente como el sol y tan brillante y limpia como el cielo azul.

Y en ese momento, entre los brazos de Dallas, no puedo evitar pensar que, al menos durante este breve momento suspendido en el tiempo, todo es perfecto.

Sé que es una ilusión. Pero me aferro a ella. La saboreo antes de que inevitablemente tengamos que regresar al mundo.

Algo de qué hablar

Dallas y yo paseamos cogidos de la mano por el resort de Cortez, entrando y saliendo de las tiendas, bebiendo café a la sombra, contemplando sobrecogidos las imágenes marítimas impresionantes que cubren las paredes de la magnífica galería de arte. Esta es mi primera vez en la isla y me lo estoy pasando de maravilla a pesar de las circunstancias que nos han traído aquí.

Después de explorar las tiendas, nos quitamos las chanclas y jugamos en la fuente central de la zona comercial. Chorros de agua se elevan dentro de un círculo de hormigón en medio del espacio común, y cuando dejamos de correr alrededor de la fuente como dos bobos, tratando de esquivar el rocío vertical, estoy empapada.

Varios clientes desperdigados contemplan nuestras travesuras. Pienso de pasada que debería sentirme un poco avergonzada por nuestras tonterías, pero me estoy divirtiendo demasiado. Además, ahora estoy prometida. Y eso convierte este en un día para la celebración.

Hay un puesto de helados junto a la fuente y los dos nos compramos un cucurucho. No sentimos felices y vivos, como niños que salen a descubrir el mundo.

—A la playa —dice, cogiendo mi mano libre con la suya—. Ya estamos empapados, así que vamos a hacer un castillo de arena.

—Dos castillos —replico—. Y vas a flipar con el mío.

—Puedes intentarlo —responde—. Pero no lo conseguirás.

Estallo en carcajadas, catapultada de repente a nuestra infancia en la isla Barclay, en la costa de Carolina del Norte, que pertenece a la familia desde el principio de los tiempos.

Lamo el cucurucho de fresa y le miro de reojo. Él ha optado por el chocolate y me

río un poco del bigote sobre su labio superior. Tiro para que se detenga, me acerco y le paso la lengua por el helado. Me aparto con el pulso un poco acelerado.

—Delicioso —murmuro.

—Mucho —admite, aunque creo que en realidad no está hablando del helado.

—¿Habías planeado que este fuera un día perfecto o simplemente ha salido así?

—¿Cómo no va a ser perfecto si estamos juntos?

Sus palabras son tan tiernas como su expresión y siento que me derrito como el helado.

—Dallas —comienzo, pero no termino porque tira de mí y sus labios acarician los míos en un dulce beso que se vuelve más dulce todavía por el sabor a chocolate y a fresa.

—¡Ay, Dios mío!

Oigo la exclamación al mismo tiempo que el clic de las cámaras y me aparto de golpe.

A un lado, dos veinteañeras con pases de la isla hacen fotos sin parar.

Me ruborizo; esto no es bueno.

Estoy a punto de darme la vuelta y alejarme, pero Dallas tira de mí con tanta fuerza que se me cae el cucurucho. El helado aterriza en el suelo a la vez que sus labios se apoderan de los míos. El beso no tiene nada de dulce en esta ocasión. Es ardiente, brusco y exigente, y siento que su tacto me recorre como el fuego. Deseo perderme en sus brazos, en sus besos, en su contacto.

Pero entonces me acuerdo de dónde estamos y me aparto sobresaltada.

—Dallas, no.

—Sí —replica—. Joder, sí.

Inspecciono su rostro, tan serio y decidido. Tan lleno de necesidad. Y no solo por mí, sino por algo que no reconozco. ¿Respeto? ¿Aceptación?

No estoy segura, pero da igual porque yo también le deseo. Deseo besarle aquí, junto a la fuente, bañados por el sol y con el corazón rebosante de él. Así que lo hago. Me acerco de nuevo, pero él se me adelanta, esboza una sonrisa voraz y se lanza a por mí.

Y, oh, Dios, es maravilloso. Saber que me ama. Tener la libertad de mostrarlo en público, de decirle al mundo que se joda. Es así como quiero vivir. Sin tapujos. Con honestidad.

En este preciso instante tengo la sensación de que podría rugir.

Y entonces una de esas tías lo echa todo a perder.

—Es muy sexy, ¿no? —dice una de ella en uno de esos susurros cuya intención es que los demás lo oigan—. Dallas sí, claro, pero ¿juntos? Es decir, nunca me he follado a un hermano y a una hermana, pero les daría un revolcón.

—Yo ya lo hice una vez —añade la otra—. Le conocí en una fiesta de final de rodaje de aquella película que hice hace un par de años. Tiene una lengua mágica y una polla enorme. Se la chupé dos veces, ¿sabes? Me pregunto si ella sabe que se está comiendo mis babas. Además de las de la mitad de la población femenina.

Ambas se echan a reír —no, se carcajean— y ese sonido me atraviesa como una motosierra. No lo planeo, de verdad que no, pero de algún modo me libro de los brazos de Dallas, cruzo la distancia que nos separa y siento una picazón en la palma porque, ¡santo Dios!, acabo de propinarle a la más alta un buen bofetón en la cara.

—¡Putilla asquerosa! —espeto mientras la otra levanta la cámara y empieza a disparar, capturando mi furia, mi mano ejecutora y el rostro estupefacto de la puta que supuestamente había estado en la cama con Dallas, con la mano sobre la mejilla y los ojos como platos por la sorpresa.

No sé cómo Dallas consigue sacarnos de aquí. Yo estoy demasiado conmovida y avergonzada, pero él se las apaña de algún modo, y cuando dejo de echar humo me doy cuenta de que estamos de nuevo en el bungalow. Respiro con dificultad, tan furiosa aún que solo puedo pensar en el cosquilleo de mi mano y en las ganas que tengo de volver a darle otro bofetón.

Miro a Dallas, esperando que intervenga y me tranquilice. Doy por hecho que él se encuentra más sereno que yo porque me ha traído hasta casa con rapidez. Pero con solo mirar su cara soy consciente de que está tan alterado como yo. Igual de furioso. Igual de horrorizado.

Teme tanto como yo que jamás seamos capaces de conseguir que esto funcione.

Siento que me desinflo cuando la derrota me vence. Es algo odioso y detesto que dos mujeres desconocidas puedan aniquilar todo el placer que este día me ha proporcionado. Que puedan hacer que me cuestione mi resolución de conseguir que lo que tenemos Dallas y yo funcione a pesar de tenerlo todo en contra.

—No —dice en cuanto llegamos. Su voz es dura. Imperiosa.

—No ¿qué?

—No dudes de nosotros.

—No dudo —miento—. Lo que pasa es que me han cabreado. Han hecho que...

Me agarra de las muñecas y tira de mí de forma tan violenta que pierdo el equilibrio y acabo en el suelo, a sus pies.

—¿Crees que no lo entiendo? —brama—. ¿Que no lo veo en tu cara? ¿Crees que no siento lo mismo? ¿Que jamás vamos a superar esto y que vamos a ser objeto de mofa durante el resto de nuestras vidas? ¿Una pareja sobre la que los adolescentes hacen memes y bromas en internet? ¿Crees que es eso lo que quiero? —Me aprieta las muñecas y me ayuda a levantarme—. Tú no lo quieres y yo tampoco, pero es lo que tenemos y no podemos hacer una mierda al respecto.

Estoy llorando, furiosa por estar tan disgustada. Frustrada porque él se siente tan perdido y violado como yo. Y es muy injusto, porque todo eso significa que espero que él cuide de mí. Y, joder, necesito cuidar de mí misma.

Mierda, necesito cuidar de Dallas.

No me doy cuenta de que he tomado una decisión hasta que caigo de nuevo de rodillas y mis dedos van al botón de sus vaqueros y después a la cremallera.

—Jane... —Su voz se apaga y oigo la advertencia en su tono. Y la pregunta.

Le miro, tratando de mantener una expresión de inocencia.

—¿Qué? ¿Es que no quieres que te la chupe? ¿Que me la meta tan adentro como hizo ella? ¿No quieres follarme la boca y luego tumbarme y follarme con fuerza?

Meto la mano dentro de sus calzoncillos y agarro su pene. Lo siento duro y suave y meneo las caderas mientras me apoyo en los talones, dándome cuenta de que ya estoy mojada. Que deseo esto. Que deseo el desenfreno. Que me follen duro.

Quiero que Dallas me folle duro porque sé que él también lo desea. De hecho, sé que ambos lo necesitamos. Puede que sea patético. Puede que esté mal. Pero no me importa. Somos nosotros. Y él lo sabe tan bien como yo.

—Follarte no va a hacer que esas putas desaparezcan —dice—. No va a hacer que las cosas mejoren.

—Y una mierda que no —replico—. Estás furioso porque sientes que no puedes protegerme. Que todo este mundo gira a nuestro alrededor como un ciclón y no puedes controlarlo. No puedes hacer que desaparezca más de lo que puedes impedir que me hiera. Me has visto cabrearme. Me has visto tropezar. Y has querido mejorar las cosas. Pero no puedes... no en el mundo, en todo caso. Pero aquí, en esta habitación, sí que puedes. —Tomo aire—. ¿Cuántas veces te he dicho que me adentraría contigo en la oscuridad? Lo decía en serio, Dallas. Y puede que ahora mismo lo necesitemos.

—Oh, cielo —susurra, y en su voz percibo algo parecido a la resignación—. ¿Tienes idea de cuánto me excita imaginarte atada e indefensa debajo de mí? ¿Tomarte con fuerza, implacable? ¿Follar esa boca tan preciosa mientras tienes las manos atadas a los tobillos y luego inclinarte hacia delante y agarrarte bien las tetas mientras te follo el culo?

Noto que se me forma un nudo en la garganta y sus palabras hacen que me moje de impaciencia.

—Pues hazlo —exijo.

—Es una fantasía, cielo, pero ya no lo necesito. No necesito la oscuridad para centrarme, ni siquiera después del encontronazo con esas dos putas. Te necesito a ti, no las perversiones.

Sus palabras me atraviesan, llenando todos los lugares vacíos. Pero no es suficiente. Ahora no.

—Si me necesitas, tóname —exijo—. Porque puede que yo sí lo necesite. Pero de ti... solo de ti. Necesito dureza, Dallas. Necesito ir más allá. Necesito...

Pero no tengo que terminar de decírselo porque Dallas me aprieta contra él con una mano y me agarra los pechos con la otra. El vestido veraniego que llevo tiene escote *halter* y no me he puesto sujetador, solo las dos piezas triangulares de algodón que se atan al cuello. Agarra la tela y tira, arranca el lazo y hace que la parte de arriba caiga, dejándome desnuda de cintura para arriba.

Ahogo un grito de sorpresa y tomo aire con fuerza cuando me pellizca el pezón con los dedos, sembrando el dolor como hebras candentes que se parten, chispean, pasan del dolor punzante al placer más intenso.

Mi boca es otro patio de recreo cuando aplasta sus labios contra los míos, con tanta fuerza que me magulla, con tanto desenfreno que nuestros dientes chocan y noto el sabor metálico de la sangre. Es un asalto total a los sentidos y disfruto de ello. Joder, lo necesito.

Pero se aparta en cuanto me reclama, respirando con dificultad.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí.

—¿Por qué? —pregunta de manera cortante, con seriedad.

Le miro boquiabierta.

—¿Es que no acabas de ver lo que ha pasado? He perdido los putos estribos. He saltado, y lo que han dicho esas chicas no es lo peor que voy a oír, Dallas. Así que te

necesito. Porque esto va a ir a peor. Necesito saber que hay un lugar al que puedo ir. Donde tú me cogerás. Me traerás de vuelta, aunque me lleven al límite. —Tomo aire y prosigo a toda prisa—. Así que lo quiero tan caliente y tan fuerte como sea posible. Lo quiero duro. Quiero ser vulnerable. Porque en el fondo sé que contigo estoy a salvo. Necesito... Oh, Dios, Dallas, necesito sentir. Necesito que me hagas sentir.

Él me mira durante un momento y es una de las pocas veces en que soy incapaz de interpretar su expresión. Siento una punzada repentina de temor de que ya no estemos en sintonía y que él no lo entienda. Que no me entienda.

Pero entonces echa un vistazo a la habitación y recorre con la mirada el salón y el comedor. Cuando la posa de nuevo en mi rostro, el suyo es duro. Resuelto. Y le brillan los ojos.

—Creo que tienes que ir a la mesa, Jane. Y creo que tienes que inclinarte.

El deseo en su voz hace que me entre calor y derrite los restos de mi inquietud. Hago lo que me dice, voy hasta la mesa de comedor que mide más o menos un metro cuadrado.

Le miro de nuevo, sin saber dónde y cómo quiere que me ponga, pero él hace un giro con el dedo y sé que desea que me dé la vuelta y mire hacia la mesa.

Se coloca detrás de mí y posa la mano en la parte baja de mi espalda.

Su contacto me estremece... y grito cuando agarra la cinturilla del vestido y tira con fuerza, arrancándomelo literalmente del cuerpo. Hace lo mismo con mi ropa interior, solo que no se rompe con tanta facilidad, y noto una presión fuerte y ardiente contra mi coño antes de que la tela ceda.

La violenta potencia de semejante gesto reivindicativo me recorre por entero. Y, con sinceridad, es un milagro que no me corra en el acto.

—Cierra los ojos —me indica. Yo obedezco, y separo después las piernas cuando me ordena que lo haga—. Más —dice—. A la par que las patas de la mesa.

Eso me deja abierta y expuesta por completo. Y cuando me rodea los tobillos con algo —me dice que es una cuerda— y me ata a las patas de la mesa, siento mi pulso palpar en la garganta... y entre mis piernas.

Tengo las piernas tan abiertas que puedo inclinarme hacia delante y tumbarme sobre la mesa, de forma que mi trasero se encuentra a la misma altura. Lo sé porque es justo lo que Dallas me pide que haga y luego me dice que extienda los brazos en forma de uve, hasta que las yemas de mis dedos sobresalgan de las esquinas opuestas.

Dallas rodea la mesa y se detiene delante de mí. Yo levanto la cabeza y el pecho

para mirarle, con los hombros hacia atrás, como si estuviera en una clase de yoga morbosos, atada y haciendo la postura de la cobra.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta con una sonrisa engreída mientras me rodea la muñeca con el extremo de un trozo de cuerda y luego ata el otro extremo a la pata de la mesa.

Todavía lleva puestos los vaqueros y la camiseta, y por eso enarco una ceja.

—No está mal —respondo—. Se me ocurre al menos una forma de mejorar las vistas.

—¿En serio? —repite el proceso con la otra muñeca de manera que ahora tengo brazos y piernas en cruz. Además de estar en una posición vulnerable.

Rodea la mesa despacio al tiempo que desliza los dedos sobre mi piel.

—Ay, cariño —dice—. Me gusta esto. Estás tendida como un festín ante mí.

—En ese caso espero que disfrutes comiéndome.

Oigo un sonido amortiguado que podría ser una risita reprimida.

—Oh, seguro que lo haré. Pero ahora se trata de que disfrutes tú. Espera.

Sus dedos abandonan mi piel y me siento sola mientras no me toca. Intento retorcerme lo suficiente para buscarle, pero es imposible y tengo que confiar en que mis oídos me digan lo que está haciendo. No lo sé. Ha entrado en un dormitorio y le oigo abrir cajones, pero no tengo ni idea de qué puede estar buscando.

Regresa por fin y esta vez, cuando sus manos me acarician la espalda, están impregnadas en aceite, que se calienta a medida que sus palmas se deslizan por mis hombros, por mi espalda, y cuando inspiro puedo percibir el olor de la menta.

—Aceite de masaje —digo, y estas simples palabras hacen que me pregunte qué otros juguetes sexuales tendrá en el bungalow.

Dallas invirtió en Cortez mucho antes de que estuviéramos juntos e imagino que ha traído a la isla a algunas de las mujeres a las que se ha tirado.

—Tengo unas cuantas sorpresitas aquí —comenta, confirmando mis sospechas y haciendo que se me encoja el estómago por los celos—. Pero es la primera vez que las he usado con alguien a quien amo. Con la única mujer a la que siempre he amado —confiesa, y mis celos se convierten en deseo al instante. Sé con absoluta certeza que lo que dice es cierto—. De hecho, se me había olvidado lo que había en esta caja —prosigue—. Tengo una colección bastante interesante.

—Oh, ¿en serio?

No tengo ni idea a qué cosas interesantes se puede estar refiriendo; conociendo a

Dallas, podría tratarse de cualquier cosa. Pero no pregunto. Estoy segura de que, sea lo que sea, no tardaré en descubrirlo.

Despacio, con máxima sensualidad, me extiende el aceite por la espalda, por los hombros. Luego se sube a la mesa y se coloca a horcajadas sobre mí. La mesa es estrecha, por lo que ha de apretarse contra mí, y cierro los ojos mientras disfruto del roce de sus muslos en mi cintura y caderas. De la fricción de sus vaqueros contra mi piel caliente y sensible.

Noto que ajusta la posición y el tacto de sus labios en mi espalda me hace estremecer. Resulta tan dulce, tan sensual y tan maravillosamente erótico que siento que mi sexo se contrae y sé que estoy mojada.

Sus besos ascienden hasta que llegan a mi nuca, y mientras sus labios me atormentan ahí, sus manos resbaladizas y calientes bajan por mis hombros. Me agarra el cuello y me muerdo el labio inferior, porque deseo sentir más, quiero que me apriete con más fuerza, necesito someterme.

—Esto te gusta —susurra.

—Sí.

No dice nada más, pero me suelta la garganta y protesto con un quejido. Entonces se levanta de encima de mí y me dan ganas de llorar de la frustración, preguntándome si se trata de algún tipo de castigo perverso. Pero está junto a la mesa y esta vez puedo ver lo que está haciendo; se está desvistiendo. Y he de decir que la vista me gusta muchísimo.

Se pone de lado y oigo el golpe de algo al posarse sobre la mesa, pero está casi a la altura de mis piernas y no puedo ver de qué se trata.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Has dicho que querías sentir —responde, pero no me ofrece más explicación que esa.

Al cabo de un momento vuelve a subirse a la mesa, con las manos impregnadas de aceite una vez más. Se coloca de nuevo a horcajadas, solo que esta vez no hay nada entre su piel y la mía, y cuando desliza las manos desde mis hombros hasta mis pechos, hay algo ahí. Bajo la mirada e inspiro con brusquedad.

—Dallas...

—Confía en mí —dice—. Levanta el pecho y cierra los ojos —ordena. Así lo hago, pero también me muerdo el labio inferior cuando me coloca una pinza de madera en

cada pezón—. ¿Bien? —pregunta, y profiero un sonido primitivo porque no estoy segura de que «bien» sea lo más acertado.

Sin embargo, al cabo de un momento me doy cuenta de que la punzada ya no es tan intensa. Y el dolor que sentía se ha transformado en un potente calor que no solo siento en mis pechos, sino en todo el cuerpo.

—Quiero que lo sientas todo —insiste Dallas.

Desciende poco a poco por mi espalda. Esta vez no solo me acaricia con las manos, sino que utiliza algo sobre mi piel. Tal vez una pluma. O algo con flecos.

No sé qué es lo que atormenta mi piel hasta que no alcanza mi culo; un látigo. Y cuando me azota el trasero con él, siento el impacto directamente en mis pechos.

Está haciendo lo que le he pedido... y la sensación es gloriosa.

Un momento después, arroja a un lado el látigo y me pregunto si ha terminado conmigo. Entonces oigo un revelador zumbido, y de no ser por lo excitada que estoy me habría echado a reír. Ansío lo que sea que tiene planeado.

Salvo que no prueba nada del otro mundo con el vibrador. Es pequeño y Dallas hace que eleve el cuerpo lo suficiente como para poder colocarlo debajo de mí a fin de que no esté en contacto directo con mi clítoris, sino que pueda sentir bien las vibraciones... además del creciente placer, aumentando poco a poco.

Mientras el vibrador me excita, Dallas inicia un sedero de besos que asciende por mi muslo, tan suaves y excitantes que me siento inflamada y presa de la necesidad. Su lengua se hunde en mí primero, después sus dedos, y a continuación me folla con ellos mientras le suplico que profundice más. Que se coloque a mi lado y me folle con fuerza.

—Qué chica tan traviesa —dice, y me propina un cachete en el trasero.

Grito y luego gimo de placer cuando sus dedos se hunden más dentro de mí. Me frota las nalgas para calmarlas y enseguida me propina otro azote. Espero el mismo placer cuando me folla con los dedos, solo que esta vez los introduce en mi ano y entre eso, el vibrador y las puñeteras pinzas, estoy a punto de perder el control.

Repito la misma secuencia una y otra vez, hasta que la lujuria se apodera de mí y solo tengo una cosa en mente; que me follen. Con fuerza, a fondo. Y lo deseo con tanta desesperación que estoy dispuesta a suplicarle. Cosa que hago.

—¿Quieres que te folle? —pregunta.

—¡Sí! ¡Sí, por favor!

—Pues dime que eres mía, Jane. Dime que soy la persona a quien acudirás si las

cosas te sobrepasan.

—Lo soy. Lo eres. Dios, oh, Dios, Dallas, no puedo...

Era demasiado. No puedo asumirlo todo. La embestida de tantas emociones. La violencia de los sentimientos que me abruman.

—No puedes ¿qué?

—No puedo soportarlo.

—Sí que puedes, cielo. Has dicho que querías sentirnos. Esto somos nosotros. Una conexión descarnada. Necesidad pura y dura. Querías sentirte vulnerable, pero no eres tú la vulnerable, lo soy yo. Porque puedes destruirme con una sola mirada. Puedes aniquilarme con los ojos. Puedes alejarte de mí y hacer pedazos todo mi puto mundo, cielo.

Sus palabras son por fin tan poderosas como su tacto y tiemblo cuando se abate sobre mí otra oleada de deseo. Y a continuación casi lloro de alivio cuando su polla se hunde hasta el fondo en mí y empieza a penetrarme despacio, enroscando los dedos en mi cabello y obligándome a arquear la espalda.

—¿Crees que yo tengo el poder porque tú estás desnuda y atada? ¿Porque puedo azotarte el trasero y usar tu cuerpo para mi placer? ¿Porque ahora mismo podría hacerte cualquier cosa, lo que sea, y no podrías detenerme? ¿Es eso lo que crees?

—Sí —respondo, porque sé que es lo que se supone que debo decir.

—Pues te equivocas. Porque tú lo eres todo para mí, cielo. Eres la mujer que me llena por completo. Que me completa. Eres la razón de que me enfrente al día, de que siga adelante. Has dado forma al hombre que soy, Jane, y darás forma al hombre en el que he de convertirme. Todo lo bueno te lo debo a ti y ahora mismo quiero que hagas mucho más que sentir. Quiero que creas. Te necesito, cielo. Joder, nos necesitamos el uno al otro. Dime que también sabes eso.

—Lo sé —replico mientras su cuerpo me embiste.

—Dime que no volverás a dejarme.

—Jamás —prometo mientras me folla tan a fondo que me siento empalada por él.

—Quiero que te corras ya. Quiero sentir que tu cuerpo reclama el mío. Que se ciñe alrededor de mi polla y... Ahora, cielo. Córrete ya para mí.

Me da un nuevo azote en el trasero y se inclina sobre mí mientras sigue muy dentro. Antes de darme cuenta de lo que hace, me quita las pinzas de los pezones y la circulación sanguínea regresa. Una avalancha que no siento solo en mis pezones, sino también en mi clítoris.

Y entonces acaba el mundo. Pierdo el control, sumida en el frenesí aplastante de sensaciones que impacta sin piedad sobre mí, tan poderoso como la palma de su mano en mi trasero. Tan potente como las palabras con las que me ha doblegado.

Y en ese momento todos mis temores y preocupaciones se disipan. Me siento entera de nuevo. Me siento amada.

«Dallas tiene razón —pienso mientras un profundo agotamiento empieza a vencerme—. Es mío de verdad. Y yo soy suya. Y juntos podemos sobrevivir a todo lo que venga.»

Delante de tus narices

Dallas estaba soñando.

Lo sabía. Estaba dormido, soñando, y era consciente de ello, pero no podía despertar.

De hecho, algo en lo más profundo de su ser le decía que no despertara. Que aquello era muy importante. Que se trataba de un momento crucial y que, si despertaba, lo perdería todo.

Así que se mantuvo dentro del sueño. Una habitación en penumbras. Una mesa de comedor vacía. Una rosa en un florero. Y Jane con un elegante vestido de lentejuelas, con los labios rojos y seductores y la mirada clavada en él.

—¿No vas a sentarte? No he terminado de contarte lo que dijo Brody.

—¿Brody?

—Cuando paseamos por la playa.

«Ya me lo has contado —pensó Dallas; una parte de su mente recordaba la conversación que mantuvieron antes de que se quedara dormido—. Me lo has contado cuando estaba despierto.»

Pero se sentó y ella tomó un sorbo de vino.

—La Mujer no es solo alguien que lleva años observándonos. Es alguien a quien vemos todo el tiempo. ¿Me pasas el pan?

Dallas bajó la mirada y donde antes solo había un mantel blanco, ahora hay una panera de plata.

Se la pasó y ella cogió un panecillo.

—Es una diferencia sutil, pero importante. Forma parte de nuestras vidas. —Se encogió de hombros—. O puede que no. ¿Cómo vamos a saberlo?

—Pistas —dijo Liam desde la tercera silla—. Busco pistas, tal y como me pediste

que hiciera. Solo que a veces es fácil no verlas. —Se quitó la venda que llevaba en los ojos—. Resulta mucho más fácil así.

—¿Qué es lo que no veo? —preguntó Dallas, pero nadie respondió.

Una camarera se acercó, le rellenó la copa de vino y se inclinó hacia él.

—Podría ser yo —susurró.

—¿Qué? —Se giró para mirarla, pero ya se había ido. Cuando volvió la vista, Liam tampoco estaba. Pero vio algo en el vino. ¿Un rostro? Pero se esfumó antes de que pudiera identificarlo.

Luego el vino desapareció también junto con la mesa, y de repente estaba en la casa de Meadow Lane en la que creció, de pie junto a la piscina, con una mujer de cada brazo.

—He estado en todas las fiestas que has dado —dijo la pelirroja.

—Yo también —aseguró la morena.

—¿Podríamos ser nosotras? —preguntaron a la vez, y acto seguido lo empujaron a la piscina.

Se hundió hasta el fondo y se quedó ahí flotando, mirando hacia arriba; las ondas de la superficie formaron la silueta de una mujer.

Nadó hacia la superficie, hacia la mujer, hacia la verdad.

Pero cada vez estaba más y más lejos. Le ardían los pulmones. Le dolían los músculos. No iba a conseguirlo. Iba a quedarse en el fondo. Se ahogaría. Estaba a punto de morir.

Y justo entonces una mano atravesó el agua, le agarró de la muñeca y tiró de él hasta que estuvo de nuevo fuera de la piscina, jadeando.

Adele.

—Deja que te ayude —dijo—. Siempre estaré aquí para ayudarte.

Cuando Jane lo encontró, llevaba dos horas sentado en el columpio del porche. Y estaba bien despierto.

Sabía que seguía en estado de shock.

—¿Dallas? —Se acercó y se sentó a su lado, vestida solo con una fina bata de algodón—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Adele —dijo sin más—. La Mujer es Adele.

Vio que los ojos de Jane se abrían de forma desorbitada, que se ponía tensa y

tragaba saliva.

—¿Estás seguro?

Dallas se levantó; necesitaba moverse. Había pasado las dos últimas horas con el piloto automático puesto, organizando sus pensamientos. Joder, reuniendo sus pruebas.

Y ahora todo se le venía encima. El horror de tan insidiosa verdad. La realidad que había vivido. La naturaleza de una mujer a la que en otro tiempo tocó de manera íntima.

Se le subió la bilis a la garganta.

Oh, Dios. ¿Cómo demonios se le había pasado por alto? ¿Cómo no lo había visto antes?

—Dallas, joder, habla conmigo.

—Las piezas acaban de empezar a encajar. Su obsesión con acercarse a mí. Que estuviera al tanto de nuestra relación.

—Es terapeuta. Tiene formación para ver más allá de la superficie.

—Que predijera que alguien filtraría que tuvimos relaciones sexuales en aquella celda. ¿Quién más sabe eso? ¿Quién más ha sido una constante en nuestras vidas?

Su voz adquirió un sesgo severo. Ahora lo veía con toda claridad, ¿por qué ella no? Jane se levantó también y empezó a pasearse de un lado para otro.

—Pero no ha sido una constante. Adele no se casó con Colin hasta después de que estuviéramos en la universidad. Eso fue años después del secuestro.

—Tiempo de sobra para establecer una nueva identidad. Incluso para cambiar su aspecto. Para recuperarse de cicatrices quirúrgicas.

Jane se humedeció los labios.

—Pero... —Se interrumpió, frunciendo el ceño, porque no estaba segura de cómo rebatir aquello.

—Tú también lo ves, ¿no es así?

—No deseo verlo. Por Dios, Dallas, no quiero verlo. Pero tiene sentido.

—Es más que eso. Resulta obvio ahora que lo veo en perspectiva. Antes estaba demasiado cerca. Joder, en una ocasión llegué a sospechar que era ella quien escribía esas putas cartas. Pero lo descarté.

Jane asintió.

—Me lo dijiste. La descartaste porque el tiempo no encajaba. No porque no

creyeras que podía ponerse en plan acosadora psicópata contigo. —Exhaló de forma audible—. Mierda, Dallas. Esto es...

—Muy gordo —concluyó—. Descabellado. Sí, lo sé.

Jane se sentó en el columpio.

—Las cartas empezaron a llegar mientras estabais aún...

—Juntos. Sí. —Se le revolvió el estómago—. Las cartas se referían a que no estaba con quien las escribía. No tenía lógica que fuera Adele.

—Pero tú seguías interpretando el papel del rey del sexo. Una mujer puede ponerse celosa. Sobre todo una psicópata. Oh, Dios, Dallas.

No quería que fuera verdad. Joder, no podía ser verdad. Se había acostado con ella. Había hecho cosas siniestras, retorcidas y perversas con ella.

Se le doblaron las rodillas y se agarró a la barandilla del porche.

—¡Dallas!

—Estoy bien, estoy bien.

—Adele mató a ese pobre perro —dijo Jane y le miró—. ¿Estás seguro? ¿Puedes demostrarlo?

—Me he pasado las dos últimas horas trabajando en eso.

—¿Y?

—Y hasta el momento sabemos que voló a Las Vegas el día antes de que encontraras el perro en el camino de entrada de tu casa. Se registró en el Bellagio y tenía cita en el spa. Regresó a la costa Este ayer por la mañana.

—Los Ángeles no queda demasiado lejos de Las Vegas —reflexionó Jane—. ¿Fue al spa?

—Alguien que usaba su nombre lo hizo, pero pudo pagar a alguna corista para que fuera a darse un masaje y un tratamiento facial haciéndose pasar por ella y que guardara silencio. Liam lo está comprobando ahora mismo. Pero lo más interesante es que Noah ha tenido que escarbar a fondo para conseguir cualquier información de Adele de más de cinco años antes de que se casara con Colin. Lo que ha encontrado tiene visos de haber sido falsificado. Lo está verificando.

—¿Cómo?

—Comprobaciones informáticas, seguimientos. Pero me estoy ocupando de verificarlo yo mismo también. —Tomó aire y la miró a los ojos—. Le he dicho a Quince que le haga a Colin una pregunta muy concreta. ¿Colaboró la mujer que conocemos como Adele con él en nuestro secuestro?

—¿Se la habéis hecho ya?

Asintió, y a continuación sostuvo su móvil en alto.

—Espero la respuesta de un momento a otro. Quince ya me ha dicho que la Mujer puede haber fingido su muerte. Por eso Colin superó el polígrafo diciendo que había muerto. Para él... joder, para ella, la mujer que estuvo con nosotros en la celda está muerta. Una mujer nueva ocupó su lugar.

—Eso es una gilipollez —dijo Jane.

—Estoy de acuerdo. Pero es la clase de truco que los agentes de inteligencia emplean para engañar al polígrafo. No tardaremos en tener noticias de Quince.

Ambos contemplaron el móvil como si fuera una bomba. Y cuando sonó, Jane se sobresaltó.

Dallas respondió antes de que hubiera terminado el primer tono.

—Dime.

—Es ella. Lo siento, colega. Sé que era amiga tuya.

Salvo que desde luego no lo era. Dallas solo había creído que lo era. Adele había jugado con él en una celda hacía diecisiete años y seguía haciéndolo.

«¡Mierda!»

Cerró los ojos y se obligó a conservar la calma, a comportarse como un profesional.

—No, esto es bueno —le dijo a Quince—. Es información. Id a Connecticut y traedla. Da igual lo que tengáis que hacer, la quiero en la celda junto a la de Colin.

—Hecho —respondió su amigo—. El equipo ya está en camino. Querían estar en posición en caso de que obtuviéramos la respuesta de Colin que esperábamos.

—Lláname cuando la tengáis.

—Lo haré —le aseguró Quince antes de colgar.

Dallas se vino abajo en cuanto se cortó la llamada; la fachada profesional se desmoronó. Se apoyó contra la barandilla del porche, con Jane a su lado, y se pasó los dedos por el pelo mientras intentaba asimilar despacio todas las cosas que no dejaban de dar vueltas en su cabeza.

—Me acosté con esa mujer. Joder, hice algo más que acostarme con ella. Hice cosas... dejé que ella hiciera cosas... Y no tenía ni idea. No me di cuenta de que me había tocado antes. De que me había utilizado, joder. De que me había torturado.

¿Cómo no lo supo?

¿Cómo se le pasó por alto?

Mantuvo los puños cerrados, no tanto por la ira, sino para tratar de no perder la compostura. Maldita sea, estaba a punto de venirse abajo y no iba a permitir que ella también se llevara eso. Tenía que mantenerse fuerte, o ella ganaría. Vencería, joder.

—Estaba oscuro —dijo Jane. Su voz era engañosamente serena—. Llevaba una máscara. Pasaron años entre el secuestro y su aparición en la vida de Colin. Y se sometió a cirugía plástica. No podías saberlo, Dallas. Nadie lo habría sospechado siquiera.

—Tendría que haberlo hecho. He pasado diecisiete años buscando a esa puta. Debería haber sospechado.

—¡No! —Su voz era feroz, y cuando se acercó y le agarró de los brazos, lo hizo con tanta firmeza que temió magullarlo—. No te atrevas a alejarte de mí por esto. Ni se te ocurra dejar que ella gane. —Tomó aire—. Vas a superar esto. Ambos lo haremos. Ella jugó contigo, Dallas. Con los dos. Juegos retorcidos y psicóticos. — Las lágrimas rodaban por su rostro, pero Dallas pensaba que Jane ni siquiera era consciente de ello—. Somos más fuertes juntos que separados. Siempre lo hemos sido. Lo sabemos, y ella también lo sabe. Por eso ha intentado destruirnos. Pero no ha dado resultado. Jamás funcionará.

Sus palabras llegaron hasta él y quiso decirle que tenía razón. Que lo único importante era ella, ellos. Pero las palabras se perdieron en su garganta y no pudo hablar. Joder, su pecho rebosaba tanto dolor, tanto amor y tanta pena que apenas podía respirar.

Pero Jane tenía que saberlo y por eso la atrajo contra sí y la besó, poniendo todo su amor, todo su miedo, toda su necesidad en ese contacto, en esa conexión. Jane tenía razón, eran mejores juntos, y mientras se derretía, mientras se abría a él, bebió de ella. Su fuerza, su ferocidad, su amor.

—Lo eres todo para mí —dijo cuando se separaron.

A ambos les costaba respirar y Dallas no podía apartar los ojos de ella. Necesitaba tumbarla y hacerla suya. Ansiaba sentir su cuerpo contra el suyo, entregándose por completo a él. Completándole.

—Sí —repuso.

No dijo nada más, pero bastaba con eso. Dallas la empujó hasta que su trasero tocó la barandilla y se sujetó a uno de los pilares con la mano derecha. Enroscó los dedos de la mano izquierda en su pelo, sujetándole la cabeza mientras asaltaba su boca al

tiempo que usaba la otra para desatarle la bata, dejando que ambas mitades se abrieran y dejaran a la vista sus pechos, su vientre, su dulce coño.

Deslizó las manos y su polla se puso aún más dura cuando alcanzó su resbaladizo y húmedo calor. Ella separó las piernas y colocó su mano libre en la nuca de Dallas cuando él la pegó contra su cuerpo, ahondando el beso mientras sus dedos se hundían con fuerza en su interior.

Le inclinó la cabeza hacia atrás con brusquedad y la miró a los ojos, oscurecidos por la pasión. Tenía los labios inflamados a causa de su asalto y respiraba con dificultad.

—Ahora —suplicó Jane—. Rápido. Con fuerza. Por favor.

Dallas no se lo pensó dos veces. Llevaba solo los holgados pantalones cortos de deporte que se había puesto antes de salir y se desprendió de ellos de una patada. La bata que ella todavía llevaba puesta se agitaba con la brisa mientras se acercaba más y le rodeaba la cintura con la mano por debajo de la prenda ligera para sentir el calor de su piel en la palma de la mano.

Jane jadeaba con fuerza sin apartar la mirada de él.

—Solo tú —dijo.

—Lo sé. Dios mío, Dallas. Siempre lo he sabido.

—Rodéame con las piernas —le ordenó, acercándose aún más. Su glánde le rozó el coño cuando lo hizo; estaba tan excitado que a punto estuvo de correrse en el acto. Pero se contuvo. Deseaba, necesitaba estar dentro de ella.

La penetró muy despacio, observando la pasión en su rostro mientras ella inclinaba la cabeza hacia atrás. Mientras sus pezones se erguían y su respiración era cada vez más agitada. Se mordió el labio inferior y Dallas supo que estaba ahogando un grito.

Presionó cada vez más a medida que sus piernas se ceñían con más fuerza alrededor de su trasero, hasta que estuvo dentro, hasta el fondo, en su interior, envuelto por el paraíso de su calor húmedo.

—Con fuerza, Dallas. Haz que me corra.

Él no movió un solo músculo, y Jane gimoteó y se retorció con frustración a modo de protesta.

—¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

Dallas deslizó la otra mano en torno a su cintura para sujetarla con las dos.

—Suelta la barandilla. Baja las piernas e inclínate hacia atrás. Deja caer también

los brazos.

—Dallas, no...

—Sí. —Era imposible escapar de su voz imperiosa—. Quiero que veas las estrellas y quiero verte. Y quiero ser lo único que impida que te caigas.

—Ya lo eres —repuso, y la absoluta sinceridad de su voz le llenó el corazón mientras el rubor en su rostro hacía que su polla palpitase dentro de ella.

Jane soltó despacio el poste y luego se echó hacia atrás hasta que solo su trasero quedó apoyado en la barandilla. El resto estaba estirado, sujeto solo por sus manos en la espalda y conectado únicamente por la longitud de su polla dentro de ella.

Era suya. Tan seguro como que él le pertenecía a ella.

Este pensamiento le colmó. Le excitó. Y le agarró la cintura con firmeza mientras movía las caderas, embistiéndola a un ritmo constante, aumentando la fuerza y la intensidad cuando ella gritó su nombre. Cuando se entregó a él por entero, confiando en que la mantuviera a salvo mientras flotaba bajo las estrellas.

—¡Dallas!

Su grito rasgó la noche mientras su cuerpo se contraía a su alrededor. Se estremeció por la intensidad del orgasmo que la atravesó, dándole un último empujón hacia el abandono salvaje. Después, él también estalló con un grito gutural, llenándola, sujetándola y amándola.

La atrajo de nuevo hacia él; ansiaba sentir su piel contra su pecho y su boca en la suya. Jane se aferró a él; su cuerpo temblaba aún mientras sus piernas le rodeaban una vez más las caderas, manteniéndolos conectados de forma que era imposible separarlos. En ese momento eran un solo ser. Entero. Completo. Perfecto.

Cuando ella se separó por fin, Dallas vio el fuego en sus ojos.

—¡Uau! —exclamó, y Dallas no pudo evitar reír con ella.

—Sí —reconoció—. Sin duda, uau.

—En fin... —susurró, deslizando la yema del dedo sobre su pecho—. ¿Quieres que entremos y vayamos a por el segundo asalto?

Dallas seguía dentro de ella, y aunque había perdido la erección, notaba que se estaba poniendo otra vez duro como una roca.

Ella le brindó una sonrisa amplia.

—Sí —dijo—. Veo que sí.

Con una carcajada, Dallas se dirigió hacia la puerta, sujetándola con fuerza contra él, pero el agudo y familiar sonido de su móvil hizo que se detuviera en seco.

—¿Liam? —preguntó Jane cuando se deslizó por su cuerpo hasta plantar los pies en el suelo.

Él asintió, cogió el móvil de la mesa frente al columpio y respondió la llamada.

—Dime.

—Su casa está vacía —informó Liam—. Pero no hay razón para pensar que sabe que sospechamos de ella. Parece que acaba de salir de la ciudad; nos lo ha confirmado su jardinero.

—En ese caso creo que sé la forma de hacer que vuelva a casa —alegó Dallas.

Alzando el vuelo

Yo soy el cebo.

Sé que estoy a salvo, que es una trampa y que todo está bajo control, pero no puedo evitar estar nerviosa. Cuando nuestro avión inicia el descenso hacia el JFK, echo otro vistazo a la conversación en el móvil de Dallas:

DALLAS: Estás ahí?

ADELE: Para ti, siempre

DALLAS: Tengo que pedirte un favor

ADELE: Lo que quieras

DALLAS: Jane y yo volvemos hoy de Los Ángeles. Va a ser una locura con la prensa después de lo que ha salido sobre nuestro secuestro. La quiero fuera de los focos

ADELE: Estoy de acuerdo, pero qué puedo hacer yo?

DALLAS: Nos vemos en el aeropuerto? Puedo coger un taxi hasta mi apartamento, pero estaba pensando que tú podrías llevártela a tu casa. La prensa no la buscará allí y así podrá descansar y reorganizarse mientras las aguas se calman. Solo un día o dos. Te lo agradecería mucho

ADELE: Por supuesto! Los dos sois mi familia. Envíame los detalles del vuelo y ahí estaré

Dallas así lo hizo, por supuesto. Y ahora el plan es que él y yo volvemos a Nueva York como hemos planeado, recogemos el equipaje, salimos y luego, cuando ella aparezca para supuestamente llevarme en su coche, el equipo intervendrá y la atrapará.

Es arriesgado en un lugar tan público, pero los chicos lo han planeado de tal forma que, si todo sale bien, Adele estará inconsciente en cuestión de segundos y Tony se llevará su coche delante de las narices de todo el mundo.

Las operaciones secretas no son lo mío, así que me limitaré a confiar en ellos. Y a cruzar los dedos con fuerza.

Por otra parte, voy a dejar a los muchachos todo lo referente a Adele, porque yo ya tendré bastante con enfrentarme a la temida avalancha de periodistas y cámaras.

Por desgracia, tengo razón.

La locura se desata en cuanto llegamos a la zona de recogida de equipaje del JFK. Reporteros con cámaras nos plantan los micrófonos delante de la cara, nos siguen mientras andamos y gritan de todo, desde cumplidos hasta insultos, con la esperanza de obligarnos a mirar en su dirección para que puedan obtener el plano perfecto que vender a la prensa sensacionalista o hacer viral en Instagram.

Antes, cuando todavía éramos unos ricos herederos, venía a recogernos uno de los guardias de seguridad del imperio Sykes, que hacía también las veces de chófer. Por lo general alguien grande y corpulento que mantenía a la prensa alejada. Mejor aún, habríamos volado en uno de los aviones privados de la familia y evitado por completo las cámaras.

Para ser justos, en el pasado no habría llamado tanto la atención. Ser rica y tener un nombre conocido no bastaba para despertar el interés de la prensa sensacionalista por mi persona y solía pasar desapercibida, a menos que coincidiera con el lanzamiento de un libro o hubiera quedado para almorzar con algún famoso que también fuera una estrella en Twitter.

Como es natural, Dallas siempre ha sido el favorito de las revistas, pero él había fabricado y fomentado ese personaje.

Recogemos nuestro escaso equipaje y me agarro con fuerza a la mano de Dallas; los dos mantenemos la cabeza gacha y las gafas de sol puestas. Como si la protección contra los rayos ultravioleta fuera suficiente para conseguir escondernos a plena vista.

La multitud está agitada, y pasa de hacernos fotos a insultarnos a gritos; nos llaman pecadores y aseguran que Dallas tiene la culpa de que ese pobre perro haya muerto.

—¡Arderéis en el infierno!

—¡Putas!

—¡Dallas! ¡Dallas! ¿Crees que fanáticos religiosos sacrificaron al perro?

—Jane, sonrío a la cámara.

No miro, mantengo la vista fija en el suelo, pero cuando oigo un lamento, no puedo evitar girar la cabeza a tiempo para ver a una mujer caer al suelo y arrastrar consigo a un hombre delgado como un junco con una cámara.

—¡Putas! —grita el hombre mientras dos corpulentos guardias de seguridad se apresuran a llevárselo antes de que le pegue un puñetazo en la cara a la mujer.

Han desviado por completo la atención de nosotros y les estoy agradecida al menos por eso. De todas formas, me sobreviene un inesperado ataque de pánico y solo quiero que Adele aparezca para que podamos acabar con esto. Pero no aparece. Y sigue sin aparecer.

Y al cabo de treinta minutos no ha respondido a los mensajes de Dallas ni ha hecho acto de presencia.

—¿Algún rastro de ella? —pregunta Dallas a Liam por teléfono. Me acerco para poder oír lo que dicen.

—Ninguno. Puede que... espera. Noah la ha encontrado. Le meto en la conversación.

—La tengo —anuncia Noah.

—¿Dónde? ¿En esta terminal?

—Al otro lado del puto océano Atlántico. Cogió un avión a Londres ayer a última hora. Debí de olerse que estábamos registrando su casa.

—Y respondió a mis mensajes desde Reino Unido.

—Hay más —sigue Noah—. Resulta que su compañero de asiento era un tío llamado Christopher Brown. Es de Queens. Y tiene una furgoneta blanca.

—Están huyendo —digo.

—Eso parece —reconoce Dallas, y luego añade para Liam y Noah—: Voy a llevar a Jane a casa. Tenemos que hablar con nuestros padres hoy, pero vosotros averiguad todo lo que podáis sobre el tal Brown y a ver si podéis localizarlos en Inglaterra. Os volveré a llamar dentro de unas horas.

Estoy tensa en el taxi, porque no consigo decidir si es bueno o malo que Adele se haya ido. Me alegro de que esté en otro país, pero la preferiría entre rejas. Y además, imagino que el acoso de la prensa va a ser una locura en nuestro apartamento y no estoy de humor para aguantarlo.

Pero no veo a nadie cuando nos detenemos delante de mi edificio. No hay ni rastro de los paparazzi. Doy gracias para mis adentros a los dioses de los medios de comunicación, que por una vez nos protegen en vez de lanzarnos rayos.

Sin embargo, mi alivio dura muy poco; cuando entramos en el edificio veo a Bill esperando en el vestíbulo. Bobby, uno de los porteros, está a su lado y se las apaña para parecer profesional y avergonzado a un mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, pero es Bobby quien responde.

—Quería esperar en su apartamento, pero eso es inaceptable. No sin una orden de registro. Aunque sea su exmarido, no puedo dejarle entrar en su apartamento sin más, señora Martin.

—No —digo despacio mientras el temor se abre paso—. Por supuesto que no. —Me centro en Bill, que se ha puesto de pie, y cuya atención, según veo, se centra en Dallas y no en mí—. ¿Qué ocurre?

Rezo para que mi voz suene normal.

Él desvía la mirada hacia mí y enarca una ceja.

—¿Que qué ocurre? Al parecer, mucho más de lo que te molestaste en contarme cuando estábamos casados.

Se me encoge el estómago al darme cuenta de que se ha enterado por la prensa de mi secuestro y de lo sucedido entre Dallas y yo en aquella celda.

—Bill, lo siento muchísimo. Deberíamos hablar.

—No —responde con aspereza antes de volverse para encararse con Dallas—. Ahora mismo es contigo con quien tengo que hablar.

Mano a mano^[1]

De acuerdo —aceptó Dallas, que se acomodó en el sillón sin molestarse en ofrecerle asiento a Bill—. ¿Quieres hablar? Pues hablemos.

Bill miró hacia el dormitorio, donde Jane había entrado tras excusarse después de lanzarle a Dallas una mirada de preocupación. Él se había limitado a darle un ligero beso en los labios, seguro de aparentar una tranquilidad bastante aceptable.

Tenía años de práctica disimulando los nervios, pero eso no cambiaba el hecho de que en esos instantes estaba preocupado de verdad. ¿Qué sospechaba Bill? Mejor dicho: ¿qué podía demostrar Bill?

—Preferiría hablar en otra parte. ¿Tienes un despacho? ¿Hay alguna zona común en el edificio que podamos utilizar?

—Es un apartamento de un dormitorio, Bill. Por si no te has enterado, la fortuna nos ha dado la espalda hace poco. Pero toma asiento. —Señaló el sillón. A fin de cuentas, le convenía mostrarse al menos cordial con él—. Podemos hablar aquí.

—Es que Jane...

Su voz se fue apagando mientras miraba en dirección a la puerta cerrada del dormitorio.

—¿De eso se trata? —Dallas se echó hacia atrás y se obligó a no cruzar los brazos. Quería mostrarse receptivo, no inaccesible. Y sobre todo no quería parecer que estaba a la defensiva—. ¿De mi relación con Jane?

—No. Bueno, sí, en cierto modo. Lo que pasa es que no creo que quieras que ella oiga lo que tengo que decir.

—Bill, estás poniendo a prueba mi paciencia. Lo que tengas que decirme a mí se lo puedes decir a Jane. —Nada le preocupaba a ese respecto. No tenía nada que esconder—. Así que adelante. ¿Qué te tiene tan alterado como para que hayas venido

desde Washington para verme? Francamente, creo que nunca te he caído bien, no estoy en tu lista de personas favoritas. Salvo una vez. ¿Cuándo fue? —Frunció el ceño—. Ah, espera, ya me acuerdo. Cuando decidiste investigar mi secuestro en contra de mis deseos.

—Yo también me acuerdo de eso —dijo Bill, poniéndose en pie—. Me preguntaba por qué tenías tanto empeño en obstaculizar la investigación.

—Oh, no lo sé. ¿Quizá porque estabas metiendo las putas narices en mi vida sin mi permiso?

—Es posible. O podría ser porque temías que investigar tu secuestro nos condujera a toda clase de madrigueras.

Dallas sintió que se le encogía el estómago y se dijo que tenía que seguir respirando.

—Si vas a andarte con acertijos, tendrás que inventarte algo más ingenioso, Bill. O al menos más claro.

—¿Quieres claridad? —Se acercó un par de pasos a él. Si Dallas hubiera estado de pie, habrían quedado cara a cara—. A ver qué te parece esto. Creo que no querías que ni la OMRR ni el FBI investigasen tu secuestro porque temías que descubriéramos lo de Liberación. ¿Crees que es lo bastante claro?

—¿Liberación? —«¡Mierda, mierda, me cago en la puta!»—. ¿Te refieres a esa organización de mercenarios en la que Jane centra su próximo libro? ¿Qué demonios tiene eso que ver conmigo?

—Creo que mucho. Y si has arrastrado a Jane a tu sórdida mierda, te juro que...

—¿Qué? —Dallas se puso de pie, Bill había metido a Jane por medio; se acabaron las contemplaciones—. ¿Qué diablos te crees que estoy haciendo? ¿Y por qué crees que la arrastraría a ninguna parte?

Bill se echó a reír.

—¿Me tomas el pelo? ¿Crees que no te he investigado a fondo? ¿Que no sé quién es tu verdadero padre?

—¡Hijo de pu...!

—Y luego caes tan bajo como para seducir a tu hermana.

—No tienes ni idea de lo que somos el uno para el otro —masculló con los dientes apretados mientras la ira lo dominaba por dentro—. No sabes cómo nos salvamos mutuamente.

—Sé que la envenenaste —replicó Bill—. Puede que no físicamente, pero la

destruiste de igual forma.

—No —repuso—. ¡No! La salvé. Y lo entiendas o no, ella me salvó a mí. —Se aproximó hasta que quedaron frente a frente—. Me quiere a mí, Bill, y eso es lo que no puedes soportar. Que nunca la tuviste en realidad. Que ella siempre fue mía, incluso cuando era tu esposa.

Bill palideció, pero no titubeó.

—Puede que sea así. Puede que ella no me ame. Pero es una lástima, porque no cabe duda de que eligió al hombre equivocado. ¿Qué va a hacer cuando estés entre rejas? Porque lo estarás, Dallas. He estado haciendo preguntas. Muchas preguntas. Y ¿sabes qué? Estoy empezando a encontrar respuestas. —Se acercó otro paso—. Piensa en eso, Dallas. —Su voz era grave. Amenazadora—. Porque te prometo una cosa: yo pienso hacerlo.

El juego del mentiroso

Lo has oído todo?

He salido en silencio del dormitorio hasta el comedor y he encontrado a Dallas de pie junto a la ventana. No se ha vuelto para mirarme. Se ha quedado ahí, paralizado, contemplando la azotea del edificio de al lado y la pequeña porción de Central Park que alcanzamos a ver a lo lejos.

Me acerco a él, le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la cabeza en su espalda.

—No puede demostrar nada —digo—. Solo está haciendo conjeturas. Tomando posiciones. Se trata más de mí que de ti.

Él se da la vuelta y me besa con ternura antes de separarse un poco para mirarme a los ojos.

—Eso es verdad. Pero en este asunto es como un perro con un hueso, porque sabe que tiene razón, aunque no lo pueda demostrar. Todavía. Y seguirá escarbando. No se dará por vencido, Jane. No se dará por vencido por ti —asevera. Trago saliva y siento frío de repente, porque tiene razón—. Seguirá hasta que reúna pruebas suficientes para arrestarme y, cuando eso ocurra, estoy acabado. Joder, ya estoy acabado, porque está claro que me tiene vigilado.

—Dallas, no.

Entiendo lo que dice, es lógico, pero soy incapaz de asimilarlo. Este es Dallas. Él es así. Y entiendo también lo irónico que resulta eso. Porque, maldita sea, al principio creía que Liberación era horrible. Pero eso fue antes de que abriera los ojos y ahora comprendo lo que hacen, sin olvidar que el papel de Dallas en esa misión ha dado forma al hombre en que se ha convertido.

—Si es capaz de demostrarlo, me encerrará en una celda tan rápido que nos dará vueltas la cabeza —dice Dallas con seriedad. Se me está formando un nudo en la

garganta y me aferro a su cuerpo. Él se acerca y me estrecha entre sus brazos—. Después de todo esto, después de todo lo que hemos pasado, no puedo soportar la idea de que sea esto lo que nos separe.

—Si llegamos a eso, nos marcharemos —digo sin pensarlo dos veces—. Huiremos. Yo tampoco puedo soportar la idea de estar sin él.

Pero Dallas se echa a reír.

—¿Romper otra regla? ¿Avergonzar otra vez a la familia? ¿Apartarte de Lisa para siempre? ¿De Brody, de Liam y de Archie? Cielo, hablo en serio cuando digo que te protegeré siempre. Aunque eso signifique ponerte a salvo de mis errores.

—Eso no pasará —me defiendo—. Hablaré con Bill. Lucharé. Haremos que papá contrate a los mejores abogados y... —Me interrumpo con un sollozo—. Tenemos que contárselo. Tenemos que hablarles de Colin y de Adele, eso está claro. Quizá todo.

Dallas asiente.

—Lo sé. Aunque Adele haya volado, tenemos que contárselo a nuestros padres. Y también lo de Colin. Tienen que saberlo.

—Papá se sentirá justificado —predigo—. Pero mamá... Dallas, esto la va a destrozár.

—Así es —conviene, y parece tan triste como yo me siento—. Pero ¿qué alternativa tenemos? —pregunta.

No tengo una respuesta, porque tiene razón.

Es la hora. Es hora de romperle el corazón a nuestra madre.

Verdad y consecuencias

Dallas se enteró por Archie de que sus padres estaban pasando la semana en el apartamento de Park Avenue y agradeció para sus adentros no tener que ir hasta los Hamptons.

Pero cuando el taxi se detuvo frente al majestuoso edificio anterior a la guerra, casi deseó haber podido disponer de unas horas más. No estaba preparado para arrojarles aquella verdad a sus padres. Joder, dudaba que alguna vez lo estuviera. A juzgar por el modo en que Jane permanecía sentada a su lado, con los dedos entrelazados con los suyos con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, sabía que ella sentía lo mismo.

—Vamos —dijo—. Hagámoslo.

Recordó cómo los había rechazado su padre y temió que Charlie, el portero, no los dejara entrar a pesar de que Jane había llamado desde el coche para decirle a Lisa que tenían que hablarles de algo y que iban de camino. Dallas estaba seguro de haber visto compasión en los ojos del hombre al que conocía desde hacía años, aunque no modificó en absoluto su porte profesional. Llamó al apartamento para anunciarlos, asintió a modo de confirmación y luego llamó al ascensor.

Entraron juntos y en cuanto se cerraron las puertas, ella se puso de puntillas y le besó.

—Para que nos dé suerte —dijo.

Lisa estaba en el vestíbulo cuando se abrió la puerta del ascensor, con los brazos abiertos para recibirlos a los dos. Los estrechó con fuerza.

—Dadle tiempo —susurró—. Dadle tiempo.

Como era natural, hablaba de Eli, que estaba detrás de ella, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Imagino que se trata de vuestra relación —adujo Eli cuando les dejó entrar—. Y

de vuestra herencia.

—No, señor —negó Dallas. Miró a Jane, que le brindó una pequeña sonrisa para darle fuerzas—. Se trata de Colin. Y de Adele.

Los ojos de Lisa se pasearon entre los dos.

—¿Está muerto? Oh, Dios, ¿le ha pasado algo a Colin? Adele debe de estar destrozada. Ha llamado casi todos los días para preguntar si sabía algo de él. Nunca me ha caído demasiado bien esa mujer, pero sé que está muy asustada por él.

—Colin ha desaparecido —comenzó Dallas—. Pero no como vosotros pensáis.

—¿Qué quieres decir?

—Bill nos ha contado que el FBI va tras él —intervino Jane—. Imaginamos que o bien lo ha encontrado el FBI, o alguien a quien ha cabreado, o bien está huyendo.

—¿Qué te había dicho? —comentó Eli—. ¿No te dije que tenía las manos sucias otra vez? ¿De qué se trata? ¿Fraude fiscal de nuevo?

—Secuestro —declaró Dallas sin vacilar mientras Jane se sentaba junto a Lisa y le asía la mano—. Nuestro secuestro.

—¿Qué? —Lisa parpadeó, confusa—. ¿A qué te refieres con vuestro secuestro?

—Él estuvo detrás de todo, mamá —informó Jane con suavidad—. Colin fue el hombre que estuvo detrás de nuestro secuestro.

Eli, que se encontraba al fondo de la estancia, profirió un sonido a medio camino entre una tos y un grito. Paseó la mirada entre todos y su rostro adquirió un tono enrojecido casi cómico. Luego cogió un jarrón de Tiffany's que debía costar una fortuna y lo arrojó al otro lado de la habitación, haciéndolo añicos contra las baldosas de delante de la chimenea.

—¡Eli!

Pero él no respondió, sino que salió con paso airado del cuarto, dejando a su esposa y a sus hijos atrás.

Lisa iba a levantarse, pero Jane se lo impidió.

—No. Ya conoces a papá. Dale un minuto.

Lisa asintió. Todos conocían a Eli. Solía cabrearse poco a poco, pero a veces estallaba con la furia de un dragón. Se tranquilizaría y volvería para consolar a su esposa. Hasta entonces, Dallas y Jane se ocuparían de Lisa.

—¿Estáis seguros? Puede que haya habido un error.

Jane miró a Dallas y vio en sus ojos la silenciosa pregunta: ¿cuánto podían contarle?

—No ha habido ningún error. —La voz profunda de Eli resonó en el cuarto y Dallas se giró y vio a su padre de pie en la puerta. Alto, orgulloso y muy cabreado—. Por supuesto que fue él. Deberíamos haberlo visto. Deberíamos haberlo sabido.

Cruzó la estancia, se sentó junto a Lisa y la estrechó entre sus brazos; una mujer laxa y cansada comparada con su fortaleza intensa y furiosa.

—Lo hizo para castigarnos —prosiguió Eli—. Para hacerte daño. Nunca se trató de los niños.

—No. —Ella alzó la cabeza—. No, él jamás le haría eso a Jane. Ni a Dallas —agregó, pero por su forma de pestañear, Dallas se dio cuenta de que no estaba tan segura. Que una parte de ella lo creía y entendía—. No —repitió—. Fui su esposa. Lo habría sabido si fuera capaz de eso.

—Es un psicópata —adujo Eli, acariciándole el pelo—. Sabía... sabe cómo ocultarlo.

—Es peor —continuó Jane—. Pensamos que Adele también estuvo involucrada. Queríamos que lo supierais por si se pone en contacto con vosotros. Ahora mismo está huyendo; sabemos que se ha ido a Londres. Pero a saber cuánto tiempo estará allí, y puede que contacte contigo, mamá. Si quiere que almorcéis juntas, invéntate alguna excusa. Pero hagas lo que hagas, no te reúnas con ella.

Incluso Eli se quedó sin palabras durante un momento. Dallas lo entendía; costaba trabajo asimilar una evidencia así en solo unos instantes.

Entonces Lisa meneó la cabeza con fuerza, como si fuera la única forma de acallar el ruido en su interior, y se puso en pie.

—Tengo... tengo que irme. Necesito caminar.

—Cariño, no. —Eli sujetó su mano entre las suyas y Dallas vio tanto amor y preocupación en sus ojos que durante un instante perdonó cada equivocación de su padre—. Quédate aquí. Tumbate. Te prepararé una copa.

Pero ella apretó los labios y meneó la cabeza.

—No. Estoy bien. Bueno, no, no lo estoy. Pero necesito aire. Un poco de aire fresco. Solo cruzaré la calle. Me siento atrapada, Eli. Necesito...

—Pasearé contigo, mamá —se ofreció Dallas.

—No. —La voz de Eli era firme—. Por favor —añadió de manera menos enérgica—. Jane puede ir con su madre. Me gustaría hablar contigo.

Dallas miró a Jane, que cogió a Lisa del brazo.

—Vamos, mamá. Podemos dar una vuelta por el parque.

Dallas sabía que serían carnaza para los paparazzi, pero se daba cuenta de que Lisa necesitaba salir y Jane le hizo un gesto con la cabeza para decirle que estaba preparada. Gracias a Dios no tenía que preocuparse de Adele ni de su cómplice. Había todo un océano de por medio entre ellos.

Las vieron marchar y, cuando desaparecieron tras las puertas del ascensor, Dallas sintió que parte del peso del día también le abandonaba. No sentía nada, pero al mismo tiempo resultaba agradable contarles al menos una parte de la verdad. Proporcionarles cierto punto final, aunque las circunstancias fueran espantosas.

Había más cosas que decir, por supuesto. Todavía mantenía el secreto de Liberación. Que sentía el aliento de Bill en la nuca. Pero eso lo dejaba para más adelante. Quizá, si tenían suerte con Bill y su banda de alegres investigadores, esa conversación podría incluso posponerse de forma indefinida.

Pero en esos momentos ni Bill ni Liberación importaban. Lo único que Dallas quería era oír lo que su padre tenía que decir. No era tan tonto como para hacerse ilusiones, pero no podía evitar que una vocecilla le insinuara que la única razón de que su padre quisiera verlo a solas era la de discutir su propuesta de anular la adopción.

—Esto va a ser duro para tu madre —empezó Eli cuando pasaron de nuevo del vestíbulo al cuarto de estar y se sentaron.

—Mucho —convino Dallas—. Estuvo casada con él durante años. Nunca imaginó lo lejos que llegaría.

Eso lo entendía. La situación no era la misma que la suya con Adele, pero se asemejaba lo suficiente como para ser capaz de empatizar con su madre y entender lo ciega, vulnerable y estúpida que se sentía.

—Tu madre y yo no tuvimos la culpa.

Dallas ladeó la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Que anuláramos sus derechos paternos fue positivo —prosiguió Eli—. Puede que eso le provocara, puede que activara el interruptor e hiciera que fuera a por ti, pero no podíamos saber que acabaría de ese modo.

Dallas parpadeó; no sabía si enfurecerse porque su padre estuviera tratando de exonerarse o triste porque se sintiera tan culpable como para intentar salir limpio de todo aquello. Al final, solo se sentía triste y un poco cansado.

—Papá —dijo—, por supuesto que no tuvisteis la culpa. Tampoco la tuvimos Jane

ni yo. El culpable es Colin.

—Eso es cierto. Ese hombre es un lunático. A saber qué le habría hecho a Jane si no hubiéramos hecho que le retiraran los derechos paternos. Si nuestra Jane hubiera vivido una parte del año bajo el mismo techo que ese monstruo. A veces es mejor poner fin a las cosas.

—Sí, señor.

—He estado pensando en Jane y en ti —prosiguió, y Dallas abrigó un atisbo de esperanza. Sin duda eso significaba que había estado estudiando lo de la anulación—. En primer lugar, quiero volver a ponerte en nómina. Recuperar cierto nivel de normalidad y seguir adelante.

Dallas tragó saliva; esperaba que eso fuera posible, pero temía que nunca lo fuera. No cuando Bill iba a por él.

Pese a todo, respondió con la verdad:

—Eso me gustaría.

—Eso pensaba. Lo esperaba. Y te quiero como director de operaciones de las divisiones de Reino Unido y de Alemania. —Hizo una pausa y miró a Dallas con expectación—. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

Dallas frunció el ceño con incertidumbre.

—¿Crees que Jane y yo estaríamos a salvo de los medios en el extranjero?

—Jane se quedaría aquí, en su casa de Los Ángeles. Es lo que los dos necesitáis, Dallas. Lo que necesita esta familia. Tiempo. Distancia.

Dallas se levantó, impulsado por la fuerza de su furia; una ira que apenas era capaz de controlar.

—¿Cómo es posible que no lo entiendas? Ella es el amor de mi vida. Ya estaríamos casados si no fuera por la adopción. Y ni el tiempo ni la distancia van a cambiar eso. Joder, yo no querría que lo cambiara, ni ella tampoco.

—Tranquilízate, chico. Te estás poniendo...

—Solo estoy siendo sincero. No puedes limitarte a... —Sonó su maldito móvil, pero era Liam, así que le hizo una señal a su padre para que esperara—. ¿Qué? —masculló.

—Ha dado media vuelta, Dallas. Esa puta se ha vuelto después de aterrizar en Londres. ¿Lo entiendes? Está en Nueva York. Adele está en algún lugar de la ciudad en estos momentos.

Liam seguía hablando mientras Dallas corría hacia las escaleras de servicio,

incapaz de esperar el ascensor. Le faltaba el aliento cuando irrumpió en el vestíbulo después de bajar corriendo ocho plantas, pero no se detuvo.

Siguió corriendo hacia la puerta y vio que Charlie se aproximaba a él casi a la misma velocidad.

—¿Dónde están?

—Había una furgoneta. —Charlie tomó aire con brusquedad—. Una furgoneta ha golpeado a su madre en el cruce. Ella sigue ahí. He llamado a emergencias y un médico que pasaba por la acera se ha acercado a ayudar.

—Jane —exigió—. ¿Dónde está Jane?

Charle abrió los ojos como platos.

—¡No está! Salió un hombre de la furgoneta, la agarró y se marcharon. No sabía qué hacer. Se lo he contado a la operadora del 911 y la policía viene también hacia aquí y yo...

A pesar de que siguió hablando, Dallas no escuchó una sola palabra. La ira ocupaba por completo su cabeza y el miedo dominaba su corazón.

La puta ha vuelto

Me retumba la cabeza cuando despierto, y aunque intento abrir los ojos, solo consigo bizquear un poco. Hay docenas de focos apuntándome y no puedo ver nada excepto la luz blanca y arcos tenues y fantasmales en la periferia de mi campo visual, que parecen danzar y dar saltos.

Estoy mareada; recuerdo que me han pinchado con una aguja. Supongo que algún tipo de alucinógeno, a juzgar por la forma en que todo parece tambalearse.

Al cabo de un momento me doy cuenta de que estoy de pie. Intento levantar una mano para protegerme los ojos, pero no puedo. Tengo las muñecas atadas a la espalda contra un poste. Trato de dar un paso al frente, pero también tengo los tobillos trabados.

Con todo, lo que más me aterra es la cuerda que me rodea el cuello.

No sé dónde estoy, pero sí quién me ha traído hasta aquí. Y eso me hiela la sangre.

—Adele —digo, aunque el nombre es solo un susurro—. Por favor. Mi madre. ¿Dónde está mi madre?

No espero que me responda. Sé cómo trabaja. Me dejará aquí durante horas y horas. Sudando por el calor de los potentes focos. Con la boca seca por la necesidad de agua. Con los músculos doloridos y temblorosos. Con el estómago encogido y atontada por el miedo y el hambre. Me llevará hasta el límite, y cuando esté a punto de volverme loca o al borde de la muerte, traerá agua. Pan. Puede que incluso carne cocida.

Y luego el horror empezará de nuevo.

O tal vez no. Puede que esta vez esté harta de juegos y solo quiera matarme.

¿Qué fue lo que dijo en su último mensaje? ¿Que podría haberme hecho cosas mucho peores?

Creo que esto es peor.

—Adele, por favor...

Y entonces oigo sus tacones. Esos malditos zapatos de tacón de aguja que siempre lleva. Repiquetea en el suelo de hormigón, y si entrecierro los ojos, alcanzo a distinguir movimiento a mi izquierda. Se coloca a un lado y bloquea uno de los focos.

Ahora puedo ver su silueta a contraluz. No distingo su cara, pero no me cabe duda de que en ella hay una sonrisa afectada, fría y demente.

—Por favor, ¿qué? ¿Por favor que sea rápido? No quiero darme prisa. Me has hecho sufrir durante diecisiete años. No creo que seas capaz de aguantar tanto, pero estoy deseando intentarlo.

—Creía que éramos amigas, Adele —digo. No porque lo crea, sino porque estoy desesperada—. ¿Por qué haces esto?

—Querida, somos amigas. O al menos eso creía. Te mantenías alejada de él, tal y como debe hacer una amiga con el hombre de otra mujer. No te guardo rencor por lo que hiciste cuando eras joven, los adolescentes cometen estupideces, pero cuando creciste lo comprendiste. Te marchaste. E hiciste bien, querida Janie. Incluso te casaste, despejaste por completo el camino. Y entonces... —dice, y el tono amable de su voz se vuelve afilado como un cuchillo— lo torciste todo.

»¿Quieres saber por qué hago esto? Lo hago porque tú has empezado. Porque no me has dejado otra opción. Porque cuando alguien intenta quitarte lo que es tuyo, la única alternativa es luchar. Y, querida Janie, te prometo que esta es una guerra que voy a ganar.

Ojalá pudiera verle la cara. Quiero ver la locura en sus ojos. Quiero enfrentarme con el monstruo que nos ha estado persiguiendo en todo momento.

Pero solo puedo hablarle a una sombra.

Solo puedo rezar para que Dallas me encuentre a tiempo.

Porque no necesito ver su cara para saber que si se sale con la suya no voy a salir con vida de este cuarto.

Joder, nos quedamos sin tiempo —gritó Dallas cuando irrumpió en el cuartel general de Liberación.

Ya habían pasado treinta y siete putos minutos; treinta y siete minutos desde que una furgoneta blanca atropelló a su madre en el cruce y casi seguro que la habría matado si Jane no hubiera estado allí para apartarla de un empujón y reducir el impacto. Treinta y siete minutos desde que un hombre con barba y gafas oscuras se bajó por la puerta del pasajero y apartó a Jane de Lisa por la fuerza. Treinta y siete minutos desde que ese hombre cerró de un portazo, atrapando a Jane en el interior mientras el conductor se largaba a toda prisa, dejando a Lisa en la calle, sangrando.

Treinta y siete putos minutos desde que la había perdido. Y eso hacía que fueran treinta y seis minutos y cincuenta y nueve segundos de más en lo que a la seguridad de Jane se refería.

—Lo sé —respondió Liam, que levantó la vista del monitor que tenía delante—. ¿Crees que no lo sé?

—Lo siento... lo siento.

Dallas sabía que Liam estaba igual de desquiciado que él. Igual de preocupado. Igual de aterrado.

—Adele la matará esta vez. Nuestra única posibilidad es encontrarlas cuanto antes y confiar en que no lo haya hecho ya y se haya librado del cuerpo.

Joder, ¿acababan de salir esas palabras de su boca?

—Estamos en ello. Hemos confirmado que Christopher Brown fue uno de sus pacientes.

—Háblame de él.

—Christopher Brown. Varón caucásico, veintisiete años en la actualidad. Antiguo

delincuente juvenil. Historial de abusos sexuales, como víctima y como perverso. De adulto, su lista de antecedentes es larga y variada. Arrestos que van desde la agresión a la violencia doméstica, pasando por el hurto y el robo a mano armada. Se declaró culpable de intento de violación y como parte del acuerdo aceptó someterse a terapia.

—Así fue como conoció a Adele.

—Bingo.

—¿Domicilio?

—Esa es la cuestión. Tiene alquilada una casa en Queens, pero no está allí, y tampoco Jane o Adele. Pero Noah y Tony han encontrado un recibo de un trastero alquilado. Están de camino. Espero un informe en cualquier momento.

Dallas asintió, con el estómago encogido.

—No estarán allí. Adele la tendrá en un lugar más seguro. Más privado. En un trastero hay demasiada gente yendo y viniendo.

No dijo que la única forma de que encontraran a Jane en un trastero era si Adele se había deshecho allí del cadáver. No lo dijo, porque ni siquiera podía soportar pensar en ello.

—¿Alguna propiedad a nombre de Adele? ¿Nada aún?

—Nada.

—¡Mierda!

Estaba a punto de insistir para que Liam llamara a Tony y lo comprobara, cuando sonó un mensaje entrante en el móvil de su amigo.

Lugar despejado. Ni rastro de Jane ni de Adele.

No hay indicios de actividad reciente.

Punto muerto. Vamos al Breakers

—¿Qué es eso? —preguntó Dallas, leyendo por encima del hombro de Liam.

—Un bar que suele frecuentar Brown. —Exhaló un suspiro, que sonó tan abatido como se sentía Dallas—. Estamos rascando el fondo del barril. Los chicos harán preguntas, por si Brown ha dicho algo, si ha mencionado a la mujer con la que se veía, alguna propiedad a la que fuera con ella. Cualquier cosa que pueda ponernos en la dirección correcta.

—No tenemos tiempo para eso.

—¿Crees que no lo sé? —La réplica de Liam fue severa e inmediata—. ¡Mierda!

Lo siento, tío. No pretendía...

—Lo sé. Lo entiendo. ¡Joder! ¿Cámaras de tráfico? ¿Cajeros automáticos? ¿Podemos rastrear el trayecto de la furgoneta? ¿Averiguar en qué barrio ha terminado?

—Quince está con eso. —Señaló la sala de conferencias en la que Dallas podía ver a Quince paseándose detrás del cristal, con un auricular con micrófono puesto y una tableta en la mano—. Ha reclamado favores al MI6 y a algunos amigos del FBI. Nada aún, pero hay un montón de información que revisar. Puede que haya suerte.

—No tenemos tiempo para la suerte. Solo tenemos una oportunidad de averiguar adónde se la ha llevado Adele. Colin.

Liam meneó la cabeza.

—Podemos intentarlo de nuevo, pero tiene una gran tolerancia a las drogas. Los únicos resultados claros que Quince ha podido sacar han sido en el polígrafo y no podemos señalar cada edificio de Manhattan y preguntar si Adele está ahí.

—No va a ser Quince quien se encargue —dijo Dallas cuando Archie se acercó con unas tazas de café para ambos—. Voy a ser yo. Y no lo quiero drogado. Quiero que hable conmigo.

—¿De verdad piensas que te dirá algo?

—Quiere a Jane —repuso sin más y miró a Archie—. Tú has estado con nosotros toda la vida. Conocías a Colin antes incluso de que yo llegara. Le viste con Jane, con mi madre. ¿Me equivoco? ¿Me lo contará?

El rostro de Archie se puso en tensión.

—No es el hombre que conocí. Pero si todavía queda algo de aquel hombre dentro de él... sí. Ese Colin quería a su hija. Si te ayuda, lo hará por ella.

—Entonces, decidido —concluyó Dallas, y sin esperar a que respondieran, cruzó el cuarto hasta la celda de Colin e introdujo el código.

—Dallas.

Colin levantó la vista cuando entró. Estaba demacrado, con los ojos inyectados en sangre y unas ojeras que le daban un aspecto cadavérico. Llevaba días sin afeitarse y su barba irregular hacía que tuviera un aspecto muy desmejorado. Permanecía sentado tras la mesa, pero esta vez sus manos estaban esposadas a los brazos de la silla metálica.

Parecía derrotado.

Dallas esperaba que así fuera.

—Sabemos lo de Adele. Intentaste protegerla porque la amas. Lo entiendo. Habéis estado juntos más tiempo del que imaginaba, más de diecisiete años. Ahí hay una historia. Hay complicidad. Pero a pesar de todo eso, está tu hija.

Colin no se movió mientras hablaba. Joder, apenas respiraba. Pero parpadeó un poco cuando mencionó a Jane.

—Adele la tiene. Ha utilizado una furgoneta para atropellar a Lisa en la calle. — Otro parpadeo. Y los nudillos de Colin se pusieron blancos—. Cuando Jane fue a ayudar a su madre, un hombre bajó de la furgoneta y la arrastró al interior.

Evitó a propósito decir «nuestra» madre.

Colin levantó la cabeza.

—¿Dónde está Adele ahora?

Y ya estaba. Le tenía.

Dallas se sentó frente a él.

—No lo sabemos. Pero lo que sí sé es que matará a Jane.

Se le quebró la voz mientras hablaba, pero no se esforzó por disimularlo. Que Colin viera lo asustado que estaba. Que supiera que el peligro era real. Demasiado real.

—No lo entiendo. —La voz de Colin era casi un quejido—. ¿Por qué has venido? ¿Por qué no estás buscando a mi pequeña? ¿Qué quieres de mí?

—¿Dónde están, Colin?

—Yo... no lo sé. ¿Cómo voy a saberlo?

Dallas se apoyó en el respaldo de su silla y trató de aparentar que tenía todo el tiempo del mundo. Un hombre tranquilo que negocia un trato, como cualquier otro día.

—Entiendo por qué no nos dijiste antes que Adele estuvo involucrada en el secuestro —continuó—. Pero sabemos la verdad. No estamos enfadados, Colin. Amabas a Adele. Intentabas ayudarla. —Se inclinó hacia delante, con la vista clavada en la cara de Colin—. Pero ahora necesito que ayudes a Jane. Porque ella te necesita desesperadamente. Tú eres su padre. Sangre de su sangre. Y eres el único que puede salvarla. Así que dímelo, Colin. ¿Adónde se la ha llevado Adele? ¿Adónde llevaría a una mujer a la que quiere torturar y matar?

Los hombros de Colin se estremecieron y meneó la cabeza.

—No. No, no lo haría.

Dallas se agarró al borde de la mesa y apretó tan fuerte como pudo en un intento

por mantener la calma. Por no saltar por encima de la mesa y estrangular a ese hombre. A aquel estúpido y maniaco lunático sin el menor sentido de la realidad.

—¿De verdad crees que Adele la soltará? Conoces a esa mujer mejor que nadie, Colin. ¿De verdad crees que dejará vivir a Jane? ¿Después de lo que me hizo a mí? ¿Sabiendo lo obsesionada que está conmigo?

Le dolía pronunciar esas palabras en voz alta; de hecho, el esfuerzo era tan grande que lo notó en todo el cuerpo. Estaba tan tenso que no sabía hasta cuándo podría contenerse y se levantó, rodeó la mesa y se paseó delante de Colin con la esperanza de que moverse le ayudara a controlar la ira.

«Por Jane», pensó. Tenía que mantener la calma por Jane.

Colin se limitó a menear la cabeza de nuevo.

—No lo sé —repuso con un punto de histeria en la voz—. No sé de qué me hablas. ¿Qué te hizo? Es tu amiga, siempre lo ha sido. Sé que tuvisteis una relación, pero ella ha pasado página. Tú has pasado página. No sé de qué me hablas.

—Puto mentiroso —masculó Dallas, preparando el puño para golpear a Colin en la mandíbula.

Sollozos violentos estremecieron al anciano.

—¡No lo sé! —exclamó—. ¡No sé de qué hablas!

Y Dallas le creyó, maldita sea. El miedo en sus ojos. El terror desenfocado. No a que le descubrieran mintiendo, sino a que le castigaran de nuevo por algo que ni siquiera entendía.

—Cabrón inútil —siguió Dallas—. Tú planeaste el secuestro, no se te ocurra negarlo. Quince te ha sometido al polígrafo y Ortega lo sugirió antes de morir. Antes de que organizaras su muerte. Ahora, ayúdame a encontrar a Jane, maldita sea.

—Exploté —barbotó Colin—. Lo que Eli hizo, lo mucho que Lisa me hirió... Y el dinero. Estaba sin blanca y necesitaba...

—Le diste carta blanca a esa puta —gruñó Dallas, interrumpiendo la serie de excusas casi incomprensibles.

—No... no. Solo comida. Agua. Cuidó de ti.

Dallas prorrumpió en una carcajada estentórea.

—Y una mierda. —Se acercó, apartó a un lado la silla de Colin de golpe para poder acercarse y colocó las manos en los brazos de Colin, justo por encima de las muñecas—. Ató a Jane. La dejó a oscuras, atada a una mesa. Sin comida, sin agua. Durante horas. A veces días —declaró. Colin se limitó a lloriquear y a menear la cabeza—.

Pero fue más blanda con Jane. Era a mí a quien quería. Era a mí a quien pretendía destrozar. Quizá jugaba conmigo porque sabía que te importaría una mierda. Que te encantaría matarme si Eli no pagaba el puto rescate. O quizá ya estaba obsesionada conmigo. Quizá por eso ha estallado así, porque ha cargado con esta obsesión desde hace demasiado tiempo. Qué sé yo. Me importa una mierda. Solo sé que hizo cosas espantosas... —Se le quebró la voz e inspiró hondo, como si estuviera reuniendo fuerzas—. Cosas de índole sexual. De carácter emocional. Juegos sexuales, mentales, y todo lo que se te ocurra. Me destrozó, Colin. Me destrozó, joder. Y Jane me salvó.

»Ahora la puta de tu novia la ha cogido. Va a matarla. En alguna parte de ese cerebro enfermizo piensa que así se despeja el camino hasta mí. O a lo mejor sabe que jamás estaría con ella y va a matar a Jane para castigarnos a los dos. Me importa una mierda. Solo sé que la mujer a la que amo, la mujer a la que engendraste y a la que dices querer, va a morir si no actuamos ya. Todo depende de ti.

—¡No lo sé! ¡Juro que no lo sé! Oh, Dios, Dallas, ¡te juro que no lo sé!

Dallas no sabía si estaba mintiendo, y en ese instante no podía importarle menos.

—Ayúdame, joder. Dime adónde se la ha llevado. Dímelo antes de que mate a Jane.

Durante un momento, Colin guardó un silencio absoluto salvo por el sonido de su respiración entrecortada y llorosa. Luego levantó la cara y Dallas vio en él una determinación renovada.

—No.

Dallas se echó hacia atrás. Las palabras de Colin tenían la fuerza de un puñetazo en el estómago.

—¿Qué demonios has dicho?

—No —repitió Colin, y parte de su confianza anterior pareció aflorar de nuevo a su cara—. Tengo una idea de adónde la ha podido llevar Adele. Y te lo diré —añadió—. Pero tiene un precio.

El juego del escondite

Dallas estaba sentado junto a Liam en el Range Rover mientras Quince maniobraba entre el tráfico hacia la granja de Connecticut que Colin le había indicado. Una propiedad que necesitaba una reforma y que Adele había comprado con su verdadero nombre cuando se mudó a Estados Unidos después del secuestro.

—Dijo que era como ella —explicó Colin—. Que a medida que ella creciera y cambiara, la casa también lo haría. Ella es así. Se conoce muy bien a sí misma. Por eso es tan buena terapeuta. Por eso pudo ayudarme a enfrentarme a lo que habíamos hecho y me animó a que resucitáramos nuestra relación cuando Jane y tú estabais en la universidad.

«Puto imbécil», quiso decir Dallas. Porque Colin parecía creerse de verdad esa sandez. Que Adele era una especie de gurú de la psicología, que se forjaba un camino entre sus neurosis. No tenía ni idea de que era una psicópata, de que su propio empeoramiento había alimentado su obsesión.

Tal vez Colin fuera realmente un hombre que había perdido el control, al que la pérdida de su hija y su ruina económica habían llevado al límite.

Tal vez.

Pero Adele estaba mal de la cabeza al cien por cien.

Y eso aterrorizaba a Dallas.

Colin estaba en la parte trasera del todoterreno, flanqueado por Noah y por Tony. Lo habían amordazado y llevaba unos cascos con música clásica para asegurarse de que los hombres pudieran hablar con libertad sin proporcionarle información inapropiada para sus oídos. En realidad, Dallas no creía que Colin hubiera revelado la localización como parte de un plan mayor orquestado por Adele, pero no quería correr ningún riesgo.

Liam se volvió hacia él.

—¿Qué vamos a hacer con él cuando esto acabe?

A Dallas se le encogió el estómago. Si no necesitara la información que Colin podía proporcionarle, en esos momentos le metería un balazo en los sesos al muy cabrón. O tal vez no. Aunque odiaba la compasión que se había despertado en su interior, no podía negar su existencia. Y esa compasión podría salvarle la vida al muy hijo de puta.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando hayamos recuperado a Jane sana y salva —respondió Dallas. Se giró en su asiento para mirar al hombre amordazado—. Si no la recuperamos, me importa una mierda lo que le ocurra.

La aislada granja se encontraba al final de un camino de tierra que se abría a casi cinco hectáreas de manzanos desatendidos. Con Quince al volante tardaron una hora y media en llegar hasta allí. Cuando se aproximaron por fin al desvío hacia la propiedad, Dallas estaba a punto de perder los estribos.

—Iremos a pie a partir de aquí —dijo Liam, y Dallas asintió. Liam era el líder en esos momentos. Dallas no solía estar sobre el terreno, y además era consciente de que le miedo le nublaban el juicio—. Tony y Noah, acercaos a la casa e instalad el dispositivo. Que no os vean, que no os oigan. En cuanto las hayáis localizado dentro, hacednos una señal. Colin entrará conmigo y con Dallas. Quince nos proporcionará apoyo desde otro punto de acceso. Tony, tú te encargas de cualquier otra persona que pueda haber dentro del edificio. Noah, tú estás pendiente del ordenador a menos que Quince y Tony necesiten ayuda.

Ya habían repasado el plan varias veces, pero nunca estaba de más volver a oírlo. Consolidarlo. Y a Dallas le proporcionaba la sensación de que aquello iba a pasar de verdad. Que estaban en ello. Que iban a entrar y ella iba a salir.

En Manhattan habían obtenido los planos originales de la granja, pero no había forma de saber si se habían efectuado modificaciones. Con suerte, no. El plan consistía en que Quince y Liam entraran a través del acceso al sótano mientras Colin y Dallas lo hacían por la puerta de la cocina. Los localizarían, se aproximarían y luego valorarían la situación. De ser necesario, intentarían razonar con Adele y Dallas le prometería todo lo que quisiera. Pero el objetivo verdadero de la misión era acabar con ella, y los hombres tenían que permanecer escondidos el tiempo necesario para conseguirlo, siempre que no comprometiera la seguridad de Jane.

En cuanto a las tareas de Noah y de Tony, el primero estaría posicionado cerca de

la puerta principal y el segundo determinaría la suya él mismo en cuanto supieran cuánta gente había en la propiedad.

Esa pequeña tarea se realizaría utilizando el dispositivo de escucha inventado por Noah. Estaba diseñado para edificios mucho más grandes, pero debería funcionar igual de bien en la casa, identificando y retransmitiendo conversaciones en el interior. El equipo suponía que Jane estaría retenida en el sótano o en el desván. Con el dispositivo podrían confirmarlo y ahorrar un tiempo valioso.

Ahora que se estaban moviendo, Dallas le quitó los cascos a Colin para que pudiera oír y seguir instrucciones. Le dejó puesta la mordaza. Su quebradiza confianza en él no llegaba tan lejos y de ninguna manera pensaba arriesgarse a que Colin avisara a gritos a Adele.

Estaban a unos cien metros de la casa cuando Dallas recibió un sonido en su auricular, seguido por la voz de Noah.

—Parece que hay tres personas en el edificio. El objetivo está en el sótano junto con Jane. Un varón identificado como Christopher está en la planta baja, en la zona de la cocina. Adele ha hablado con él a través del intercomunicador de la casa.

—¿Jane está bien? —preguntó Dallas a la vez que Liam se interesaba por si había más personas dentro.

—No puedo confirmar lo de Jane, pero creo que está viva y consciente. Adele estaba hablando con ella y la ausencia de una respuesta se debe seguramente a una mordaza. En cuanto a otras personas, es una posibilidad. El dispositivo detecta conversaciones, no rastros de calor humanos. Podría haber más objetivos en el edificio que estén descansando o durmiendo, pero no hay forma de saberlo con seguridad.

—No tenemos ningún indicio de que trabaje con más gente —reflexionó Liam después de cortar la transmisión—. Pero no lo sabremos hasta que estemos dentro.

Dallas se volvió hacia Colin y le bajó la mordaza de un tirón. El hombre cogió aire, se dobló por la mitad y apoyó las manos en las rodillas mientras respiraba.

—Habla —ordenó Dallas.

—No habrá nadie más —dijo Colin en voz baja. Movié la cabeza para mirar a Liam y a Dallas—. Adele no suele confiar en la gente con facilidad.

—¿Quién es Christopher?

—Un paciente. Sabía que había empezado a acostarse con él; no entendía por qué. —Tomó aire—. Supongo que ahora lo entiendo.

Dallas miró a Liam.

—Sabía que necesitaría ayuda

—¿Se acostaba con alguien más? —le preguntó Liam a Colin.

—Creo que no.

—Es probable que estén solo los tres aquí —repuso Liam, centrando de nuevo la atención en Dallas—. Empieza el juego.

Liam cortó la conversación y siguió el mismo camino que había tomado Quince, mientras Dallas y Colin se dirigían hacia la puerta. Dallas llevaba una Glock en la cintura y una Ruger en el bolsillo, y no dudaría en usar cualquiera de las dos con Adele si le había tocado un solo pelo de la cabeza a Jane.

—Pasos. —La voz de Noah sonó en su oído cuando entraron por la puerta de la cocina—. Ubicación indeterminada. Puedo situar voces con más precisión.

Dallas no dijo nada, reacio a hablar y revelar su presencia a Adele.

Señaló la puerta que conducía al sótano. Se aproximaron con cuidado y abrieron la puerta con las armas desenfundadas.

Bajaron las escaleras muy despacio, pero en cuanto llegaron al suelo de hormigón, Dallas se dio cuenta de que toda su planificación había sido en vano.

—Hola, cariño —le saludó Adele, apuntando con su arma a Jane, que estaba amordazada y atada a un poste.

Pero tenía los ojos bien abiertos y no necesitó palabras para saber que estaba aterrorizada. Trató de tranquilizarla, pero la situación no pintaba bien. Sabía que Noah podía oírlo todo, pero Tony y él solo entrarían cuando se encargaran de Christopher Brown. Y ¿qué podrían hacer cuando llegaran? Con una pistola en la cabeza de Jane, Adele tenía todas las cartas.

Sobre todo, porque parecía que Liam y Quince todavía no habían llegado al sótano.

—Sé un buen chico y empuja tu pistola hacia aquí. Vamos —le ordenó—. Hazlo.

Dallas dejó con cuidado su Glock en el suelo y la empujó con el pie hacia ella.

—¿Llevas más armas? —añadió, apuntándole con la pistola mientras se acercaba a él. Pero no se lo preguntaba a él, sino a Colin.

—En el bolsillo delantero derecho.

—Quítatela, cariño. Lo mismo de antes. En el suelo. Empújala hacia mí. —Entonces se echó a reír, como si hubiera visto algo en la cara de Colin—. Bueno, ¿cómo puedo saber lo que has estado tramando? Estabas con ellos. Eso significa que podrías no estar ya conmigo.

—Adele, no —dijo Colin mientras sacaba el arma del bolsillo de Dallas.

—Eres un auténtico hijo de puta —masculló Dallas, aunque lo cierto era que no había esperado otra cosa de ese hombre.

Colin se encogió de hombros y empujó con el pie el arma hacia Adele.

—No voy a ir a la cárcel, Dallas. Otra vez no. —Miró a Adele—. Vienen más.

Ella meneó los dedos en su dirección.

—Ven conmigo.

Colin lo hizo y ella volvió a apuntar a Jane mientras él se acercaba.

—Un seguro, por si logran entrar con facilidad. Pero no lo creo. He reforzado la puerta del sótano y no hay otra entrada salvo la que habéis utilizado. Y en caso de que se os haya pasado por alto, esa puerta al pie de las escaleras es de hierro macizo. A tus amigos les costará un buen rato atravesarla.

—Nunca saldréis de aquí —dijo Dallas.

—Por supuesto que sí. —Esbozó una dulce sonrisa—. Tenemos rehenes.

—Putas asquerosas.

La mente de Dallas giraba a toda velocidad, tratando de dar con el mejor plan. Si las entradas estaban reforzadas, necesitaba ganar tiempo para que los demás pudieran acceder. Seguir hablando y mantenerla ocupada. Pasarle a Noah toda la información que pudiera a través del auricular.

Y conseguir que apuntara esa pistola a cualquier otra parte menos a Jane.

—Me has desarmado, Adele. Baja la pistola. No nos arriesguemos a tener un accidente, ¿vale? No hay razón para apuntarla con el arma.

—Oh, yo creo que sí la hay.

Dallas mantuvo la vista fija en Adele, pero la desvió una vez hacia Jane. Se mantenía estoica, con los ojos un poco vidriosos, quizá como consecuencia de alguna droga, pero se giró hacia él y vio confianza en ellos.

Confianza que de ninguna forma pensaba defraudar. Sin embargo, en ese preciso instante, no sabía qué coño hacer a continuación.

—Lo siento muchísimo, Janie —dijo Colin desde donde estaba, al lado de Adele—. Nunca quise hacerte daño. Solo necesitaba el dinero. Necesitaba mucha pasta, y rápido. Y estaba tan furioso con Eli y con tu madre que me pareció el plan perfecto. No sabía que tú estarías allí... ¡No lo sabía! Solo quería el rescate y luego iba a soltar a Dallas. Pero todo se descontroló. ¿Puedes perdonarme? Por favor, dime que puedes perdonarme.

Hombre abatido

Lo siento muchísimo, Janie. Nunca quise hacerte daño. ¿Puedes perdonarme? Por favor, dime que puedes perdonarme.»

Pero ¿cómo se perdona a alguien que tan gentilmente ha robado un trozo de tu vida?

Yo no lo sé, y las palabras de Colin siguen resonando en mi cabeza mientras Adele se ríe.

—Por Dios, Colin, ¿puede haber un bobo más sensiblero que tú?

Agita la pistola con la que me apunta con tanta despreocupación como si pretendiera aplastar una mosca.

No creía que pudiera estar más asustada, pero mi corazón empieza a latir aún más rápido, y atruena en mis oídos de forma que me cuesta oírla.

—No te perdonará —continúa Adele—. ¿Por qué iba a hacerlo? Y ¿por qué la necesitas a ella cuando me tienes a mí? De hecho, ¿para qué te necesito a ti cuando tengo a Dallas? Está obsesionado con ella, ¿sabes? Y siempre es mejor romper los lazos de una obsesión con rapidez, como cuando se arranca un apósito.

Sus palabras asaltan mi mente con nitidez, todo es muy real y me pregunto si le pasa a todo el mundo antes de morir, porque no me cabe duda de que está a punto de matarme, o si es solo el efecto de las drogas que no deja de inyectarme cada pocas horas. Sustancias que hacen que la cabeza me dé vueltas y que el mundo entero no deje de moverse, con las que seguramente me están matando poco a poco, con la misma precisión que un disparo de esa pistola.

Cierro los ojos y me esfuerzo por no divagar, aunque no sé por qué es eso importante. Estoy amordazada, por lo que no podría comunicar ningún plan brillante,

aunque se me ocurriera alguno. Solo puedo quedarme aquí, atada a este poste, y ser testigo mudo de mi propia muerte.

Dallas está a mi derecha, y a pesar de todas sus promesas de protegerme, no sé cómo va a conseguirlo. Aunque Adele no le hubiera quitado el arma, no podría disparar. No con su pistola apuntándome a mí y el dedo en el gatillo.

Puede que él no esté atado, pero ahora mismo está tan indefenso como yo.

Y a mi izquierda veo a Quince y a Liam arrastrándose en las sombras al fondo de la habitación. Imagino que han entrado por la puerta del sótano y que la razón de que hayan tardado tanto es que han tenido que pasar por encima del gilipollas de Christopher o que los refuerzos de Adele en esa entrada eran realmente sólidos.

No creo que Adele sepa que están ahí. No sé si Colin es consciente de ello, pero si lo es, siento cierta esperanza, porque no los ha delatado. Doy por hecho que Quince es buen tirador; siempre me lo imagino al estilo de James Bond. Sobre Liam cuento con información un poco más precisa y sé que es un tirador magnífico; de hecho, estuvo a punto de convertirse en francotirador antes de decidirse por la inteligencia militar.

He entrenado lo suficiente con un arma como para saber que eso no importa demasiado. Colin está entre Adele y ellos y no tienen un tiro limpio en la cabeza ni en la mano para arrebatarle el arma. De hecho, ambos disparos son arriesgados y requieren de una destreza enorme. Si fallan, Adele disparará a continuación y estaré muerta.

Por primera vez me siento agradecida de que Adele me haya estado atiborrando de drogas. Creo que sin ellas ahora mismo me estaría volviendo loca.

—Es hora de que te despidas de ella, Colin —dice Adele, y me doy cuenta de que estoy completamente equivocada sobre lo de volverme loca, porque ahora que me está mirando por encima del cañón de su pistola me inunda un miedo gélido—. Janie, sabes que te adoro. No es personal. Pero eres un obstáculo. Cuando estés muerta, nada de esto importará. Ni siquiera Dallas.

Y entonces su dedo se mueve de forma nerviosa y Dallas grita y arremete contra ella. Está demasiado lejos de mí, lo que me hace pensar que todo ha terminado. Cierro los ojos y mis oídos pitán porque la pistola ha disparado, y ahora todo suena hueco y lejano, pero no es el sonido de la muerte. Es solo el ruido de un disparo que resuena con fuerza en mis tímpanos.

Asustada, aliviada y confusa, abro los ojos y veo a una furiosa Adele girándose

para apuntar a Colin. Entonces comprendo que le ha golpeado en el brazo con que sujeta la pistola, lo que ha desviado el tiro. Y me ha salvado la vida, de paso.

Está furiosa y en vez de tranquilizarse y dispararme de nuevo, dirige esa furia contra Colin.

Dispara y él cae. Una mancha de un rojo intenso se extiende por su camisa.

Intento gritar, pero me lo impide la mordaza, y soy incapaz de hacer nada mientras Adele me apunta una vez más con el arma.

Pero esta vez Dallas está más cerca y recorre de un salto la poca distancia que nos separa, arriesgándose a que le apunte a él.

Así lo hace, pero no lo bastante rápido. Dallas arremete contra ella, logra que se tambalee y cuando caen al suelo, Liam y Quince corren hacia ellos. Adele se recupera con rapidez e intenta encañonar a Dallas, pero es demasiado tarde. Liam le da una patada en el brazo y hace que el arma salga volando antes de que ella consiga apuntar, y Quince se agacha y le pone el cañón en la sien.

—No te muevas, zorra —le dice con voz grave y muy despacio.

Mientras Liam y Quince sujetan a Adele y la sacan de la habitación, Dallas corre hacia mí. Utiliza la navaja para desatarme del poste y luego me quita la mordaza.

Me atrae hacia él, con los ojos llenos de lágrimas y expresión angustiada.

—Gracias a Dios —repite una y otra vez—. Gracias a Dios.

Estoy llorando sin parar y me aferro a él mientras todas las emociones del último día salen a borbotones como las cataratas del Niágara.

—Has venido —digo—. Has venido.

Él se aparta para mirarme.

—Por supuesto —replica, y luego me besa con pasión.

—¿Está muerto? —pregunto cuando se aparta.

—Está muerto —confirma Dallas.

Giro la cabeza para ver el cadáver de Colin. El hombre que me torturó. El hombre que me salvó. Que solo al final supo cómo ser un padre.

Me vuelvo hacia Dallas e inspiro hondo.

—Se acabó —susurro mientras me acerca a él una vez más, temblando de emoción—. Ha terminado de verdad.

Todo lo viejo es nuevo otra vez

Dallas estaba sentado en el borde de la cama de Jane en el hospital, acariciándole el pelo.

—Sabía que me rescatarías. —Una sonrisa débil jugueteaba en sus labios—. Siempre me protegerás, ¿verdad?

—Siempre. —Cerró los ojos y tomó aire—. Dios mío, Jane, tenía muchísimo miedo de perderte.

—Yo también. —Le apretó la mano sin demasiada fuerza—. Al final estuvo a mi lado, ¿verdad?

—Te quería. Era un auténtico gilipollas y jamás le perdonaré. Pero al menos sabemos que te quería.

Una lágrima rodó por su rostro.

—Me apena que haya muerto. Aun después de todo lo que hizo, estoy triste. —Se miró la vía en el brazo—. ¿Cuándo podré marcharme?

—Mañana por la mañana. Quieren asegurarse de que tu organismo haya eliminado por completo la droga que te inyectó. Y dejarte descansar.

—La parte de descansar me parece bien. Estoy muy cansada. —Le acarició la mano—. Pero estoy lista para irme a casa contigo.

—Lo sé, cielo. Yo también.

—¿Y qué tal está mamá? —Dallas apartó los ojos solo un segundo antes de posarlos de nuevo en su rostro, pero ella lo notó—. ¿Qué? —exigió.

—No muy bien. No querían preocuparte cuando te ingresaron, pero sigue inconsciente.

Jane se removió en la cama, intentando levantarse.

—Necesito verla.

—Jane, no. Quieren que guardes cama. Pero iré yo. Le diré que estás despierta y que quieres que se recupere. ¿De acuerdo?

Ella asintió, apretando los labios para no llorar.

Dallas se inclinó y la besó en la frente, tratando también de no llorar. Por la preocupación por su madre. Por el alivio que sentía por Jane.

—Te quiero. Volveré pronto. Procura dormir un poco más.

Ella asintió, pero aun así no cerró los ojos. Sin embargo, cuando la miró desde la puerta vio que le pesaban los párpados.

Le lanzó un beso y salió... para encontrarse cara a cara con Bill.

—Joder —masculó.

—Hola a ti también.

—Le he prometido que iría a ver a nuestra madre —repuso—. ¿Quieres darme al menos una hora para hacerlo antes de detenerme?

—Te he oído, y sí.

Dallas tomó aire; las palabras de Bill eran tan vigorizantes como el agua helada. Una hora de libertad. Una hora antes de que tuviera que hablarle a Jane del trato que había hecho. Una hora antes de volver a una celda. Joder, seguramente su celda sería contigua a la de Adele, a la que se habían llevado en los caóticos momentos posteriores al desmantelamiento.

—Tienes una hora —dijo Bill con amargura—. Parece que tienes toda la eternidad.

Dallas se quedó paralizado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—He recibido una llamada del director del MI6 hace una hora. Me ha dicho que Liberación lleva años colaborando con ellos.

—Es cierto —reconoció Dallas, sin saber adónde quería llegar Bill con aquello y cuánto sabía.

El hecho era que Quince no había querido abandonar el MI6, así que había llegado a un trato con su agencia. Pero solo un hombre allí conocía ese acuerdo, por lo que resultaba un poco extraño que Bill estuviera ahora al tanto.

—Sí, bueno, ese director es tu puñetero ángel de la guarda, porque ahora el Departamento de Estado prohíbe cualquier acción para reconocer públicamente la existencia de Liberación o arrestar a sus miembros. Dice que eso sería muy malo para las relaciones entre Estados Unidos y Reino Unido.

—¿De veras? —Dallas intentó no sonreír, pero le estaba costando permanecer serio

—. ¿Y no vas a insistir?

—Tengo muchos amigos en el Capitolio. Un montón de poderosos contactos en Inteligencia y en varios comités de supervisión del Senado.

La preocupación hizo mella en el buen humor de Dallas.

—¿Y?

—He pensado en ello —respondió Bill—. Y lo he descartado.

—¿Por qué? —quiso saber Dallas, que lamentó de inmediato la pregunta. Más valía aceptar las buenas noticias y echar a correr.

Bill se había mantenido tieso como un palo, pero encorvó un poco los hombros y se metió las manos en los bolsillos.

—Para serte sincero, Dallas, no estoy seguro de saberlo. Puede que sea porque Liberación ha rescatado a un montón de víctimas, o porque el MI6 valora la organización. Puede que sea porque no tengo ganas de pelear. —Inspiró hondo—. O puede que sea porque amo a Jane y ella te ama a ti. De hecho, te necesita.

Era lo último que Dallas habría esperado oír de boca de Bill.

—¿Vas a hacer la vista gorda con Liberación por una mujer?

Por primera vez la sonrisa de Bill pareció más que una mueca educada.

—No, hago la vista gorda con Liberación porque el Departamento de Estado me lo ha pedido. Pero no lucho contra esa orden por una mujer. No te hagas el sorprendido, Dallas. Ambos sabemos que tú harías lo mismo.

—¿Por Jane? Sí. Haría lo que fuera necesario.

—Lo sé —declaró Bill, y Dallas pensó que tal vez el tipo que había sido el marido de Jane no era un completo gilipollas.

Le tendió la mano.

—Gracias.

Bill se la estrechó con un apretón firme.

—Voy a ver a Jane un minuto, ¿vale?

—Claro —respondió Dallas con solo unos ligeros celos—. Le gustará.

Y con esa tregua extraña pendiendo en el aire, Bill entró en la habitación y Dallas se marchó por el pasillo para ver a Lisa.

Le costó diez minutos llegar hasta la UCI, donde estaba su madre. Cuando entró por la puerta, el alivio por haber llegado se evaporó en el acto. Su padre estaba allí mismo. Y francamente, Dallas no estaba de humor.

Pensó en marcharse, pero su padre se volvió y ya no pudo hacerlo, porque su

expresión mostraba el mismo miedo e impotencia que le había desgarrado a él cuando pensó que podía perder a Jane.

—No hay cambios —le informó Eli—. No dejo de repetirle que vuelva, pero no hay ningún cambio.

Dallas se acercó, se detuvo junto a su padre y le puso la mano en el hombro.

—Es fuerte, papá. Dale tiempo. Está ahí. Está intentando curarse.

Esperaba tener razón; Dios, esperaba no equivocarse. Pero, aunque intentaba mantener el optimismo por su padre, los médicos no les habían dado muchas esperanzas. Sí, estaba viva, pero no había recobrado la consciencia, y habían decidido inducirle médicamente un coma si no despertaba por la mañana.

Decían que sus constantes vitales parecían buenas y que los análisis estaban bien, pero no podían prometer que todo fuera a salir bien, y esa enorme incertidumbre aterraba a Dallas y le rompía el corazón.

—Deberías intentar dormir un poco, papá.

—No puedo irme a casa. No puedo dejarla.

—Lo sé. Lo entiendo. Le preguntaré a una enfermera si pueden traerte un catre. — En la UCI Lisa no tenía una habitación con todas las comodidades, sino que permanecía en una pequeña zona acristalada, con solo unas cortinas para proporcionar algo de intimidad—. Si ellos no pueden, a lo mejor yo pueda encontrarte algo.

Eli frunció el ceño y se volvió hacia él.

—Gracias, hijo.

A Dallas se le formó un nudo en la garganta y trató de deshacerlo.

—Escucha, papá, en cuanto a todo lo demás... No nos vamos a poner de acuerdo, ya lo sé. Pero bueno, lo que dije antes, eso de que no quería ser tu hijo... Sabes que no...

—Mi hermano era un completo desastre —empezó Eli, y su brusca interrupción le sorprendió tanto que Dallas se le quedó mirando—. Un auténtico inútil. Tú lo sabes y yo lo sé. Y aunque puede que tengas su sangre, no eres él. —Se volvió un poco para mirarle de frente. Había algo en su rostro que no estaba seguro de reconocer. Algo que creía que podía ser respeto—. Todo a lo que has sobrevivido. El hombre en que te has convertido. Te veía vivir tu vida privada, con una mujer distinta cada noche en tu cama. Seguía esperando que te estrellaras. Drogas. Mujeres. Dinero. Frivolidades. Todo. Demasiado de todo.

Dallas no tenía ni idea de adónde quería llegar su padre con aquello, pero guardó silencio. Esperó, lleno de confianza.

—En la fiesta de cumpleaños de tu bisabuelo te dije que estaba orgulloso de ti, y lo dije en serio. E incluso después, cuando la mierda llegó al techo entre tu hermana y tú, no dejaste que tu vida privada afectara a los negocios. Nunca has perdido el rumbo, y bien sabe Dios que tenías motivos para hacerlo. —Movi6 la cabeza con incredulidad—. Todo lo que pasaste de joven. ¿Quién podría culparte si te hubieras metido en las drogas? ¿Si te hubieras dado a la bebida?

—Tengo mis problemas —intervino Dallas—. De hecho, Jane también.

Eli asintió.

—Lo sé. Y sé que no he sido de mucha ayuda. Que no he manejado bien las cosas. Si te soy sincero, convertirte en el hombre que eres da fe de la fortaleza de tu carácter.

—Gracias —respondió Dallas muy serio. Pero seguía sin saber adónde quería llegar su padre. Y solo podía rezar para que en algún momento, al final del discurso, le dijera que había cambiado de opinión. Que iba a anular la adopción.

—Y estoy orgulloso de que seas mi hijo —prosiguió Eli, y con la inclusión de esa pequeña palabra, cualquier esperanza se marchitó—. Porque eres mi hijo. Y Jane es mi hija. Y nada cambiará eso jamás.

Y se acabó. La luz se extinguió. La esperanza murió.

Su familia acababa de quedar destrozada. Porque Dallas no pensaba sacrificar el amor de Jane en aras del orgullo de su padre. Contrataría a sus propios abogados. Presentaría batalla, pero a pesar de ser un adulto, sin el consentimiento de Eli las probabilidades de que un juez anulara la adopción eran muy escasas. No había demasiados precedentes y los tribunales eran reacios a interferir en las relaciones familiares a menos que existiera pleno consentimiento por todas las partes.

Y aunque ganara, la victoria sería vacía en su misma esencia. Porque los lazos familiares que quedaran estarían destruidos.

A Dallas se le encogió el corazón al pensar en eso. Quería sacudir a Eli por los hombros, hacerle entender. Quería luchar, maldita sea. Pero ¿cómo se luchaba contra la apariencia y el orgullo? ¿Cómo podía abrirle los ojos a su padre?

Dallas inspiró hondo y esperó que la ira y la decepción no asomaran a su voz al hablar.

—Me alegra no ser una decepción para usted, señor —dijo—. Pero quizá todo sería más fácil si lo fuera.

Eli enarcó las cejas y entonces, de forma inesperada, se echó a reír.

—¿Por qué? ¿Porque entonces querría deshacerme de ti? ¿No cortarte solo el grifo del dinero, sino también tu rama del árbol familiar?

—Bueno, en realidad sí. —Dallas frunció el ceño. ¿Qué demonios era tan divertido?

—Crees que no entiendo lo que sientes por Jane y puede que tengas razón. Antes. Pero ya no la tienes. —Miró a Lisa; su pecho subió y bajó al inspirar hondo—. Sé lo que es amar a alguien. Y me aterra que pronto llegue a saber lo que es perderla. —Cambió de postura y apartó el rostro mientras se secaba los ojos con brusquedad—. No quiero que mis hijos sientan eso. Jamás. —Se volvió despacio para mirar a Dallas—. Solicitaré la anulación. De hecho, contrataré a los mejores abogados de este planeta para que me la concedan. Y cuando termine, te la entregaré en el altar. Haré todo eso, pero en el fondo seguirás siendo mi hijo —continuó mientras Dallas intentaba no llorar—. Solo que no habrá ningún papel que lo diga. ¿Trato hecho?

Las lágrimas anegaron los ojos de Dallas y se le cerró la garganta cuando le tendió la mano al hombre que siempre había sido su verdadero padre.

—Trato hecho —respondió.

Y cuando se volvió para mirar a su madre una vez más, creyó ver asomar una sonrisa.

Hasta la muerte

Víspera de Navidad

Despierto con los besos suaves de Dallas en la mejilla, en el cuello, en la curva de mi hombro. Y más abajo, más abajo, mucho más abajo.

Cuando tengo su cuerpo entre las piernas y su lengua atormenta mi ombligo, deslizo los dedos por su cabello.

—Vaya, buenos días —dice, mirándome con los ojos rebosantes de pasión y una sonrisa inocente—. ¿Te he despertado?

—Mmm. Estaba teniendo un sueño maravilloso. Un hombre increíblemente sexy me estaba besando el cuerpo entero. La cara, el cuello, los pechos. Y luego bajaba más y más y su lengua era magia pura. Me mantenía tumbada y seguía atormentándome y lamiéndome, hasta que creía que iba a estallar en llamas entre sus brazos.

—Estoy celoso —responde—. ¿Quién es ese tío?

—Oh, solo un tío con el que voy a casarme.

—¿De veras? Bueno, en ese caso tengo un pequeño presente para la novia.

Le respondería, pero no puedo porque estoy jadeando de placer cuando su boca se apodera de mi coño. Cuando me chupa el clítoris con fuerza. Me separa bien los muslos y quedo expuesta mientras me sujeta con tanta firmeza que ya no puedo moverme, retorcerme ni escapar.

No puedo hacer otra cosa que soportar el placer arrollador de su implacable asalto. Inclino la cabeza hacia atrás y me aferro a las sábanas mientras la lengua de Dallas interpreta una sinfonía con mi cuerpo; sus dedos me tocan como si fuera un instrumento bien afinado. Es demasiado —demasiado ardiente, demasiado intenso—

y siento el placer creciendo dentro de mí, empezando como un zumbido pausado y electrizante en la cara interna de mis muslos que va volviéndose cada vez más vibrante, hasta que pierdo por completo el control sobre mi cuerpo y mis caderas se elevan y grito el nombre de Dallas y le suplico que pare... y luego le suplico que no pare jamás.

Él me sujeta los muslos con más fuerza para que no me mueva, me succiona, me atormenta y me obliga a cabalgar la ola, hasta que estoy tan agotada que me tiembla todo el cuerpo y solo puedo jadear.

—¡Vaya! —exclamo cuando regreso del subidón sexual—. Mi último orgasmo de soltera. Ha sido alucinante.

—Soy un fanático del servicio personal.

Asciende por mi cuerpo y me besa mientras me envuelve la felicidad.

—¡Vaya! —repito—. Podría quedarme todo el día aquí.

—Más vale que no —replica—. Se espera que asistas a una boda dentro de solo unas horas.

Me apoyo en un codo.

—Trae mala suerte ver a la novia el día de la boda. Creo que acabas de gafarnos.

—Eso es si lleva puesto el vestido. Menos mal que estás desnuda. Pero ya me marchó. Papá y yo vamos a invitar a desayunar a los chicos y luego volveremos aquí para vestirnos. Mamá vendrá dentro de una hora, ¿verdad?

Echo un vistazo al reloj y luego asiento.

—Stacey también. Brody la acercará y luego se reunirá con vosotros.

Estamos en la casa de Meadow Lane, el lugar en el que he pasado la mayor parte de mi infancia. La casa que va a ser nuestra otra vez en cuanto Dallas y yo estemos casados. Mi padre lo llama regalo de bodas, pero mi madre dice que es algo simbólico.

—Últimamente tu padre tiene ganas de hacer regalos —dice—. No para de llevarme de viaje y de regalarme diamantes. Me encanta, pero no lo entiendo.

Yo sí. Ha estado a punto de perderla. Y aunque se ha recuperado del todo, no quiere volver a dar por sentado su presencia. Lo que, tratándose de mi padre, se traduce en cubrirla de regalos.

Dallas y yo también hemos sido receptores de su generosidad, y aunque mi padre no lo ha dicho, ambos sabemos que es su forma de disculparse. Para mí ya es

suficiente disculpa haberme devuelto la casa de Manhattan, pero eso no significa que vaya a rechazar cualquier otra cosa que quiera cedernos.

Aunque volvemos a tener la casa de la ciudad, imagino que viviremos sobre todo en los Hamptons. A fin de cuentas, Liberación ha vuelto a instalarse en el sótano.

Tras una larga conversación con el equipo, Dallas decidió poner a nuestros padres al corriente, y Eli no solo está orgulloso de lo que Dallas está haciendo, sino que además está muy satisfecho al tener a su hijo de nuevo en la nómina de Sykes, aun sabiendo que el trabajo es sobre todo una tapadera.

Me quedo otra media hora en la cama después de que Dallas se marche, demasiado cansada como para moverme. Luego me levanto, me ducho y me pongo un albornoz antes de ir al cuarto de estar de la segunda planta, que ha sido transformado en vestidor. Mi madre y Stacey están ahí, junto con una chica que me peinará y maquillará. Parece una exageración teniendo en cuenta que hemos invitado a menos de treinta personas a nuestra boda, pero, al mismo tiempo, esto es algo que jamás soñé que tendría lugar y pienso celebrar esta realidad viviéndola como una princesa.

Una vez arreglada, empolvada, peinada y cepillada como jamás en mi vida, dejo que las mujeres me ayuden a vestirme; un proceso que proporciona una nueva explicación de por qué las mujeres necesitaban doncellas en otros tiempos. La parte superior del vestido es un corsé con pedrería que me ciñe la cintura y me levanta los pechos. Es elegante y resalta el escote y los hombros.

Pero el verdadero espectáculo es la falda. Bordada a mano, con una larga cola que puede desprenderse, la falda se coloca sobre un ancho miriñaque que hace que mi cintura parezca aún más estrecha y me confiere un aspecto delicado. Me hace parecer una princesa.

Me examino en el espejo y sé que a Dallas le va a encantar.

—Estás preciosa —dice mi madre, colocándose detrás de mí. Lloriquea y yo levanto una mano.

—¡No! Nada de llorar o yo también empezaré. Y no puedo. Me arruinaré el maquillaje.

—Vale —dice—. Lloraré cuando estés recorriendo el pasillo.

—Trato hecho —replico mientras Stacey nos dice que hemos de darnos prisa porque ya me están esperando.

La boda se va a celebrar en el salón principal, que se ha cubierto de flores y sillas plegables, y nos apresuramos hasta el lugar donde debo reunirme con mi padre, en lo

alto de las escaleras. Bajaremos juntos y luego recorreré el pasillo hasta llegar junto a Dallas, que me espera en las puertas dobles, con una impresionante vista de la piscina a su espalda.

Mi padre levanta la mirada cuando me aproximo y en sus ojos hay tanto orgullo que casi se me llenan los ojos de lágrimas otra vez.

—Te digo lo mismo que a mamá —protesto—. No me hagas llorar.

—No prometo nada —dice, y me besa en la mejilla—. Estás preciosa. Estoy muy orgulloso de ti.

Nos quedamos solos, no quería ayudantes, y cuando las primeras notas empiezan a sonar, mi padre se vuelve hacia mí.

—No me has dicho qué quieres para Navidad.

Es tan absurdo que me echo a reír.

—Créeme, papá, ya nos has hecho a Dallas y a mí el mejor regalo de todos.

Oigo nuestra señal y me cojo del brazo de mi padre.

Y luego bajo por fin las escaleras y mi padre me lleva junto a Dallas y me entrega al hombre al que he amado toda mi vida. El hombre que una vez fue mi hermano.

El hombre que es mi mejor amigo.

Y que, dentro de unos minutos, será mi marido.

Olvida tus prejuicios.

Lánzate al inesperado y apasionante desenlace de la trilogía «Pecado».

TRILOGÍA PECADO. III
J. KENNER
DELICIOSO
TABÚ



J. Kenner, una de las grandes maestras del romance erótico, nos ofrece el esperado desenlace de su nueva trilogía, «Pecado», ambientada en un mundo marcado por el lujo, el misterio y las pasiones más prohibidas.

Hay momentos en que solo la fuerza del amor puede salvarnos de nuestros enemigos. Y por él hay que luchar sin dudarlo, con la misma fuerza que nos da el sabernos amados.

La amenaza sigue acechando el tormentoso romance de Jane y Dallas. Y no se trata ya solo de la incompreensión de sus seres queridos sino de alguien que desea hacerles daño y está poniendo todos los medios a su alcance para conseguirlo.

Dallas ignora quién está detrás de todas las sombrías amenazas, pero sí sabe una cosa: sin Jane a su lado, en la cama y en la vida, ya nada sería lo mismo. Por eso, cuando la joven desaparece, la angustia de su amante no tiene límites. Debe encontrarla y rescatarla de esa persona que los odia y que desea verter sobre ellos todo el resentimiento macerado durante años de envidia. Debe salvar a Jane, salvar el amor que se profesan y, al mismo tiempo, salvarse a sí mismo de un futuro que no tendría sentido sin la única mujer de su vida.

«Delicioso tabú es el final perfecto para una historia que refleja la relación amorosa más prohibida.»

The Book Avenue

J. Kenner es una célebre autora de literatura romántica. Nacida en California y abogada de profesión, es autora de las trilogías «Stark» (compuesta por *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame*) y «Deseo» (formada por *Deseado*, *Seducido* y *Al rojo vivo*), además de las e-nouvelles de la serie *Tómame*, *Compláceme* y *Sigue mi juego*. Todas ellas han obtenido un éxito destacado con más de dos millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers de *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly* y *Wall Street Journal*. La trilogía «El affaire Stark», que recupera el halo de las novelas que la dieron a conocer y que está compuesta por *Di mi nombre*, *En mis brazos* y *Bajo mi piel*, es su trabajo más reciente.

[1] En español en el original. (*N. de la T.*)